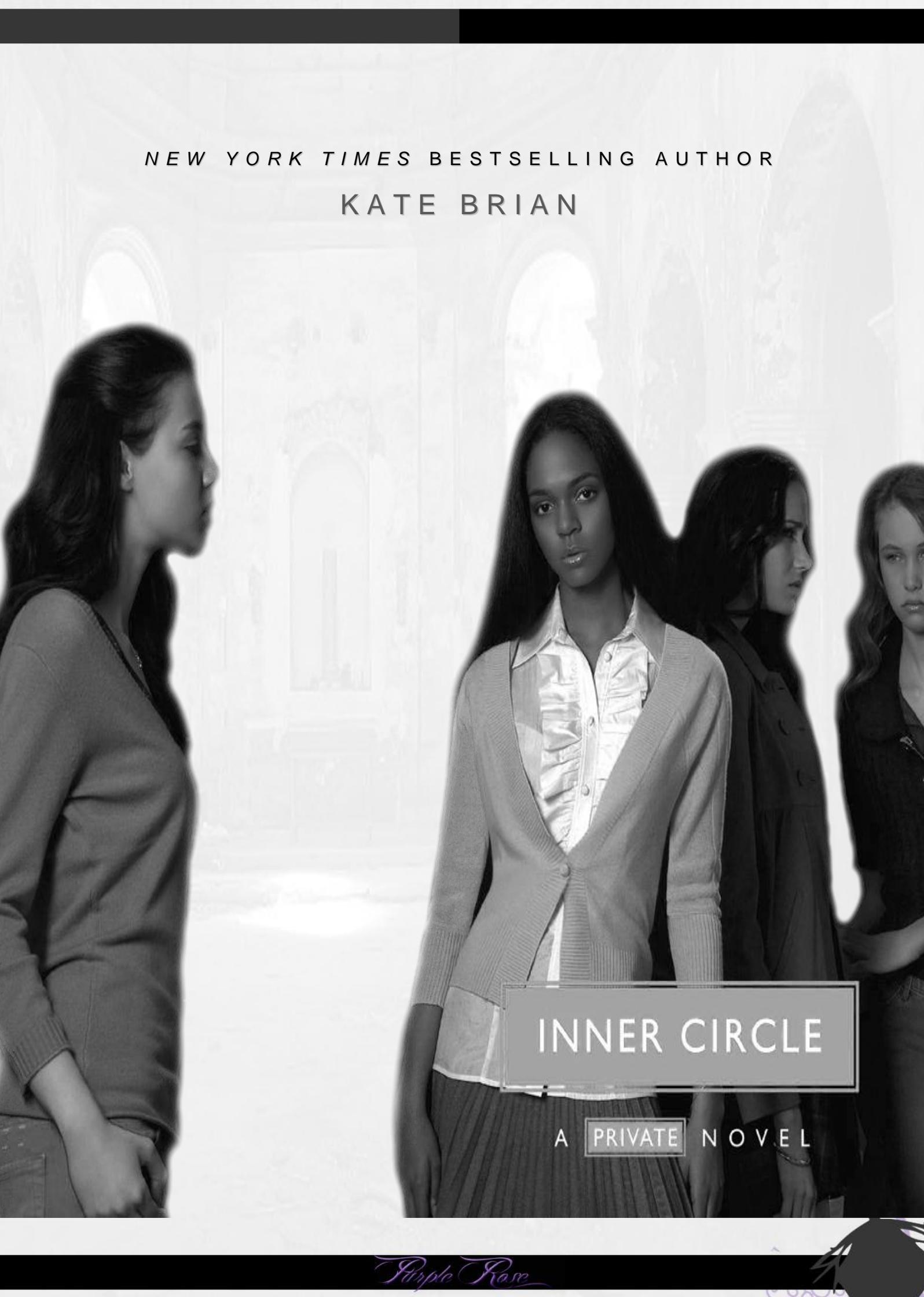


NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

KATE BRIAN



INNER CIRCLE

A PRIVATE NOVEL

Purple Rose

CREDITOS

Moderadora:

~ PaolaS

Grupo de Traducción:

~ PaolaS

~ Genesis_480

~ masi

~ Unstoppable

~ Virtxu

~ Sheilita Belikov

~ flochi

~ Dani

~ aya001

Grupo de Corrección:

~ Estef

~ Okimy Hathaway

~ Julia107

~ Alice_vampire

~ Sera

Recopilación:

~ Estef

Diseño:

~ Liz

El presente documento fue elaborado en el Foro Purple Rose, el cual tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras las cuales pusieron su granito de arena para sacar adelante este proyecto.

También van dirigidos agradecimientos especiales a todas las lectoras que se interesan en nuestras traducciones no oficiales.

GRACIAS A TOD@S!!!



INDICE

<i>Sinopsis</i>	5
CAPITULO 1	6
CAPITULO 2	11
CAPITULO 3	18
CAPITULO 4	28
CAPITULO 5	38
CAPITULO 6	44
CAPITULO 7	47
CAPITULO 8	50
CAPITULO 9	53
CAPITULO 10	63
CAPITULO 11	66
CAPITULO 12	69
CAPITULO 14	72
CAPITULO 15	75
CAPITULO 16	81
CAPITULO 17	85
CAPITULO 18	88
CAPITULO 19	90
CAPITULO 20	93
CAPITULO 21	94
CAPITULO 22	95
CAPITULO 23	101
CAPITULO 24	106
CAPITULO 25	108
CAPITULO 26	112
CAPITULO 27	116
CAPITULO 28	121
CAPITULO 29	123
CAPITULO 30	125
CAPITULO 31	128
<i>Avance</i>	131
<i>Biografia</i>	132

*****5^{TO} SAGA PRIVATE*****

SINOPSIS

Reed Brennan llegó a la Academia Easton esperando encontrar una experiencia idílica en la escuela privada -clases desafiantes, chicos de prepa adorables, y la oportunidad de crear una nueva vida para ella. En su lugar, descubrió mentiras, engaños, chantajes y... asesinato. Pero, afortunadamente, las asesinas fueron capturadas y la pesadilla se ha acabado.

Ahora, con un nuevo año escolar por delante de ella, los pasos de Reed vuelven al campus cubierto de hiedra en Easton, lista para comenzar de nuevo. Así que cuando el director anuncia que Billings tiene prohibido mantener su iniciación tradicional secreta, Reed se alivia. Ella defiende la nueva normativa y a las seis chicas nuevas, que la administración ha elegido para vivir en el Hall Billings: Constance, Missy, Lorna, Kiki, Astrid, y la recién llegada Sabine.

Pero Reed tiene nuevas compañeras en Billings y una nueva enemiga, Cheyenne Martín, cree que los cambios son una burla a la historia de Billings. A pesar de las nuevas normas, Cheyenne se compromete a mantener las viejas formas con vida, no importa qué - o quién - se encuentre en su camino...

CAPITULO 1

Traducido por: PaolaS
Corregido por: Estef



AÑO NUEVO

Una lluvia de mañana se había ido y venido, dejando tras de sí un brillo húmedo que resplandecía sobre los árboles junto a la carretera. Nubes sin peso perseguían la brisa en el cielo azul brillante. El sol hacía brillar todo. Había envoltorios arrugados, manchados de grasa de comida rápida a mis pies, y el olor rancio de café se aferraba al coche, pero afuera el mundo parecía nuevo. Limpio. Esperanzado. Incluso la señal de bienvenida a los estudiantes del campus parecía refrescada. No sustituida, por supuesto, pero las ramas que la ocultaban habían sido recortadas. Las malas hierbas y flores silvestres amansadas. Era un nuevo año. Un nuevo comienzo.

Mi padre condujo bajo las puertas y comenzó el largo camino por la colina hacia el campus. Yo contuve el aliento hasta que la aguja de piedra superior de la capilla de la Academia Easton se levantó de entre los árboles. Mi pulso, ya acelerado, comenzó a vibrar. Me incliné hacia delante entre los dos asientos delanteros, para calibrar la reacción de mi madre. Ella miró por la ventana del lado del pasajero de nuestro polvoriento, abollado Subaru, con su mandíbula floja.

—El catálogo no le hace justicia al lugar, —dijo.

—¿Qué te dije? —Mi padre respondió con un dejo de orgullo. Él, después de todo, había visto Easton antes. Mi madre siempre había estado demasiado en una niebla amarga, o prescrita con píldoras para unirse a nosotros en el largo y lejano camino desde Croton, Pennsylvania, a Easton, Connecticut. O incluso para importarle que me iba. Pero eso estaba superado ahora. Mamá estaba sobria. Lo había estado desde enero. Había subido de peso, tenía color en su rostro. En realidad se lavaba el pelo ahora. Diariamente. Yo sólo había estado en casa para ver este comportamiento durante dos semanas, pero lo vi. Con mis propios ojos. Antes de eso, yo había pasado la mayor parte del verano en Martha's Vineyard*¹ con Natasha y su familia, de camarera en un restaurante de mariscos en la orilla y aprendiendo a navegar con Natasha y su padre. Una vez que Natasha se había ido a Dartmouth, yo había vuelto a casa para una rápida parada para encontrar la casa limpia y recién pintada, el refrigerador bien surtido, la cama de mi madre efectivamente hecha. Dos semanas más tarde me encontraba todavía adaptándome a la nueva y mejorada mamá.

—Reed, es hermoso, —dijo mi madre, volviéndose hacia mí con una sonrisa. En realidad, centrando su mirada en mí. No como dardos. No vidriosos. Centrada. En mí—. Todavía no puedo creer que vengas aquí.

Suspiré. —Ni yo tampoco.

Especialmente después de todo lo que había sucedido el año pasado. En mis primeros meses en Easton me había enamorado por primera vez, perdí mi virginidad, hice amistad con las chicas más poderosas en la escuela... y me había mantenido totalmente ingenua, mientras que una de ellas había asesinado brutalmente a mi novio. Y eso era sólo el comienzo.

Pero no. Yo no iba a pensar en eso. Me senté de nuevo y apreté los puños, mis uñas excavando las palmas de mis manos. Yo tendría un nuevo comienzo este año. El año pasado había terminado. El año pasado no podía tocarme. Esas personas se habían ido todas. Transferido o comprometido o se han sólo ido. Este año podría ser cualquier cosa que yo quisiera que fuera.

Mi corazón se agitó con nervios y emoción a medida que mi padre se retiraba de los árboles y entraba en el círculo frente de los dormitorios. Kiki Bosen y Diana Waters estaban de pie junto a un coche negro con sus abrigos de gran tamaño y sus maletas Louis Vuitton que estaba siendo descargadas. Kiki había cortado su pelo rubio en un corte pixie y había teñido el flequillo de color rosa, pero ella todavía tenía un iPod conectado permanentemente a sus oídos. Diana tenía el pelo crecido de manera que caía sobre sus hombros, y ella parecía más alta... mayor. Levantó la vista cuando el coche pasó por allí y saludó. Le devolví el saludo y sonreí. Caras conocidas. El año pasado en este día yo no había conocido a nadie. El año pasado me había sentido como si nunca pudiera pertenecer aquí. Ahora había gente para darme la bienvenida. Todo realmente iba a ser diferente.

Mi padre paró el Subaru en frente de un Mercedes blanco y apagó el motor. Yo salí y me estiré, mirando a las ventanas brillantes de Bradwell. Me di cuenta de que las habitaciones ya habían sido decoradas y personalizadas. Las cortinas colgadas en varias de las ventanas, y alguien allá arriba estaba escuchando a Avril a todo volumen. Había habido algunos cambios en Easton este año. De acuerdo con el paquete de información que había recibido durante el verano, había un nuevo director, y él ya estaba haciendo notar su presencia. Uno de sus cambios fue el horario de llegada. Los Estudiantes de primer año y segundo año ya habían llegado al campus veinticuatro horas antes, dándoles tiempo para establecerse antes de que los alumnos del segundo ciclo llegaran, de esta manera harían el círculo menos embalado y caótico para la descarga. Mi madre se bajó y echó la cabeza hacia atrás, protegiéndose los ojos con la mano cuando ella levantó la vista hacia la fachada de piedra gris.

—Este fue mi primer dormitorio, —le dije—. La casa Billings está detrás de esta, en el patio.

Simplemente decir la palabra Billings provocó una oleada de ansiedad. Yo casi había muerto allí. Alguien que pensaba que era mi amiga había intentado realmente asesinarme en el techo. La misma persona que había matado al hombre que amaba. O creía amar. No estaba segura si alguna vez sabría cómo me había sentido realmente acerca de Thomas Pearson, ahora que él se había ido. Mis uñas excavaron en mis manos otra vez. Billings no era ese lugar. Ya no era así. Ariana se había ido. Este año -al igual que el semestre de primavera del año pasado- la casa estaba llena de amigas. La brisa tiró mi pelo fuera de mi cara. Miré el sol y sonreí. Era un nuevo año. Tomé una respiración profunda, dejando que la esperanza desplazara el miedo.

—Bueno, eso es todo, —dijo mi padre, golpeándose las manos en sus pantalones vaqueros—. Estas otras chicas seguro tienen un montón de cosas.

Miré hacia arriba y abajo de la línea de automóviles. Había montañas de equipaje y de electrónicos y cajas de plástico y ropa de cama. Mis dos bolsas, una mochila de cuero nueva, y la ropa de cama en una bolsa, parecían lamentables en comparación. Metí la mano en el coche y saqué mi caja del

ordenador portátil. Esta y el ordenador en su interior habían sido regalos de Natasha en el final del verano.

Una chica que obtiene los Primeros Honores por dos trimestres consecutivos no puede ser vista escribiendo todos sus reportes en una computadora de la biblioteca, ella me había dicho. Tú no eres una persona de las cavernas.

Sí, después de dos trimestres nada estelares al comienzo del año (culpa de todo al drama), tuve que volver en la primavera con una venganza académica y tuve los Primeros Honores en marzo y junio. Natasha, que era tan buena, estaba tan orgullosa. Sonreí ahora, pensando en ella. De lo mucho que iba a extrañar compartir el cuarto con ella. Mis nervios afloraron con anticipación, preguntándome quién sería mi nueva compañera de habitación. Yo esperaba que fuera alguien bueno. Una persona normal. Alguien con quien pudiera hacer amistad.

—¿Todo bien niña? —Preguntó mi padre, poniendo su mano tibia sobre mi hombro.

—Todo está bien. Este va a ser un buen año, —le dije con una sonrisa confiada—. Definitivamente mejor que el pasado.

—Bueno, eso no debería ser demasiado difícil de lograr, —bromeó.

Mi madre y yo nos reímos las dos. Mi corazón estaba tan lleno de repente, que amenazaba tragarme entera. Míranos. De pie, juntos. Casi podríamos ser una familia normal. Normal. Era una palabra que no llegaba a utilizar muy a menudo.

—Muchas gracias, chicos, —les dije, abrazando a mi padre primero.

—Trabaja duro niña, —mi padre me dijo, besando la parte superior de mi cabeza.

Me volví hacia mi madre. Sus ojos brillaban con lágrimas. Algo estaba atascado en mi garganta cuando me acerqué a abrazarla.

—Estoy tan orgullosa de ti, Reed —dijo entrecortadamente.

—Gracias, mamá, —le contesté.

Entonces estaban de regreso en el coche. Poniendo en marcha el motor. Abandonaron el lugar. Mi madre apretó los dedos en la ventana en una despedida. Levanté mi brazo a cambio. Esperé ahí hasta que la placa abollada de Pennsylvania se había sumergido detrás de la colina. En ese segundo me di cuenta que por primera vez iba a extrañar a mi madre. En realidad iba a extrañarla. Recogí mis cosas y me dirigí a Billings llena de una confianza nueva. De repente, todo parecía posible.

* * * * *

—En contra de mi mejor juicio, el decano de los académicos te concedió ambos electivos. La novela moderna además de Inglés junior no debería ser demasiado difícil. Pero Química Avanzada, así como Biología Avanzada en el primer año es un poco ambicioso, incluso para ti.

La papada de la señora Naylor había crecido. Colgando tan baja por encima de su cuello, que podía fácilmente guardar cosas, volteó sus ojos en sus cuencas, mientras miraba a través de su escritorio con una expresión de desaprobación a la que hacía tiempo me había acostumbrado. Detrás de ella, las

estanterías de madera, estaban abarrotadas de tomos polvorientos, desbordantes en pilas al azar en el piso. El olor a cebolla rancia que siempre impregnaba su oficina tenía ahora un tono más agrio. Como si algo hubiera sido arrastrado aquí, algo que comía cebollas rancia, y luego murió.

—Bueno, estoy segura de que el decano no me hubiera permitido tomarlas si él no pensara que fuera capaz, —le contesté dulcemente, deslizando mi nuevo horario en el bolso.

—Al contrario. Los estudiantes que obtienen la primera matrícula de honor tienen siempre la elección de sus cursos, sin importar lo que ninguno de nosotros, que sabemos mejor podríamos pensar, —dijo ella, la papada aleteando alrededor.

Tuve que apretarme los labios para no reírme. El año pasado me había intimidado. Este año ella y su delineador de ojos mal dibujado eran simplemente ridículos.

—¿Hay algo más? —Le pregunté.

Ella entrecerró los ojos. Cruzó los dedos escarpados sobre su escritorio. —No. Puedes irte. Pero yo confío en que nos estaremos viendo y tú caerás por aquí muy pronto.

Me puse de pie, deslizando la silla de madera de vuelta, lo que hizo un fuerte sonido. —Yo no contaría con eso.

Le di la espalda a su cara irritada, sintiéndome muy Noelle Lange, y sonreí para mis adentros. Muy rara vez, me las arreglaba para decir exactamente lo que quería decir en ese momento que yo quería, y en esos momentos yo siempre pensaba en Noelle. Al salir al sol, me pregunté dónde estaría en este momento. Si estaba pensando en Easton. Si ella estaba deseando estar aquí. El año pasado me había enterado de que los abogados de su padre habían exhibido sus habilidades de nivel olímpico, negociando para obtener que su secuestro tuviera una reducción de los cargos, luego consiguiendo un castigo relativamente cómodo con libertad condicional y servicio comunitario. Pero yo no tenía conocimiento de primera mano. Yo no había oído una palabra de Noelle desde el día de Navidad, cuando ella me llamó para convencerme de volver a Easton. Ni un e-mail, ni un texto, ni una llamada telefónica. A veces mi mundo se sentía vacío sin ella en el mismo. A veces me sentía más que suertuda por estar libre de ella.

Pero sabía que una cosa era segura: Sin Noelle, yo no estaría aquí. Yo no estaría viva, por ejemplo. Pero yo no estaría aquí, en Easton, si ella no me hubiera hecho prometer volver. Yo no tendría todos esos recuerdos increíbles de la primavera pasada. No tendría esta esperanza revoloteando en mi pecho mientras paseaba por el Hull Hall. Si no fuera por ella, yo estaría de vuelta en Croton, mirando Tommy Colón hacer gestos obscenos con la mano cada vez que el Principal Weiss dirigía su ojo malo al auditorio. Alta comedia, eso.

—¡Pásalo! ¡Pásalo!

Cerca de una docena de chicos, miembros del equipo de fútbol universitario se encontraban en el centro del patio, con las mangas de sus camisas enrolladas, los zapatos desechados al margen en favor de los tacos y las zapatillas. Hice una pausa. Algo en este momento era familiar. Un deja vu. Escuché mi nombre en la brisa, y mi corazón casi se detuvo.

Thomas.

Miré al suelo. Esto es casi el lugar exacto donde casi me había caído sobre él, el año pasado. Donde

primero nos encontramos. Primero coqueteamos. El primer comienzo de lo que fuera que teníamos. Mi cuero cabelludo se apretó. Mis dedos hormigueaban. Había estado aquí. Había estado aquí...

—¡Reed!

Me di vuelta y apenas tuve tiempo para recobrar el aliento antes de ver a Josh Hollis corriendo hacia a mí a toda velocidad. Me agarró en sus brazos, levantándose inesperadamente de mis pies.

—¡Hola! —Respiré.

Me aferré a él. Enterrado mi rostro en aquel punto caliente entre su cuello y su hombro. Oía exactamente igual. Como a pinos y pintura fresca. Dios, esto se sentía bien. Este alivio. Como el regreso a casa. Josh era mi hogar. No Martha's Vineyard¹. No Croton, Pennsylvania. No Easton en sí mismo. Pero Josh. Yo no lo había visto desde el último día de clases en junio, y mientras que el verano había parecido arrastrarse y arrastrarme sin él, de repente sentí como si en aquel tiempo no hubiera pasado nada.

—¡Dios, te extrañé! —Dijo, retirándose para plantarme un beso firme en los labios.

—¡Yo también! —Me reí. Soltó una risita. Reed Brennan No reía. No muy a menudo, de todos modos.

Josh intentó bajarme de nuevo, pero nuestros estaban pies enredados y nos caímos. Riendo. Su rostro se cernía sobre el mío. Sus ojos verdes bailaban de alegría. Sus rizos rubio oscuro había sido recortados cerca de su cabeza en un corte limpio, de muy buen gusto, pero un rizo perdido aún estaba atascado detrás de su oreja derecha, dispuesto a conformarse.

—Hmmm. —Josh me miró, tendido allí mismo, en el centro del patio—. Esto podría ser algo.

Mi corazón dio un vuelco. —Puede ser.

Miró alrededor rápidamente, buscando las figuras de autoridad. Entonces, sin moros en la costa, se inclinó para besarme, realmente me besó, mientras sus compañeros gritaban y vitoreaban cosas lascivas detrás de nosotros. Cuando Josh se echó hacia atrás de nuevo, pasó la punta de su dedo de mi sien a mi barbilla. Estaba sin aliento.

—El próximo verano, —dijo en voz baja—, no hagamos esta cosa de separarnos.

¹ Martha's Vineyard: Isla alejada de la costa de EEUU. (N. del T.)

CAPITULO 2

Traducido por: Genesis_480
Corregido por: Okimy Hathaway



TRADICIÓN, HONOR, EXCELENCIA

Sonreí, total y completamente en paz. —Sí. No lo hagamos.
—¡Reed!

Constance Talbot echó sus brazos a mi alrededor antes de que me pudiera levantar de mi banco en la iglesia. Nuestras cabezas se golpearon. Y ella hizo una mueca cuando dejaba caer su trasero en el duro asiento.

—Ow. Lo siento. Me emocioné un poco más de la cuenta, ¡Ay! —dijo, frotándose con furia su frente. Ella era de un color un poco rosa debajo de todas esas pecas, y de alguna manera en el verano había domado su cabello rojo un poco propenso al frizz y lo convirtió en una imagen elegante y recta de la perfección. Ella usaba una camisa blanca y una gran chaqueta gris de punto, sobre una mini escocesa unidas por un lazo. Destellos de luz de colores provenientes de los vidrios pintados de las ventanas de la iglesia bailaban por su cara.

—Está bien. Te ves increíble —le dije.

—Lo sé. Encontré una plancha de pelo nueva que es un regalo de los dioses —me dijo, agitando su melena larga por encima de su hombro—. Pero tú eres como una surfista, ¡Yo mataría por poder broncearme así!

—Viene del lado de mi madre. Ella es mitad indio americano —le dije.

—¡Qué bien! ¡No sabía eso! —Espetó Constance. Entonces su frente se arrugó—.

En realidad, no sé nada sobre tu familia.

—Usualmente no hablo sobre ellos. —Concordé—. Pero eso, como muchas otras cosas, ha cambiado... así que, ¿Cómo estuvo tu verano?

Habíamos hablado por correo electrónico durante todo el verano, así que sabía exactamente cómo habían sido sus meses de vacaciones, pero todavía sentía la necesidad de preguntar. Su familia se fue de vacaciones con la familia de Walt Whittaker hasta el Cabo. Ella y Whit habían pasado la mayoría de las noches escapándose a la playa o besándose en el paseo de la viuda en el recinto de su familia “mientras las olas chocaban contra la orilla”. Constance podía ser muy poética a través del correo electrónico.

—¡Estuvo bien! —Dijo entusiastamente—. Excepto... bueno, que no obtuve una invitación al Billings.

Yo parpadeé cuando la conversación en la capilla creció hasta un nivel casi ensordecedor. El lugar estaba empezando a llenarse. —Es cierto. Me olvidé de eso.

Cada primavera las chicas Billings seleccionaban nuevos miembros para reemplazar a las graduadas.

El año pasado las ex alumnas Billings habían enviado una carta -una directiva, en realidad- informándonos de que sería inapropiado celebrar una votación y convocar ese año, considerando todo lo que pasó. Eso quería decir que todavía quedaban seis puestos vacíos en la casa. Y no tenía idea cómo alguien intentaba llenarlos.

—Sí, bueno, supongo que no soy digna —ella dijo con ironía—. Así que, ¿Quién entró? Puedes decirme. Puedo manejarlo.

—En realidad, hasta donde yo sé, nadie ha entrado. No hemos tenido una votación ni nada. Supongo que sabré lo que pasará después. Tal vez aún tengas una oportunidad —le dije.

—¿Tú crees? —Los ojos de Constance se abrieron con esperanza, y al instante me arrepentí de haber dicho algo. Ahora ella iba estar deprimida otra vez si no entraba.

—Pero no te emociones hasta que averigüe qué está pasando —le advertí—. Honestamente, después del año pasado, estoy sorprendida de que alguien quiera entrar a Billings —añadí.

No era sólo una verdad a medias, también le estaba dando alguna razón para analizar si ella no entraba.

—¡Oh, por favor! ¿Eso? Ni siquiera un asesinato puede empañar la mística de la casa Billings —ella espetó, pero luego puso una mano sobre su boca—. Lo siento.

—No, está bien —dije, forzando una sonrisa. Me pregunté si tenía razón. Si la muerte de Thomas y la culpa de Ariana -y mi propia experiencia cercana a la muerte- no habían dejado ningún efecto duradero en nada. La idea hizo que mis entrañas se retorceran.

—No, de verdad. No puedo creer que dije eso —Constance continuó—. Debes pensar que estoy totalmente...

El sonido pesado de las puertas de la capilla cerrándose la interrumpió, y la multitud se quedó en silencio. Me salvó de tener que confortar a Constance mucho más por su vómito verbal. Diana se inclinó sobre las piernas de Constance para empujarme y saludarme. Mientras me inclinaba, una chica alta, delgada, con piel de color marrón claro y el pelo largo y negro se deslizó en el último asiento en el otro extremo de la banca. Miró a su alrededor con incertidumbre, luego abrazó a su abrigo de color turquesa de pique sobre ella. Con sus sandalias trenzadas de oro, vestido escaso, y la piel cubierta de rocío, parecía como si ella había salido de un avión procedente de un lugar exótico del Caribe y se dirigió derecho a la capilla. Tenía que ser nueva. Cualquiera que alguna vez había estado en la capilla Easton antes sabía que incluso en los días más calurosos era frío aquí. Todos veníamos preparados con suéteres de otoño. Esta chica debía haber estado cubierta en piel de gallina.

—Miren a la señorita Island Nation. —Se burló Missy Thurber detrás de mí.

Missy, por supuesto, llevaba la camiseta más ajustada de lo que era posible, para mostrar su enorme pecho. Su pelo rubio estaba en una trenza francesa perfecta. No tan perfecta como para distraer la atención de su nariz como un túnel, por supuesto.

—¿Está usando conchas como pendientes? —Dijo Lorna Gross, adoradora siempre presente de Missy, en voz baja. Lorna no estaba con la originalidad.

Todos los días, ella se ponía casi exactamente el mismo atuendo que Missy había usado el día anterior. Así si alguna vez te perdías una de las opciones de moda de Missy, que parecían arrancadas de la revista Teen Vogue, tenías una segunda oportunidad de comprobarlo en Lorna, la mañana siguiente. Al parecer, ayer Missy había usado un vestido de jersey negro y unos pendientes de diamantes, porque era lo que usaba Lorna hoy.

Puse los ojos en blanco y le disparé a la nueva chica lo que yo esperaba que fuera una sonrisa de bienvenida. Desafortunadamente, ella no me vio. Sus ojos estaban paralizados en dos niños de primer año que estaban encendiendo las lámparas en la parte frontal de la capilla. El ritual de nuevo año había comenzado.

Hubo un fuerte golpe en las puertas de la capilla. Un hombre alto con el pelo blanco y una cara cuadrada en su totalidad se puso de pie detrás del atril, el mentón levantado imperiosamente. Todo en él era duro y presionado, desde el cuello de su camisa blanca con los puños perfectamente rectos hasta su pantalón de traje gris. Había una bandera de Estados Unidos pegada al perno de la corbata rojo encendido. Me recordaba a algunos distinguidos patriarcas de la familia de la ópera de baja renta de la cual la hermana pequeña de Natasha había sido adicta todo el verano. El tipo de persona que siempre sabía lo que estaba sucediendo a su alrededor, y no aprobaba nada de eso. Susurros llenaron la habitación.

—Supongo que es el nuevo director —le susurré a Constance.

—Director Cromwell. —Confirmó—. Me dijeron que en realidad estudió aquí, hace como millones de años.

Un hombre de Easton. Interesante. Mis ojos estaban clavados en el director mientras avanzaba por el pasillo, con las manos hacia abajo a los costados como un guardia de la reina. No miró a la izquierda o a la derecha. No tuvo que echar un vistazo a sus cargos nuevos. Se detuvo en la puerta y habló.

—¿Quién requirió la entrada a este lugar sagrado? —Él preguntó.

—Mentes inquietas en busca de conocimiento —vino la respuesta.

—Entonces, son bienvenidos —dijo.

Las puertas se abrieron, y entró Cheyenne Martin y Lance Beagan, vertiendo la luz del sol detrás de ellos. Esta era la primera vez que había visto a mi compañera de piso Cheyenne, y estaba sorprendida por lo hermosa que estaba.

Su pelo rubio había sido cortado dentro de una horquilla y con las puntas balanceándose alrededor de su barbilla, y su piel estaba pálida, suave y sin defectos. Llevaba un toque de maquillaje -mejillas sonrosadas, labios rosa, pestañas rizadas- y lucía cada pedacito de la princesa de los fondos fiduciarios de colegio privado en su traje de gala de faldas y chaqueta recortada. Ella y Lance mantuvieron sus ojos fijos en el atril mientras llevaban los tomos tradicionales por el pasillo. Mientras Cheyenne caminaba entre los chicos mayores, me di cuenta de Trey Prescott, guapo como siempre, en una impecable camisa blanca que realzaba su piel oscura, mirando al frente. No tanto como una mirada en dirección de Cheyenne. Yo casi podía sentir el frío que venía de él. Supongo que esa relación no había sobrevivido al verano.

Cheyenne y Lance pusieron sus libros en el atril.

—Tradicón, honor, excelencia —ellos dijeron al unísono.

—Tradicción, honor, excelencia. —Entonamos los demás, nuestras voces llenando la capilla.

Las puertas se cerraron de nuevo, y el director Cromwell caminó por el pasillo y tomó su lugar en el atril. Él se tomó un buen rato para estudiar las filas y filas de bancos, los rostros expectantes hacia arriba. Por el desprecio ligero en sus labios, no parecía muy impresionado.

—Bienvenidos, estudiantes, a un nuevo año en la Academia Easton. Yo soy el director Cromwell —dijo en voz baja y dominante—. Me siento honrado de haber sido elegido por la junta de directores de la Academia Easton para tomar el timón y ayudar y acompañar a todos en una nueva era. A partir de hoy, dejamos el pasado detrás de nosotros. A partir de hoy, ya no somos una comunidad desgarrada por el escándalo y la tragedia. Todos hemos tenido nuestro tiempo para sanar, y es ahora cuando tenemos que mirar hacia el futuro. Un futuro que es brillante, con esperanza, con integridad, con el conocimiento, y con respeto.

Constance y yo compartimos una mirada impresionada.

—Con esto en mente, deben saber que no voy a aceptar nada que no sea el bien absoluto para los estudiantes de esta academia. Yo no toleraré la insolencia de mis estudiantes. No voy a tolerar indiscreción o inmadurez. No voy a permitir cualquier comportamiento alguno que podría reflejarse negativamente en esta escuela. Escuchen ahora, gente, y escúchenme bien. Las cosas van a cambiar.

Dijo estas últimas palabras lentamente, deliberadamente, como si martillara en todos y cada cerebro de los adolescentes de uno en uno. Más que impresionada, ahora estaba un poco asustada, y por las miradas en los rostros a mi alrededor, todo el mundo sentía igual.

—A partir de este momento, espero que todos y cada uno de ustedes trabajen por una nueva Academia Easton —dijo, alzando la voz como un dictador—. Esta escuela en adelante será conocida como una institución que reproduce carácter, que respira decoro. Y que convierte a los hombres y mujeres jóvenes en lo mejor que este país tiene para ofrecer.

De repente, un ruido fuerte, de pedo, llenó la capilla. Todos los chicos de último año soltaron una carcajada y se movieron en su asiento. Oí una carcajada que sólo podía pertenecer a una persona: Gage Coolidge.

Toda la sala se puso tensa. Mi corazón latía cuando el director Cromwell fulminó con la mirada hacia la parte posterior de la capilla. Miró derecho y asintió con la cabeza a una figura oscura en la esquina detrás de él.

—El señor Blanco, ¿Por favor? —Preguntó el director.

Un hombre delgado, pero poderoso, con las mejillas hundidas de un vampiro y pelo blanco-rubio se deslizó por el pasillo lateral y se dirigió a la derecha sobre el banco de Gage. Se inclinó y torció un dedo a Gage. Él se parecía a una personificación de la muerte.

Nadie se movió. Gage agachó la cabeza y la movió, como no había manera de que él fuera a ninguna parte. Todo lo que el hombre hizo fue inclinarse aún más sobre el chico al final de la banca y él curvó el dedo otra vez. Gage parecía remolacha roja a este punto. Él se levantó y siguió a la criatura afuera.

—¿Quién diablos es ése? —Missy susurró detrás de mí.

—¿El nuevo secuaz de la academia Easton? —Sugerí en voz baja.

La puerta de la capilla se cerró. Yo no fui la única que saltó.

—Ahora. ¿Dónde estábamos? —Preguntó el director Cromwell. Parecía más alegre ahora, de alguna manera—. Ah, sí. Este año se establece un programa de mentores. Varios estudiantes de Easton que regresan han sido seleccionados para ser mentores de estudiantes de transferencia y de los miembros de la clase de primer año entrante. Cuando sean excusados de aquí, amablemente revisen sus buzones de correo para ver si ustedes han sido tan honrados.

Missy y Lorna gruñeron, como muchos de mis compañeros se miraron abrumados. Este nuevo director no estaba jugando. El programa de bienvenida duró otros treinta minutos, y para los treinta minutos, ni un alma tuvo el valor de moverse.

—¿Puedes creer lo de ese tipo? —Missy rabeó en nuestro camino hacia el patio. Su nariz parecía de alguna manera, aún más grande cuando se enojaba. Como si se dispusiera a lanzar fuego.

—Lo sé. Como si algo se cambiara alguna vez por aquí —agregó Lorna.

Bueno, seguro que ella sí. Lorna Gross no sólo se había dejado crecer el cabello oscuro con el fin de que los rizos crespos formaran menos de un triángulo. Además se hacía evidente que tenía una cirugía en la nariz. Estaba casi bonita, lástima que no tenía personalidad alguna para ayudar a su causa.

—No lo sé. Sencillamente, todo se siente un poco diferente, ¿Verdad? —Pregunté, volviéndome hacia Constance, Kiki y Diana. Sabía que Missy y Lorna me contestarían sarcásticamente, en todo caso.

—¿En qué estás, Brennan? —Diana preguntó con una sonrisa—. Para mí es lo mismo de siempre, si me preguntas.

—Es posible que simplemente se sienta diferente porque Noelle Lange no está aquí paseando su gran puta sombra palmeando sobre todos —dijo Missy, con una mueca de triunfo.

Missy Thurber no era ni en lo más remoto lo suficientemente buena como para despreciar a alguien como Noelle Lange, pero yo sabía que si alguien estaba feliz de que se hubiera ido Noelle, era ella. El año pasado Noelle prácticamente le dijo a Missy que tenía cero oportunidades de entrar en Billings, a pesar de que su madre había sido una chica Billings. Ahora las posibilidades de Missy estaban abiertas de nuevo. A menos que yo tuviera algo que decir al respecto.

—¿Has oído hablar de ella este verano? —Constance me preguntó—. ¿O de cualquiera de ellas?

Todo el mundo me miró expectante. Yo, después de todo, era la única entre nosotras que tenía alguna conexión con las cuatro chicas que se encargaban de dirigir Billings, quienes dirigían Easton, en realidad. Todas estaban mirándome a mí como la persona que sabía. Una persona especial. La chica que en realidad había rozado con la grandeza. Así que me sentí como un talón cuando tuve que decir: —No, no he oído hablar de ninguna de ellas.

No era como si yo no quisiera saber de ellas. No era como si yo no había tratado de localizarlas. Pero Noelle, Kiran y Taylor habían cambiado sus e-mails y sus números de teléfono celular. Cada vez que lo intenté, recibí un mensaje de error en mi bandeja de entrada o escuchado una voz nasal decirme que el número ya no estaba en servicio. Después de un rato tuve que crecer un poco de orgullo y aceptar el hecho de que se habían ido. Sin mí. Natasha mantuvo que debería estar agradecida de haberme desecho de ellas. Y tal vez yo debería haberlo estado en algún nivel. Pero todavía me dolía ser tan fácil y cruelmente cortada.

Missy se burló y puso los ojos en blanco y siguió caminando, por lo que Lorna hizo lo mismo. Quería golpear juntas sus cabezas, pero me sujeté las manos a la espalda en su lugar.

—Escuché que Ariana estaba en algún hospital para enfermos mentales en el suroeste, o algo así —dijo Diana—. Una de máxima seguridad.

Lo había oído también, pero había oído que estaba en Nueva York. Cada vez que pensaba en Ariana, me la imaginaba con una camisa de fuerza, sus ojos azul claro mirando por alguna ventana al contemplar su próximo movimiento, estilo Hannibal Lecter. Entonces tenía que sacudir la cabeza para borrar la imagen y la sensación de hormigueo horrible que me daba en la espalda.

—Taylor Bell está viviendo en Portugal —dijo Lorna.

—No, era Praga. —Disparó Missy de vuelta.

—Nuh-uh —dijo Kiki, hablando por primera vez y en voz alta porque su ipod tenía el volumen alto—. Rehabilitación.

—¿Qué? No. A Taylor ni siquiera le gustaba beber mucho —le dije.

—Las píldoras —dijo Kiki, seriamente—. Siempre son las más calladas. —Era irónico, pues ella misma era una de las taciturnas.

—Bueno, yo sé a ciencia cierta que Kiran vive en París y modela —dijo Diana—. La vi en la nueva cartelera de CK en los Campos Elíseos durante el verano, y mi mamá conoce al fotógrafo. Él dijo que ella ahora es totalmente profesional. Ni fiestas, ni trasnoches, ni dietas locas. Sólo se aparece a trabajar y regresa a su casa a leer.

—Ahora sé que es una mentira. —Bromeé.

—Creo que es extraño que ninguna de ellas haya vuelto —dijo Constance cuando llegamos a la pausa en el camino entre Billings y Pemberly, uno de los dormitorios de las chicas de preparatoria y de secundaria—. Quiero decir... a menos que estén todas en la cárcel, o algo así, ¿Por qué no regresan?

—Uh, ¿Debido a la extrema humillación personal? —Missy dijo con sarcasmo. Estudió el final de su trenza antes de chasquear por encima del hombro—. Son un montón de psicópatas de todos modos. Estamos mejor sin ellas.

Mis dedos se cerraron formando un puño a mis espaldas. —¿Qué te pasa a ti?

—¿Algún problema? —Missy preguntó, chasqueando sus ojos sobre mí—. Creo que de de toda la gente que querría ver a Noelle y su pandilla quemadas en la hoguera, tú deberías ser la primera. Asesinaron a tu novio.

—No, no lo hicieron. Ariana lo hizo. El resto de ellas cometió un error —le dije, apenas sosteniendo mi furia. A pesar de que una pequeña parte de mí estaba de acuerdo con una pequeña parte de lo que dijo, sentí que ella era la última persona que tenía derecho de decirlo—. Ellas eran mis amigas.

—Buenas amigas —dijo Missy, burlonamente—. ¿Supongo que por eso nunca te agradé? ¿Porque yo no soy un psicópata?

—Tú, pequeña...

—¡Oh, dios mío! —Lorna me interrumpió—. Hablando de volver...

Me di media vuelta, medio esperando ver a Noelle, Taylor o Kiran, pero no. La chica que caminaba hacia nosotras tenía rasgos afilados, piel blanca como la leche, y un muy largo, liso y brillante pelo negro. Sus ojos negro carbón nos miraron mientras caminaba, como si estudiara una nueva especie poco atractiva. Su mirada era tan fría que casi me estremeció bajo el ardiente sol de finales de verano. De ninguna manera esta chica había estado en Easton el año pasado. Me hubiera acordado de ella.

—¡Ivy, hola! —Diana dijo brillantemente—. ¿Cómo has...?

Ella no llegó a terminar su pregunta, porque en tres palabras, la chica ya estaba fuera del alcance del oído, nos pasó por un lado, como si ella no había oído nada.

—Perra —dijo Missy, en voz baja.

—Putá —agregó Lorna.

Me quedé mirando a la muchacha hasta que ella había desaparecido por la puerta trasera de Pemberly. La pelea con Missy y la Chica nariz ya había sido olvidada. Las cosas acababan de ponerse interesantes.

CAPITULO 3

Traducido por: Masi
Corregido por: Julia107



HASTA EL ÚLTIMO CENTÍMETRO

— **S**e llama Ivy Slade —dijo Josh, deslizando sus dedos entre los míos—. Ella solía venir aquí, pero el año pasado no se presentó. Ahora ha vuelto. Ella y Taylor Bell solían compartir habitación en esos días.

Está bien. Ahora yo estaba definitivamente intrigada.

—¿Cómo sabes todo esto, exactamente? —Pregunté. Él, después de todo, sólo había estado en Easton un año. Al igual que yo. Intenté poner la contraseña de mi buzón de correo con la mano izquierda, ya que él estaba sujetando mi mano derecha. No estaba funcionando del todo.

—Gage cotillea como una niña —respondió él. Levantó la mano y besó la parte posterior de cada dedo, uno por uno—. Me dijo que ellos solían tener algo. Como, algo serio.

—Ella y Gage —le dije con aire dubitativo—. Yo no le veo a él en una relación seria.

—¿Dije relación? Quise decir sexo. Ellos tuvieron relaciones sexuales serias —aclaró Josh—. Por todo el campus. O al menos eso dice él.

Me estremecí. Bueno, eso explicaba la observación de Lorna de “puta”. —Muy bien. Demasiada información. Sigamos adelante.

Yo no tenía la necesidad de oír todos los detalles del tour sexual en Easton de Gage e Ivy, pero yo guardé profundamente la información sobre ella y Taylor para una referencia futura. Tal vez ellas habían sido buenas amigas. Tal vez ellas aún lo fueran. Quizás esta persona, Ivy, incluso supiera dónde había ido a parar Taylor. Después de todo lo que nosotras habíamos pasado juntas, yo estaba deseosa por saber lo que las chicas Billings estaban haciendo con sus vidas. Incluso si ellas, como lo demostraba su silencio total, no tenían ningún interés en mí.

—Está bien. —Josh me soltó la mano derecha, tomó mi izquierda, y comenzó a besar esos dedos también.

—¿Qué estás haciendo? —Le pregunté con una sonrisa.

—Tengo un plan completo para besar todas las partes de tu cuerpo antes de que finalice la primera semana —dijo Josh con total naturalidad.

—¿Todas ellas? —Dije, un rubor escalando posiciones por mi cuello. El Josh que yo conocía no era normalmente tan directo.

Josh sonrió juguetonamente. —Bueno, todas las que tú me permitas.

—Ah. —Aquello era más como Josh. Me incliné hacia él y toqué con mis labios los suyos.

—¡Ustedes dos están haciendo la primera muestra de mi galería! —anunció una voz atronadora.

Nos separamos de un salto. Tiffany Goulbourne corría otra vez, su cámara habitual en la mano, toda sonrisas.

— ¿Acabas de tomarnos una foto? —pregunté.

—Sí. Y es una que van a querer mostrar a los nietos algún día. —Ella nos mandó a Josh y a mí un beso doble al aire como a todos, y a continuación se inclinó hacia mí, inspeccionando de la cabeza a los pies—. Reed, amiga mía. Estás aún más fotogénica este verano. ¡Ese pelo! ¡Esa piel!

—Mira quién habla —le contesté.

Tiffany era una residente de la Casa Billings a la que había llegado a conocer mucho mejor durante el segundo semestre del año pasado, después de todo, la locura se había apagado. Ella era alta y esbelta, de piel de ébano y pelo corto rapado. Podría haber sido una modelo, sin duda, pero prefirió estar detrás de la cámara. Todo el tiempo. No importaba dónde estuviera o qué estaba haciendo, ella llevaba una cámara consigo, ya fuera una de la vieja escuela de 35 milímetros o de una pequeñita, minúscula digital. Nadie estaba nunca a salvo de su objetivo. Era como nuestro propio paparazzi. Excepto que todo el mundo la quería.

—Sí, claro —dijo ella, sonrojándose—. Tienen que permitirme fotografiarlos este año. Tienen que hacerlo.

—Ya veremos —le dije, divertida.

Tiff se había pasado la mitad del semestre de primavera tratando de convencer a todos los conocidos para que posaran en varias muestras para su proyecto de arte final. Por mucho que me gustaba la energía positiva de la muchacha, yo había tenido la suficiente atención por un año y habían encontrado varios lugares escondidos en la casa para evitarla. Cheyenne había, por supuesto, terminado siendo la estrella de su revista ilustrada. Por la cual, inevitablemente, Tiffany había recibido una A.

—Oh. Allí están London y Vienna. ¡Primera foto del año de las ciudades gemelas! —Y al igual que, Tiffany estaba de nuevo, esquivando a través de las hordas de estudiantes de primer año chequeando sus buzones de correo por primera vez, lista para sacar London Simmons y Clark Viena, las gloriosas ciudades gemelas, en toda su gloria recién bronceada.

—¿Y bien? Vamos a ver lo que tienes —dijo Josh, asintiendo con la cabeza a mi casilla de correo.

Rápidamente la abrí y saqué la hoja de papel doblada en el interior del azul. Había visto a algunas otras personas con ellos, gimiendo sobre su contenido, así que ya sabía a lo que yo estaba vinculada. La nota breve escrita a máquina decía: Felicidades, Sra. Brennan. Usted ha sido seleccionada como Mentora de la Academia Easton. Su asesorada es: Sabine Du Lac, Junior (transferencia); Residencia, Casa de Billings. Si tiene alguna pregunta, póngase en contacto con la señora Naylor, Jefa de Orientación.

—Eso no puede estar bien —dije.

—¿Qué? ¿No te crees digna de confianza suficiente para tomar una incipiente joven bajo tu ala? — Josh me preguntó mientras yo cerraba la puerta del buzón.

Josh no tenía que cargar con un novato, a pesar de que era uno de los mejores y más brillantes alumnos de Easton. Mi teoría era que la administración decidió darle un salvoconducto, teniendo en cuenta lo estresante que su primer año había sido. Cuando su compañero de cuarto y mejor amigo fue asesinado y por error tú eres encarcelado por el crimen, un permiso, es muy merecido. Aunque, al parecer, no había tal amnistía para la novia de la víctima. Pero entonces, Cromwell era todo negocios, y un compañero de piso tiene una relación oficial en Easton, mientras que una novia no lo hace.

Por lo menos este año Josh estaba alojado con Trey. Ese tipo era el prototipo de todos los chicos americanos, corriendo por el campus todas las mañanas, dirigiendo al equipo de fútbol en goles marcados, siendo reclutados por todas las escuelas del país. Él no estaría trapicheando con las drogas, llegando a casa borracho y animando a la gente a hacerle daño.

No es que le eché la culpa a Thomas por lo que le había ocurrido a él, pero digamos que con el paso de un año, la perspectiva que se había abierto en mis ojos era el hecho de que él no era una persona con la que fuera fácil entenderse.

— No, simplemente dice que ella vive en Billings —le dije a Josh, sosteniendo la hoja—. Ni siquiera hemos elegido a los nuevos compañeros de la casa. Por lo menos hasta donde yo sé. A menos que lo hicieran sin mí o algo así. —Lo cual, teniendo en cuenta mi experiencia con las chicas de Billings, en realidad no tendría que haberme sorprendido mucho.

Josh se encogió de hombros y me agarró la mano de nuevo. —Probablemente sólo cometieron un error. —Me besó mi meñique, después mi dedo anular, y un aumento de atracción se precipitó deslizándose a través de mí. Huh. Sensitivo dedo anular.

—Vas a tener que dejar eso —dije bajo un suspiro—. Ahora soy una mentora. Tengo una imagen que mantener. — Le miré a los ojos, toda coqueta.

—Déjame ver esto —dijo, tomando mis manos—. ¿Sabine Du Lac? Suena como la realeza francesa o algo. Probablemente no se sorprenda fácilmente.

Él estaba inclinándose para besarme cuando London y Vienna, las ciudades gemelas, llegaron. Tenían su bronceado a juego, sus reflejos a juego, y sus similares mega-pechos desbordándose por los escotes de los vestidos de verano muy similares.

—¡Reed! ¡Tenemos que irnos! Tenemos una reunión en la casa antes del primer período, y ya llegamos tarde. Cheyenne va a estar muy molesta.

Todas nuestras clases se habían retrasado y acortado durante el día para poder acomodarnos. Pero dejaron a Cheyenne para dirigir nuestro tiempo para sus propios fines, en su lugar. Suspiré. Probablemente era mejor que me fuera ahora de todos modos, antes de que Josh y yo empezáramos algo totalmente inadecuado a plena luz del día en medio de una oficina de correos lleno de gente. Tenía la sensación de Cromwell no era de los que ponían la otra mejilla cuando se trataba de una PDA.

—Supongo que me tengo que ir —le dije, levantando un hombro.

Le di un beso rápido en los labios, me obligué a retirarme, y me volví para seguir a mis compañeras de casa. Josh me agarró de la muñeca y me detuvo. Me atrajo hacia sí y me giró para que mi espalda estuviera apoyada en los buzones.

—Josh. ¿Qué pasa si un maestro...?

Él me silenció con sus labios, presionándose contra mí y besándome con tanta urgencia, que se me olvidó todo acerca de la facultad y las potenciales normas. Incluso dejé de sentir todos los pequeños mandos de metal presionándose en mi espalda. Sentí ese beso en todas partes. En cada centímetro de mi cuerpo.

—Muy bien. Ahora puedes irte —dijo Josh, retrocediendo con una sonrisa de seguridad.

Le miré parpadeando, mis párpados pesados. —¿Que camine otra vez?

Josh se rió y me dio la vuelta por los hombros hacia la puerta, donde London y Vienna me esperaban, sonriéndome.

—Supongo que estás feliz por estar de vuelta, ¿Eh? —London se burló mientras yo me tambaleaba hacia ella.

—Sí. —Ella no tenía ni idea—. Definitivamente.

* * * * *

— ¡Bienvenidas de nuevo a todas!

Cheyenne estaba a la cabeza de una larga mesa, de madera pulida que se había hecho cargo de la sala entera en el primer piso de la Casa de Billings, las yemas de sus dedos bien cuidados presionaban en la superficie. Todas las cómodas sillas y sofás se habían ido, y el televisor de pantalla plana ha sido desplazado a la esquina trasera. En el centro de la mesa había seis pequeñas cajas de joyería de color rosa, apiladas en una pirámide. En cada una de las diez sillas que rodeaban la mesa, una en cada cabeza y cuatro por cada lado, había otra caja de joyería de color rosa, una almohadilla blanca de papel, una pluma de plata, y una postal. Vi mi nombre de inmediato, en el último asiento del lado derecho, lo más lejos de Cheyenne donde podía estar sin estar directamente frente a ella. Mi nombre, al igual que el de las demás, estaba escrito en caligrafía rosa.

— ¡Encuentren sus asientos! ¡Tenemos mucho que tratar en poco tiempo! —Anunció Cheyenne, apresurándonos a entrar.

Las otras chicas, que habían estado conversando en pequeños grupos alrededor de la sala, tomaron sus sillas. Me deslicé en la mía, y Rose Sakowitz, la diminuta pelirroja compañera de cuarto del año pasado de Cheyenne, ocupó la silla al final de la mesa. Ella tenía un poco más de carne en los huesos de la que había tenido el año pasado. Reconfortante, ya que ella siempre había parecido como si fuera a volar lejos con un viento fuerte. Pero seguía siendo probablemente una talla cero. Su falda amarilla era tan pequeña, que yo podría haberla utilizado como una diadema.

—Hola, Reed —susurró con una sonrisa y un rápido saludo.

—Hola —susurré en respuesta—. Me alegro de verte.

—También yo. ¿Cómo fue tu verano? —Preguntó Rose.

—¡Señoritas! ¿Si no les importa? —Cheyenne escupió.

Oh. Y así era como esto iba a ir. Desde la primavera pasada, cuando Cheyenne había tomado el cargo de la fraternidad y realmente se había dedicado a ello, ella había sido como una excursión al infierno. Ella se había presentado a la presidencia sin oposición y creado un gabinete que incluía a London y Vienna como vicepresidentes, a Rose como presidenta de filantropía, y a Tiffany como historiadora (que básicamente significaba que Tiff era una armadora de álbumes de recortes glorificada). Con su nuevo régimen en el lugar, Cheyenne se había asegurado de que ningún momento de tiempo libre quedara desocupado. Había habido té y fiestas, y eventos para recaudar fondos y excursiones de un día. Siempre que no estábamos estudiando, estábamos vinculadas con ello. Y había sido muy divertido. La mayoría de las veces. Salvo cuando Cheyenne sacaba su látigo. ¿Qué era eso que decían sobre que el poder absoluto corrompía absolutamente?

Cheyenne podría tener ese sello en la frente. A veces echaba de menos a la antigua y algo dulce Cheyenne de la Navidad pasada, pero cuanto más pasábamos el rato, más me daba cuenta que se trataban de los verdaderos colores de Cheyenne. Al final del semestre de otoño había puesto simplemente una cara feliz en su esfuerzo por derrocar a Noelle. Ahora que Noelle se había ido de verdad, estaba de vuelta la perra que llevaba dentro, y sólo de vez en cuando la Cheyenne más cool brillaba.

—En primer lugar, bienvenidas de nuevo a Billings —comenzó Cheyenne mientras Tiffany sacaba su foto—. Espero que todas hayan tenido unas vacaciones de verano fabulosas. Me encantaría saber todo acerca de los viajes por Europa y los viajes a Ciudad del Cabo, pero ahora tenemos algunos asuntos que atender. —Ella sonrió y levantó la palma de la mano en el aire—. Ahora sé que se están muriendo todas por saber lo que hay en esas pequeñas cajas, ¡Así que vamos allá!

London chilló y recogió su caja de color rosa como si fuera carne, y ella, un perro rabioso. Yo en ese momento me había olvidado de la mía. Me la acerqué y la abrí.

Dentro había una pequeña letra **B** en una fina cadena de oro, con diamantes y una inscripción. Todas las chicas a mi alrededor soltaron un oooohhhhhh y exclamaciones mientras ellas las ataban alrededor del cuello cada una.

— ¡Cheyenne! ¡Son tan mmmm! —Gorjeó Vienna, ayudando a London con la suya.

— Son perfectas —agregó London—. Ahora todo el mundo sabrá quién es una chica Billings y quién no.

Como si no lo hicieran ya.

—Gracias, Shy. ¡Eres un genio! —Gorjeó Portia Ahronian. Añadió el collar a las cinco o seis cadenas de oro que siempre llevaba colgadas del cuello, lo que contrarrestó su tez de oliva magníficamente. Yo nunca había llegado a conocer a Portia tan bien como el año pasado, pero yo había sido testigo de sus habilidades estelares en las fiestas y noté su afición sería a las joyas. Ella era también bastante experta en moda y probablemente ocuparía el lugar de Kiran siendo la precursora de la alta costura de Billings, ahora que Kiran era al parecer una emigrante. Portia también tenía una inclinación para acortar las palabras, que me volvía loca. Hablar con ella era como hablar con un mensaje de texto.

—No me des las gracias. Gracias al Fondo de ex alumnas de Billings —dijo Cheyenne. Me di cuenta de que ya tenía un collar de brillantes con la **B** contra su piel lechosa. ¿Era sólo yo, o el de era de ella un poco más grande que todos los demás?

—¿El Fondo de ex-alumnas de Billings? —Pregunté.

—Dios, Reed. ¿No aprendiste nada el año pasado? —Preguntó Cheyenne con una sonrisa.

—Todas las ex-alumnas de Billings contribuyen todos los meses —explicó Rose—. Es la forma en que hemos pagado todos los partidos y los viajes el año pasado.

Interesante. Yo nunca había oído hablar del fondo de antiguas alumnas antes. Pero entonces, yo me había mantenido en la oscuridad sobre un montón de cosas ese año. Rose se ofreció a ayudarme con mi cadena, y me volví para dejar que lo enganchara. La B se sentía fría y delicada en mi pecho.

—¡Tenemos que hacer una foto de todas nosotras con nuestros collares puestos! —anunció Tiffany—. ¡Pónganse juntas!

—Después de la reunión —dijo sin rodeos Cheyenne. Las que habían comenzado a levantarse volvieron a caer en sus asientos—. Tenemos mucho que hablar —continuó Cheyenne. Sacó una carpeta de plástico rosa fuera de su bolso de Kate Spade y desenrolló la cuerda de sujeción—. Normalmente nosotras elegimos a nuestras nuevas compañeras de casa en primavera, con la ayuda de las antiguas alumnas, y hacemos llegar nuestras invitaciones a continuación. Pero teniendo en cuenta todo lo que sucedió el año pasado, me pareció un poco incómodo.

Nos ordenaron no hacerlo, pero hay que seguir adelante y hacer que parezca como si fuera su propio sentido del decoro lo que anticipó todo esto.

—Ahora nosotras estamos en la posición de tener que llenar la casa y hacerlo rápidamente. Pero estoy segura de que todos estamos a la altura. —Ella le entregó una pila de papeles a Tiffany a su derecha y a Vienna a su izquierda—. Busquen las páginas con sus nombres en ellas y pasen las otras —indicó—. Estos son todos los estudiantes de tercer curso. Tendremos que elegir a seis niñas de entre más de cien posibles.

Eché un vistazo a la pirámide de cajas en el centro de la mesa. Seis chicas. Seis collares más.

—Cada una será responsable de investigar la vida de por lo menos diez posibles chicas Billings en proyecto —continuó Cheyenne.

—¿Investigar? —Pregunté mientras las páginas se dejaban caer frente a mí. Observé el primer nombre con consternación: Lorna Gross. Junto con su nombre y su desafortunada foto de clase de estudiante de segundo año estaba una lista de datos esenciales: su cumpleaños, residencia principal, las calificaciones finales del año pasado, los clubes y el deporte, además de apartados sobre todos los miembros de su familia y los ingresos de sus padres. Había incluso un resumen de donde había veraneado y tomado las vacaciones de invierno durante los últimos diez años. Cómo obtuvo esta información, no tenía ni idea. Me volví a la segunda página y sonreí. Kiki Rosen. Por lo que a mí respecta, Kiki era una buena estudiante y buena persona, lo era en este momento. Y, mierda santa, ¿Eso era realmente lo que su familia ganaba?

—En primer lugar, ustedes arreglarán una cita para sentarse con cada una de sus chicas y llevar a cabo una entrevista. Asegúrense de que ellas sean material de Billings. El hecho de que realmente lo quieren —dijo Cheyenne, paseándose alrededor de la mesa imperiosamente—. En segundo lugar, y más importante, mantengan un ojo en ellas. Vean cómo se comportan cuando piensan que nadie las está mirando. Es entonces cuando su personalidad de verdad será revelada.

Mi risa llenó la habitación de otro modo silenciosa. Cada persona de la mesa me miró.

—Ella no está bromeando —dijo Rose.

De ninguna manera. —¿Quieres que yo espíe a estas chicas?

Cheyenne apretó los labios como si se le hubiera atascado sólo una gota de limón en la boca. —Así es como se hace. Así es como siempre se ha hecho.

—Con una excepción —dijo Portia, lanzando una mirada altiva en mi dirección.

Correcto. Yo. Como siempre, la oveja negra.

—Es cosa pasada —dijo Cheyenne, con un gesto de su mano—. Pero trae a colación un buen tema. Teniendo en cuenta todo lo que sucedió el año pasado, es de suma importancia que consigamos a las chicas correctas este año. Tenemos que pulir la imagen empañada de Billings. Mostrar al mundo que las chicas no son indicativos del tipo de las mujeres que queremos ser.

¿Puedo vomitar ahora?

—¿Um, Cheyenne? ¿Qué pasa con Ivy? —Preguntó Rose.

Una sensación de anticipación corrió por mi espina dorsal.

—¿Qué pasa con Ivy? —Cheyenne se alteró.

Está bien. Es evidente que aquí no hay amor perdido.

—Bueno, ella hubiera estado en Billings el año pasado, no en Q si no se hubiera ido MIA —dijo Portia, inspeccionando sus uñas—. ¿Deberíamos volver a extenderle la invitación?

—No. Queremos jóvenes solamente. Toda la cuestión consiste en orientar el futuro de la casa, no tener a alguien nuevo que se irá de aquí en unos pocos meses —dijo Cheyenne—. Además, ¿no has oído una palabra de lo que acabo de decir? Yo no creo realmente que Ivy Slade sea el tipo adecuado de chica.

Había muchas miradas cómplices y unas pocas risitas. Rose, sin embargo, no parecía muy contenta.

—Vamos a elegir a nuestras compañeras de piso nuevas de entre la clase junior, y vamos a elegir sabiamente —dijo Cheyenne—. Depende de nosotras asegurar el futuro de esta casa.

Afuera, en el vestíbulo, la puerta principal se abrió. Todos miramos a nuestro alrededor, preguntándonos quién faltaba. Sonaba como si un grupo acabara de entrar por la puerta. Segundos después apareció el director Cromwell, prácticamente llenando el salón de entrada. Miró hacia abajo a la mesa con evidente disgusto.

—Señoritas.

—Hola Director. —Lo saludó Cheyenne con incertidumbre.

Él se apartó un poco. —Pasen, No sean tímidas —dijo por encima del hombro.

Hubo un silencio sepulcral hasta que seis niñas entraron en la habitación y se alinearon delante de las cortinas de encaje en la ventana del frente. Lorna Gross, Missy Thurber, Talbot Constanza, Rose Kiki, Astrid Chou, que hasta donde yo sabía que era amiga de Cheyenne de la escuela Barton, y la chica nueva de la capilla. Miss Isla Nación, como Lorna la había llamado.

—Señoritas, permítanme presentarles a sus nuevas compañeras de casa —dijo el director con un gesto brusco.

—¿Qué? —espetó Cheyenne. Chilló, en realidad.

El director la miró con desdén. —Estas chicas están entre la élite de la clase junior. Han sido seleccionadas por el consejo de administración y se les han concedido el honor de residir en la casa Billings.

Tiffany las fotografió. Todas las demás a mí alrededor parecían consternadas. Tenía que estar bromeando. No podían decidir quién iba a vivir en Billings. No era así como se hacía. Pero luego me di cuenta de la expresión de Constance. Ella parecía una niña de cinco años de edad que acababa de dejar la fábrica de chocolate de Willy Wonka. Eso disminuyó el malestar. Al menos lo suficiente como para hacerme reír.

—Director Cromwell. —La voz de Cheyenne sonaba débil mientras trataba de recuperar sus sentidos. Se agarró al respaldo de la silla de Tiffany y se encaró con él—. Lo siento, pero las mujeres de la casa de Billings siempre han sido seleccionadas por las propias compañeras de la casa. Es uno de los privilegios de vivir aquí. Así es como siempre se ha hecho. Durante los últimos ochenta años.

El director miraba a Cheyenne con una expresión de desprecio apenas velado en sus ojos. —La Sra. Martin, ¿Verdad?

—Sí, señor. —Era evidente que estaba satisfecha de que su reputación la precediera.

—Lo he oído todo sobre usted de Dean Marcus —dijo él—. Por ejemplo el pequeño trato que hicieron con él el año pasado para que usted y sus amigas salieran de la escuela durante las vacaciones.

La sonrisa de Cheyenne se tambaleó un poco.

Bueno, déjame decirte sin rodeos —continuó él—, yo no hago tratos con los estudiantes. Te digo cómo va a ser, y tu respuesta es: Sí, señor. Muchas gracias, señor. Buenos días, señor.

Cada uno de nosotras nos congelamos en nuestro lugar.

—A partir de hoy, esta casa ya no se maneja como una hermandad —continuó con un resoplido. Metió la mano sobre el hombro de Rose y recogió su postal, la cual él miraba por encima rápidamente antes de lanzarla de nuevo sobre la mesa con evidente disgusto. London cogió la suya como si fuera a esconderla—. He escuchado algo acerca de sus rituales e iniciaciones. Y todo se detiene ahora. Se trata de un dormitorio. Un espacio para vivir. Eso es todo.

Sentí un dardo de dolor dispararse a través de mí y sabía que los demás debían sentir la degradación aún más intensa. Vivir en Billings se suponía que significaba algo. Significaba algo para todas nosotras. Y él sólo nos lo arrebató lejos y nos insultó en el proceso.

—¿Tienes algo que decir a eso, Sra. Martin? —preguntó, levantando la barbilla. 1,...

—Sí, señor... —La avisó él.

Wow. Esto era humillante. Gran momento, tetas por fuera de un traje de baño humillante. Cheyenne se aclaró la garganta y bajó sus ojos al suelo.

—Sí, señor. Muchas gracias, señor. Buen día, señor.

Por lo menos, ella puso un poco de énfasis sarcástico en la palabra señor. Eso era algo.

—Las dejaré para que se conozcan entre todas —dijo el director. Luego dio media vuelta y salió.

Durante un largo momento, nadie se movió. La ira de Cheyenne podría haber incinerado toda la habitación.

—Ese hombre necesita un buen revolcón —bromeó Astrid, su acento británico de alguna manera hacía más divertida la broma.

Todas se rieron con nerviosismo. Todas, excepto Cheyenne.

—No pueden hacernos esto —dijo, su voz como el hielo.

—Creo que ellos lo hicieron —dijo Tiffany.

—No. Este es mi último año. No pueden cambiarlo todo ahora —despotricó Cheyenne—. Simplemente no pueden. He estado esperando esto durante toda mi carrera en Easton. ¡Ellos solos no nos pueden traer a estas personas al azar y esperar que esto sea así!

—Cheyenne —regañó Rose, saltando. Echó una mirada a las seis chicas en tono de disculpa hacia la ventana, agarró la muñeca de Cheyenne y tiró de ella hacia la esquina, hablando con ella en voz baja. Vienna y London se unieron a ellas con rapidez.

Eché un vistazo a las otras chicas en la mesa, quienes parecían tan estupefactas e inseguras como yo me sentía. Pero no podría haber sentido la mitad de lo que Constance y las chicas nuevas sentían. No podía dejarlas allí todas inseguras y fuera de lugar. Me levanté y di un torpe abrazo Constance.

—¡Felicidades! —Le dije. No podía pensar en nada más que decir. Algunas de las otras chicas Billings siguieron mi ejemplo y se levantaron en persona para hablar con nuestras visitantes. Poco a poco, las charlas llenaron la habitación, ahogando a Cheyenne y los demás.

—¿Qué hay de malo con Cheyenne? —Me preguntó Constance en voz baja—. ¿Ella realmente no nos quiere aquí?

—Ella quiere votar, como siempre —le dije—. Ella quiere el poder de decidir quién vive aquí. Pero, ¿qué iba a hacer? El director parecía bastante serio. Si él dice que van a vivir aquí, vivirán aquí.

—Yo no me lo creo. ¡Estoy en Billings! —Dijo Constance, con los ojos muy abiertos.

—Sólo espera a ver lo que hay en esas cajas —le dije, mirando a la mesa.

Constance miró las cajas vacías de color rosa esparcidas por todo el lugar, y luego miró a su alrededor, casi babeando cuando se dio cuenta de las cadenas de diamantes por todas partes.

—¡Dios mío! ¿Voy a conseguir una? —Preguntó ella, llegando a tocar mi colgante.

Me encogí de hombros. —Me parece que todas las chicas Billings tienen una, así que...

Constance chilló en silencio y yo me acerqué a Astrid, a quien había conocido en la fiesta de Cheyenne de Navidad del año pasado. Fiel a su original sentido de la moda, ella llevaba un vestido sin tirantes con sellos de correos por todas partes, pisos amarillos, y una flor en el pelo corto y despeinado.

—¡Reed! Es tan agradable ver una cara conocida —me dijo.

—¡Lo sé! ¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunté—. ¿Qué sucedió en Barton?

—Me sorprendieron fumando detrás del gimnasio demasiadas veces, ¿No? —Sus ojos castaños brillaban con malicia—. Pero no importa. Siempre he querido venir aquí de todos modos.

Se la presenté a Kiki, y a Constance, a continuación, me dirigí a la nueva chica que estaba en un rincón, con las manos detrás de su espalda, con timidez observando la sala.

—Sabine, ¿No? —Pregunté.

Su rostro se iluminó, si es posible pareciendo aún más bella. —Sí. ¿Cómo lo sabes?

Su inglés era ligeramente acentuado. Francés, como Josh proveyó. Saqué la hoja azul de mi bolsillo trasero del pantalón y se la entregué a ella. —Soy Reed. Parece que se supone que debo guiarte.

—Oh, ¡Gracias! Estoy tan feliz de conocerte —dijo Sabine, con la mano en el pecho—. Este lugar es un poco intimidante, ¿No?

Sonreí. —Sólo un poco.

—¡No! ¡Olvidalo! —Espetó Cheyenne desde el otro lado de la habitación—. ¡Esto no es aceptable! —Se volvió a las seis recién llegados—. ¡Ustedes! ¡Siéntense! —Les ordenó, señalando con el dedo a la mesa—. El resto de ustedes, a mi habitación. Ahora.

Agarró las seis restantes cajas de las joyas en sus brazos como si tuviera miedo de que las chicas nuevas se las pudieran robar, y luego salió de la sala, con el resto de las muchachas de Billings detrás de ella. Miré a Sabine y a las otras con una disculpa en mis ojos y suspiré.

—Muy bien. Quizás más que un poco.

CAPITULO 4

Traducido por: Unstoppable
Corregido por: alice_vampire



AÑO NUEVO

— ¡N o tienen derecho a hacer esto! ¿En qué estaban pensando? —Cheyenne despotricaba, dando vueltas en su habitación individual enorme. Ella había tomado la vieja habitación de Noelle y Ariana de nuevo este año, pero de alguna manera había logrado asegurarla para ella sola. Todavía era extraño estar aquí sin el ridículo lío de Noelle en un lado y el OCD² de Ariana por el otro, pero Cheyenne había hecho todo lo posible para que fuera suya. Había una cama doble, situada cerca del mirador, dos vestidores, un gran escritorio, un tocador adornado, y una sala de estar. Más una habitación suficiente para que todos los residentes de Billings pasaran el rato. Todo a la vista era blanco, rosa o verde musgo -la colcha, las cubiertas de las sillas-, una banda almohadas, las flores frescas en la ventana de la bahía. Era como si estuviera viviendo en un jardín Inglés—. Es decir, ¿Lorna Gross? No me importa si ella tomó un jet privado a Suiza por una operación de nariz. ¡Ella todavía es Lorna Gross!

—¿Y has visto a esa chica de los zapatos? —Dijo Portia, sus ojos casi cruzándose mientras inspeccionan un mechón de pelo en busca de puntas abiertas—. ¡Mal!

Miré a Tiffany, confundida. ¿De qué chica estaba hablando? Tiff simplemente se encogió de hombros.

—Bueno, al menos Astrid está dentro —dije, tratando de encontrar un rumbo para calmar a Cheyenne—. ¿No son ustedes dos, como, mejores amigas?

Cheyenne me niveló con la mirada—. Nos conocemos, —corrigió ella—. Y ese no es el punto.

—Pero ella tiene razón. Los estudiantes de transferencia no entran en Billings, —Rose dijo desde su asiento en una de las sillas tapizadas de Cheyenne—. Tal vez la Junta le hizo un favor.

—¿Estás bromeando? ¿Soy la única aquí que está molesta? Esto es una ofensa para todas nosotras, —dijo Cheyenne—. Ellos no saben lo que se necesita para estar en Billings. Simplemente no pueden de repente decidir quién es digno. Todas y cada una de nosotras fue cuidadosamente seleccionada por las mujeres que han vivido aquí, que saben de qué se trata. El consejo de administración no tiene ninguna pista, y el director Cromwell desde luego que no.

—Sí, pero Kiki y Constance son ambas cool. Kiki obtuvo la primera matrícula de honor dos veces el año pasado, y Constance fue editora jefa de Crónica a pesar de que sólo es una menor —señalé—. Y yo no soy el mayor fan de Lorna, o de Missy, pero Missy proviene de un legado de Billings. ¿No le ha llegado de forma automática de todos modos?

² OCD: Trastorno obsesivo-compulsivo. (N. del T.)

—La niña tiene un punto, —dijo Tiffany, jugueteando con su cámara.

—Pero eso no cambia el malvado hecho de que sólo se abalanzaron aquí y nos despojaron de nuestros derechos, —dijo Portia. Las lentejuelas de sus brazaletes tintineaban mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. El hombre es un sulfato de alúmina³. Él lo debe saber mejor.

—Exactamente, —dijo Cheyenne, sus ojos iluminados ahora que alguien estaba con ella.

Increíble. De alguna manera me sorprendió aún el ego Billings.

—Sí. Y ahora no tenemos que espiar sobre las perspectivas. —London hizo un mohín—. Estaba ansiosa por esa parte. Incluso compré binoculares, —dijo ella, sacando un elegante conjunto de binoculares color plata de su bolsa de cuero Prada.

—¿Ves? —Cheyenne, dijo, levantando una mano como si esto fuera un insulto atroz—. London ni siquiera va a poder utilizar sus binoculares.

—Bueno, ella ya los usó en Ketlar esta mañana, —bromeó Viena, ganando risitas a su alrededor. Ella y London golpearon las manos, su manicura francesa idéntica hizo clic en conjunto, con un aspecto muy satisfecho de sí mismas. Tenía la esperanza de que la habitación de Josh estuviera frente a ellas.

—Mira, como yo lo veo, todo esto significa que no tenemos que hacer todo el trabajo, —dije—. Ellos ya lo hicieron por nosotras.

Honestamente, no me gusta tener que hablar en este asunto mucho más que alguien haya hecho. Pero yo tenía la sensación de que mis hermanas Billings, con sus normas indefinibles, no podrían haber aceptado a Constance, y yo no quería ver el corazón de la chica destrozado. Y no podía imaginar cómo me habría sentido si el mismo día que había sido invitada a Billings, entonces había sido sumariamente descartado. Todo lo que quería hacer era aceptar la disposición y seguir adelante.

Los ojos de Cheyenne brillaban—. La pereza no es excusa para renunciar a todo lo que significa Billings, Reed, —espetó ella—. No es que yo espero que tú entiendas eso, —añadió en voz baja.

Me quemaba—. ¿Disculpa?

—¿Qué? Oh, nada —dijo con una dulce sonrisa.

Con lo irritada que estaba, yo no tenía ganas de entrar en una precipitación, a la lucha de arrastrar con Cheyenne, así que opté por ignorar su indirecta y centrarme en el problema actual. —No quiero renunciar a todo lo que significa Billings, bien, pero ¿Qué vamos a hacer? Yo digo que acabemos de dar a las chicas sus nuevos collares y sigamos adelante con nuestro año.

Hubo un murmullo general de asentimiento que impulsó mi confianza.

—Uh, no. Yo no lo creo. No recibirán sus collares, —dijo Cheyenne, cortándonos a todos nosotras—. No tenemos manera de saber si las chicas son material de Billings.

—Bueno, es demasiado tarde, —dijo Rose, encogiéndose de hombros—. Ellas se están moviendo dentro. Van a tener que ser material Billings.

Esos eran pensamientos exactos. ¿Por qué no lo he dicho antes?

³ Sulfato de alúmina: Sustancia ácida. (N. del T.)

Los ojos azules de Cheyenne se achicaron. —No necesariamente.

¡Oh, Dios! No me gustaba ese tono. Un familiar nerviosismo corrió por mi espina dorsal.

—Ooh, ¿Qué estás pensando? —preguntó Viena.

Al parecer, a Viena le gustaba ese tono.

—Estoy pensando que todavía podemos ponerlas a prueba. El hecho de que estén viviendo bajo nuestro techo, no significa que ellas todavía no pueden ser vetadas, —dijo Cheyenne—. Vamos a hacer una tarea para que realicen, y los que pasan, bien. Pero las que no...

Algunas de las chicas miraron en conspiración. Yo, sin embargo, estaba en blanco.

—Los que no, ¿Qué? —Le pregunté.

—Bueno, vamos a lidiar con eso cuando llegue el momento, —dijo Cheyenne, cruzando a darme palmaditas en el hombro como a una niña pequeña.

—No lo entiendo —dije, tratando de evitar cualquier atrocidad que estas chicas tenían en mente—. El director dijo que están viviendo aquí. No hay nada que podamos hacer.

—Oh, siempre hay algo que podamos hacer, Reed —dijo Cheyenne con una sonrisa beatífica—. Sólo necesita un poco de creatividad.

Cuando entré en mi habitación después de nuestro breve encuentro e irritante, Sabine había comprimido la maleta vacía y cerrada que escondió debajo de la cama. Sus sábanas eran simples y blancas, y su armario estaba sólo medio lleno, de prendas de vestir de aspecto endeble en toda clase de colores brillantes. Las sandalias chatas estaban alineadas en el piso con un par de zapatillas. Había tres velas en la mesa junto a su cama y dos fotos.

Una foto de ella y dos amigos en trajes de baño, de pie en un marco de bambú simple, y una más grande de Sabine en un uniforme escolar, abrazando a una mujer que tuvo que ser su madre. Ésta un marco de plata.

—¿Eso es todo? —Le pregunté.

Ella levantó una pequeña pila de libros de tapa dura de su cama y las puso sobre su escritorio junto a un ordenador portátil Apple color plata. —Eso es todo.

—Wow. Y yo pensé que era una minimalista.

Cambié de lado, a mi cama y me senté frente a ella. Miró a su alrededor a sus cosas y se encogió de hombros delgados. —Llevaba un uniforme en mi antigua escuela, así que no necesitábamos mucho. Y supongo que los suéteres y ropa de invierno ocupan más espacio, pero no tengo esas cosas todavía. ¿Sabes dónde podría comprar un vestido nuevo?

—Yo no soy la persona a la que le quieres preguntar, —le dije con una sonrisa sardónica—. Portia o Cheyenne, tal vez. Si sigues mi consejo, serás tan horriblemente como el año pasado, —bromeé, poniendo una voz snob.

—¿Cheyenne? ¿La chica con el temperamento? —Sabine se estremeció—. No, gracias.

Sonreí. —Entonces, ¿De dónde eres que no es necesario un abrigo de invierno?

—Martinique⁴, —dijo, caminando hacia la ventana para mirar a las montañas—. ¿Has estado alguna vez?

—No se puede decir que estuve, —le respondí con una sonrisa privada. En realidad, yo nunca había estado incluso en un avión antes, pero ella no tenía por qué saberlo.

—Es una pequeña isla. Muy caliente. Mi familia vive en una casa en la playa, así que crecí en el sol y no usaba mucho de nada —dijo con una sonrisa nostálgica.

—Suenas bien. ¿Por qué vienes aquí? —Le pregunté.

—Siempre he querido ver lo que es vivir en Estados Unidos —dijo simplemente.

Sí. La Academia Easton no le va a dar una instantánea real de la existencia de un chico normal de EE.UU.

—Es extraño, sin embargo. El estar aquí —dijo con un suspiro, mirando por la ventana.

—¿Cómo es eso? —Le pregunté.

Aparte de lo obvio.

—Estaba tan emocionada de venir aquí. La vida en casa puede ser... complicada —me dijo con una pequeña, casi sonrisa de disculpa—. No podía esperar a salir. Pero ahora que estoy aquí...

—Echas de menos tu hogar —terminé, por ella.

—Exactamente —respondió ella.

Me acordé de ese sentimiento. El año pasado me había sentado en mi habitación en Bradwell completamente confundida en cuanto a cómo podía sentir nostalgia, con mi hermano en la escuela y mi madre en la cama catatónica. Y, sin embargo, ahí estaba yo, a punto de llorar. Tenía, sin embargo, que superarlo con bastante rapidez, lo que con todas las novatadas, confusión y miedo abyecto pronto se había ido muy bien.

—Uno se acostumbra a ello, —le dije.

—¿En serio? —Me miró con suerte, y sentí una punzada en el pecho. Esta chica necesitaba un amigo. Tal vez la idea del mentor de Cromwell fue buena.

—Te lo prometo, —le contesté.

—Bien. Voy a pensar en esto como una aventura, —dijo Sabine firmemente—. Es como un mundo diferente, de todos modos. Toda la piedra y el ladrillo y las colinas y los árboles. ¿Y el acto de novela de esta mañana? Como una escena de una. —Sus ojos brillaban de emoción.

—Sí. Es bastante interesante, —estuve de acuerdo, recordando la brisa cálida que recibí la primera vez que lo había visto. Esa sensación de ser parte de algo mayor. La expectativa optimista que se había inspirado en mí. Yo sólo podía esperar que Sabine tuviera un mejor primer semestre de lo que yo había tenido.

Pero entonces, ¿Qué podría ser peor?

Mi ordenador dejó escapar un sonido, y me levanté para revisar mi correo electrónico. —Lo siento.

⁴ Martinique: Departamento de ultramar francés. (N. del T.)

—No hay problema, —dijo a la ligera.

Parpadeé cuando vi la dirección. DaMcCafferty@yale.edu.

¿Dash? ¿Dash McCafferty estaba escribiéndome un correo? Sentí un aleteo impar de emoción en mi pecho y me ordené enfriarme. Hice clic para abrirlo.

Hey Reed,

Sólo quería comprobar y ver como Easton está andando. Yale es justo lo que yo esperaba. Mucha gente parece abrumada, pero creo que Easton puede haber sido más difícil. Mi compañero de cuarto es un tonto, pero después de vivir con Gage, creo que puedo aguantarlo. Respóndeme cuando tengas oportunidad.

Dash

—Ooh. Alguien está sonrojándose, —dijo Sabine, acercándose—. ¿Quién es?

No estaba sonrojada. No podría estar sonrojada. Tal vez el hecho de que Dash y yo habíamos compartido un extraño momento durante el verano...

—Sólo un amigo, —le dije—. Él se graduó el año pasado.

—¿Oh? ¿Un petit ami?⁵ —Bromeó.

¿Qué diablos? ¿Lucía nerviosa o algo así? Tal vez estaba un poco excitada, pero sólo porque me sorprendió que Dash se molestara en mantenerse en contacto conmigo. Eso fue todo.

—Uh, no. Era el novio de una amiga, —le dije.

¿Era? ¿Es? No tenía ni idea. Dash había llegado a la Viña con su familia para una boda en agosto, y Natasha y yo anduvimos con él por unos días. Pero todo el tiempo que estuvimos juntos, no mencionó ni una vez a Noelle. Tomando su ejemplo, no la habíamos traído a la superficie, a pesar de que ambas habíamos estado muriendo por saber lo que sabía. Aún así parecía cruel mencionarlo. ¿Cómo podría haber sufrido cuando tuvo hacer frente a la idea de que su novia tenía una especie de involucración -sin embargo involuntaria- en la muerte de su mejor amigo?

Y luego, ese momento había pasado. Después de la boda, Dash se había presentado en el Viejo Pescador -el restaurante en el que había trabajado todo el verano- un poco borracho, con el pelo rubio despeinado por el viento, todavía con su traje, pero con la corbata aflojada adorablemente. Había estado cerrando las tablas del porche por mi cuenta, y él se había lanzado en pleno, ayudándome a apilar las sillas y moviendo todo hacia la pared para protegerlos del viento, como lo hice yo todas las noches. Él me contó historias acerca de todos los snobs tensos en la boda, y terminamos por ahí durante una hora, riendo y hablando mientras mirábamos por encima del agua.

—Me gustaría que hubieras estado allí, —dijo, apoyando sus gruesos antebrazos en la barandilla—. Hubiera sido mucho más divertido.

⁵ Un petit ami: En francés `pequeño amigo´. (N. del T.)

Mi corazón dio un vuelco sorprendido por la forma en que me miraba. —Sí. Suena como buena gente mirando, —le respondí, tratando de hacer algo útil.

—No puedo creer que voy a Yale en pocas semanas —dijo.

—Sí. Universidad. Es tan enorme, —le contesté.

—No. No es eso. Sólo quiero... Me gustaría poder volver a Easton. Cursar el último año de nuevo. Me gustaría hacer muchas cosas de manera diferente, —me dijo de esa manera seria suya.

—¿Cómo qué?

—Como... —Él me miró a los ojos de esa forma, buscando, y me congelé. A pesar de que sabía lo que estaba pensando, a pesar de que había hablado a Josh en Alemania sólo dos horas antes, no me moví. Esto era Dash McCafferty. Era casi alucinantemente hermoso. Y juro, cuando inclinó la cabeza hacia la mía, hubo un momento de locura en la que yo iba a darle un beso.

Y entonces me acordé de que tenía conciencia. Di marcha atrás. Aclaré la garganta, actué como si nada hubiera sucedido, y así lo hizo él. Al día siguiente estaba totalmente segura de que me había imaginado todo el asunto. O que no lo había hecho, pero había estado más borracha de lo que esperaba y no había sabido lo que estaba haciendo. Que él había pensado de alguna manera en su condición turbia que estaba con Noelle. Bueno, ella tenía un nivel —Vogue, un nivel magnífico— y yo era yo, pero ambas teníamos el pelo castaño, altura similar, y cuerpo atlético. Era posible. Cualquiera que sea el caso que había sido, yo no había visto o escuchado de él hasta este momento, a pesar de que su familia había pasado dos días más en la isla.

—Oh. Bueno, dile que tu nueva compañera de cuarto dice hola —dijo Sabine antes de volver a arreglar sus cosas.

Yo nerviosamente comencé a escribir una respuesta rápida, mis dedos temblando muy ligeramente después de recordar aquella noche de verano tan vívidamente. Teniendo el tipo de plomo Dash independiente, le puse al corriente del nuevo director, la situación en Billings, y el programa de mentores. Acababa de dar el golpe para enviar cuando Constance irrumpió en nuestra habitación. Si había una cosa para lo que ella era buena, era la distracción total.

—¡Oh mi Dios! ¡Reed! ¡La vista desde mi habitación y de Kiki es tan hermosa! —ella divagaba—. ¡No puedo creer que esté en Billings, no puedo creerlo!

—¿Por qué estás tan emocionada? —Sabine preguntó, levantando la vista de una camiseta color turquesa que estaba doblando—. ¿Es este lugar tan especial de alguna manera?

—¡No tienes ni idea! —Constance gorjeó—. Este es el dormitorio más exclusivo en el campus. No dejan que nadie viva aquí.

A excepción de este año.

—¿Así que cuando tendremos nuestros collares? —Constance alcanzó su mano para tocar mi diamante B—. ¿Te diste cuenta de que el de Cheyenne es más grande que todos los demás?

¡Lo sabía!

—¡No puedo esperar para conseguir el mío!

—Cálmate, Constance. Toma un respiro, —le dije, riendo con aire de culpabilidad. Constance poco tenía que saber que ella no era en realidad un Chica Billings todavía. Al menos no por parte de lo que se refiere a ciertas personas—. Estoy segura de que tomará un tiempo.

Sobre todo porque tengo la intención de ayudarte a ti y a Sabine a pasar la estúpida prueba que se le ocurrió a Cheyenne.

—Oh, Dios. ¡No puedo esperar! ¡Tengo que llamar a Whit! ¡Va a estar tan feliz por mí! Me dijo que aún podía entrar, pero yo no lo creía. Él sólo estaba siendo Whit, ¿Sabes? Ya sabes cómo es. De todos modos.

Constance sacó su teléfono celular para llamar Whittaker, que ahora era un hombre de Harvard. Se apartó de mí y Sabine, mientras saludaba Whit y chilló en su teléfono. Le di a Sabine una mirada de disculpa, pero ella sólo me dio una sonrisa de vuelta.

No ojos en blanco. No juzgar. Cuyas reacciones obtenía Constance a menudo alrededor de Easton. Sabine realmente iba a ser un choque cultural en esta escuela.

—Sí, —Constanza estaba diciendo—. Hay una chica nueva que vive con Reed, así que no estamos en la misma habitación, pero... No. Ella está aquí. Bueno. Claro que sí. —Le tendió el teléfono a Sabine—. Whit quiere darte la bienvenida a Easton.

Sabine se mostró sorprendida, pero tomó el teléfono—. ¿Hola? Sí. ¡Gracias! Es un placer conocerte, también.

—Oh mi dios, él es tan dulce, ¿No? —Constance preguntó a Sabine.

Sabine asintió y sonrió mientras Whit habló en la distancia. Mi corazón se sintió solo mirándolas. Sip. Estas dos iban a pasar la prueba de Cheyenne si me mataba. Eran exactamente lo que necesita la Casa Billings.

El día se había vuelto de caliente a caliente ardiente cuando por el momento todos se dirigieron a cabo para la clase. Sabine y yo caminábamos por el patio juntas -yo con pantalones cortos color caqui y una camiseta, ella en un vestido amarillo y de capas de color rosa como nadie más por aquí jamás podría lograrlo- tomando la ruta larga para que yo pudiera enseñarle los diferentes edificios. En algún punto del camino, sacó un pequeño libro encuadernado en cuero azul y lápiz y comenzó a escribir notas.

—¿Qué estás haciendo? —Le pregunté, divertida.

Sabine se ruborizó y escondió el cuaderno contra su pecho. —Soy terrible con las indicaciones. Si yo no escribo esto, vas a tener que decirme todo, otra vez mañana.

—Eso es. Así que esto es Hull Hall, pero todos lo llaman Hell Hall⁶, —dije, mientras Sabine hizo una entrada rápida en su libro. Levanté el pelo de mi cuello y lo até en una cola de caballo rápida, tratando de sofocar el calor—. Es el lugar donde los profesores y decanos y el director tienen sus oficinas.

—Yo estuve ahí esta mañana, —recordó Sabine, inclinando lápiz hacia la puerta—. El director nos había llevado a todas allí para reunirnos con él antes de ir a Billings.

⁶ Hell Hall: Hell significa infierno. (N. del T.)

—Tiene sentido —le dije, entonces se volvió hacia el camino a la biblioteca—. Ahora aquí está... Josh.

Él y Gage estaban caminando hacia nosotras desde la dirección de Ketlar. Josh llevaba una camiseta naranja que tenía las palabras *no sabes lo que estás hablando* estampadas en la parte delantera en color marrón. Gage vestía su habitual sonrisa y una camisa blanca. Tenía el pelo con gel había que lo hacía alrededor de una media pulgada más alto. Probablemente pensó que parecía atractivo. Pensé que parecía que sólo había manejado a través de un túnel de viento.

—¿Josh? ¿Es un edificio? —Sabine preguntó, moviendo su pelo oscuro de espesor por encima del hombro. Podía sentir el sudor caer por mi espalda. Ella parecía fresca como una brisa de invierno—. No. Es un chico —le contesté con una risa cuando Josh y Gage se unieron a nosotras—. Hey.

—Oye, —dijo Josh.

—Chica nueva, —dijo Gage con la cabeza en mi dirección—. ¿Cómo es la vida en las entrañas de América? ¿Tu pueblo recibe la electricidad moderna todavía?

Wow. No perdió el tiempo haciendo lo correcto en mi caso, ¿Verdad? Seleccionarme a mí siempre había sido uno de los pasatiempos favoritos de Gage. Muy infantil.

—Amigo, ya no es nueva, —dijo Josh.

—¡Soy nueva! —Sabine dijo alto.

Gage se volvió hacia ella, y una sonrisa agradecida se extendió en su rostro. Una sonrisa que me revolvió el estómago. —Nueva chica nueva, —dijo él, mirándola de arriba a abajo—. Me gusta.

Quería vomitar, pero Sabine se ruborizó. Ew.

—No haga caso de él, —dijo Josh, situándose frente a Gage y dándole un empujón con la palma de su mano—. Nosotros sólo pasamos el rato con él por una causa benéfica. Se ve bien en las aplicaciones universidad. Así que debes ser la novata de Reed. Soy Josh.

—Sabine, —respondió ella. Echó una mirada a la camiseta—. Supongo que no te preguntaré por el camino.

—Tou⁷ ¡Lo entendiste! Yo no creí que nadie lo haría. Estaba tratando de ser irónico. O rebelde. O algo así. Como no me dieron a alguien para ser mentor —dijo Josh. Luego se inclinó hacia la oreja de Sabine—. Confidencialmente, yo no sé por qué se lo pidieron Reed, tampoco. Ella no sabe nada de nada.

Sabine se rió y me miró con timidez. El celular de Gage sonó y él lo contestó, gracias a Dios.

—Muy bien, Hollis. Creo que tu trabajo está hecho aquí —le dije.

—Por favor, no la ofendas. Yo la necesito o me he perdido por completo, — bromeó Sabine.

—Eh. Se necesita algo más que eso para ofender a Reed, —dijo Josh, agitando una mano.

—Créeme. ¡Lo sé! —Gage ofrece, levantando su mano libre.

—Me gusta tu acento. ¿De dónde eres? —Josh preguntó.

—¿Martinique? —Sabine dijo que como una pregunta.

⁷ Tou: En francés `tu'. (N. del T.)

—¡De ninguna manera! ¡Mi familia solía ir allí cada vacación de invierno! Deberíamos hablar más tarde. A ver si conocemos a las mismas personas, — dijo Josh.

—Claro —dijo Sabine en breve.

—¡Perdedor! Vamos a golpear, —dijo Gage, en el cierre de su teléfono—. Tenemos a esa nueva profesora ardiente en el primer período. Quiero un asiento por adelantado para poder trabajar mi mojo.

—Amigo, salir con un profesor es tan de hace cinco años, —dijo Josh. Pero se volvió a ir—. Las veré más tarde señoritas.

No estaba segura de por qué no me había besado, pero me alegré de que no lo hubiera hecho. Yo no quería ir toda incoherente y pesada frente a Sabine.

—Escucha, Sabine. ¿Gage? Tú no quieres ir allí, —le dije en el momento en que se encontraban lejos.

—¿Por qué no? —Preguntó.

—Porque el hombre es una prostituta y el rey de los... Créeme. No es de fiar.

—Es una pena. Pero el otro es lindo, —dijo, mirando a Josh arriba y hacia abajo mientras trotaba en la distancia—. Deberían darnos a uno de esos en lugar de un mentor.

Sentí un bochorno de los celos, pero me obligué a reír—. Muy bien, sin tocar, — le dije en broma como sea posible.

—Lo sé. Lo sé. Está con Cheyenne. No te preocupes. Yo nunca iría tras otro chico de alguien, —dijo Sabine, paseando por delante.

Le tomó unos cinco segundos a mi cerebro para enrollarse alrededor de lo que acababa de escuchar. Entonces fue como si se tratara de estrellarse contra un muro de ladrillos.

—Él no está con Cheyenne —le corregí, poniéndola al día—. Él está conmigo.

Sabine se me quedó mirando un buen rato, sus ojos verdes en blanco. Luego se mordió el labio, como si estuviera comprendiendo—. Oh. ¿En serio? Pensé... No. Olvídalo.

El bochorno de los celos era ahora la quema de lleno sobre todo mi cuerpo, las llamas avivadas por una ola de incertidumbre total.

—No. ¿Qué te pareció? —Le pregunté.

Sabine miró a su alrededor, como si ella prefiriera estar en cualquier lugar menos aquí. Como si quisiera estar con cualquiera de los estudiantes de las charlas bordeando el camino que nos rodea sólo para alejarse de mí. Esto estaba empezando a meterse debajo de mi piel.

—Sabine. ¿Qué? —Pregunté.

—Es sólo... Los vi cuando llegué por primera vez esta mañana. Josh y Cheyenne. Por supuesto que no sabía quiénes eran entonces, pero... Estaban sentados en un banco y parecían muy... acogedores. Pensé que eran una pareja.

Bueno, Reed. Respira. No se puede procesar la información sin oxígeno. Y definitivamente no se puede golpear Cheyenne sin oxígeno, tampoco. Puñetazos **candíos** es grave.

—¿Estás segura de que eran ellos? Quiero decir, realmente no conoces a nadie todavía —señalé, con esperanza.

Sabine parecía brillar—. Tal vez no. Tal vez era otra chica rubia. Hay un montón de ellas aquí.

Esa justificación no me hizo sentir del todo mejor. Ella no había absuelto a Josh, acaba de decir que él pudo estar acogedoramente con una rubia al azar. De repente, mi estómago estaba deseando que no hubiera insistido en detenerse en McDonald's en el camino a la escuela. Huevos McMuffins y apretados celos-intestinales no hacen un buen par.

—Wow. ¿Muy posesiva? —Sabine preguntó, empezando a caminar de nuevo—. No es que yo te culpe. Estoy segura de que estás constantemente luchando contra las posibles amenazas con un tipo como él.

—¿Qué se supone que significa eso? —Solté a la defensiva. ¿Pensaba que no era lo suficientemente buena para él?

La mandíbula de Sabine se abrió. —¡Nada! Sólo que las otras chicas deben estar interesadas. Fue un cumplido, de verdad.

La culpa impregnado mis entrañas y estaba queriendo abofetearme a mí misma. ¿Por qué estaba lanzando todo para Sabine? Ella no había hecho nada malo. — Lo siento. Supongo que soy posesiva, —dije con una sonrisa tímida. Mis entrañas todavía se sentían calientes y gruesas, pero yo no lo iba a sacar de ella. Cheyenne, sin embargo...

—No, lo siento. No quise decir que te haya molestado, —Sabine me dijo, tocándome el brazo—. No tenía ni idea.

Me aclaré la garganta y me quedé con la espalda recta. —No estoy molesta—le dije—. Josh y yo estamos totalmente juntos. El que viste, no era él.

Sabine hizo una especie de doble toma como me miraba. —Eso fue extraño.

—¿Qué?

—Esa mirada. Me recordó a mi hermana —me dijo—. Ella tiene la misma mirada venenosa en sus ojos cuando está hablando de chicos.

—¿Venenosa? ¿En serio? No sabía que podía ser venenosa —bromeé, tratando de aligerar mi estado de ánimo. Venenosas, ¿eh? Noelle estaría muy orgullosa.

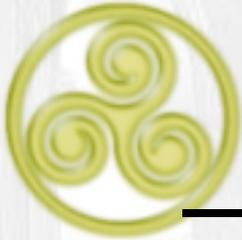
—Bueno, puedes. Confía en mí —dijo Sabine con una sonrisa. —Tienes que quererlo mucho.

—Lo hago —le dije.

Lo hago. Más que otra cosa. Era por eso que yo iba a llegar al fondo de lo de Josh y Cheyenne. Antes de que mi corazón entrara espontáneamente en combustión.

CAPITULO 5

Traducido por: PaolaS
Corregido por: Sera



UN PEDAZO DE EASTON

—Todas están allí —Vienna nos dijo, inclinándose hacia el espejo dorado en el vestíbulo de Billings para comprobar su brillo de labios. Tocó con un dedo su labio inferior para quitar una imperfección invisible, luego rizando su cabello oscuro—. Parecen un montón de gatitas asustadas. Es casi gracioso.

—Gatitas —dijo socarronamente Cheyenne—. Me gusta eso.

La miré atentamente mientras ella se alisaba su ya lisa melena rubia. Llevaba una blusa blanca con mangas cortas infladas y una mini plisada color negro. Sus uñas de los pies eran rojas, sus uñas de las manos de color rosa, y su piel brillaba como un anuncio de Jergens⁸. Cada centímetro de ella estaba pulido, encerado, y entonado a la perfección. Pero aun así, yo no podía ver a Josh a su favor. Él era demasiado “anti-lo-establecido”. Demasiado relajado. Demasiado... para mí.

—¿Todo el mundo listo? —Cheyenne preguntó, mirando a su alrededor al grupo de Chicas Billings reunidas detrás de ella.

—¿Puedo ir al público y decir que no estoy de acuerdo con esto? —Agregué.

Cheyenne falsamente exclamó, poniéndose la mano sobre su boca. Su anillo de zafiro brillaba a la luz de la lámpara de araña sobre ella. —¡Estoy muy sorprendida! Reed no está de acuerdo.

Traté de formular una reaparición, pero ella ya había rodado sus ojos y dirigido a la sala donde todas las chicas nuevas nos estaban esperando. Mis dedos se doblaron en frustración.

—Ella está en una forma rara esta noche —dijo Rose, que venía detrás de mí.

—¿Por qué estamos dejándola hacer esto, exactamente? —Pregunté.

—Por eso —respondió Tiffany cuando el resto de las chicas Billings siguieron a Cheyenne con entusiasmo. Ella levantó su cámara réflex, enfocó, y soltó algunas tomas rápidas—. Les encanta esta mierda. Estamos superadas en número.

Respiré hondo y bajé la barbilla. —Vamos a acabar con esto.

Los sofás y las sillas estaban de regreso en sus lugares habituales, y Constance, Sabine, Astrid, Missy, Lorna, y Kiki estaban todas reunidas en ellos, formando una U. Cheyenne se paró frente a la chimenea con el resto de las chicas alineadas en cada lado de ella contra la pared. Rose, Tiff y yo nos

⁸ Jergens: Productos para el cuidado de la piel. (N. del T.)

deslizamos en nuestros lugares cerca de la esquina, lo más lejos posible de la acción. Como si nos pudiéramos quitar la culpa de esa manera.

—Señoritas, les hemos llamado aquí para disipar cualquier incertidumbre —comenzó Cheyenne, alejándose de la pared—. La administración puede que las haya colocado aquí, pero no todas pertenecen aquí.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. ¿Ella tenía que ser tan condescendiente? Constance y Sabine intercambiaron una mirada nerviosa. Yo deseaba poder ir allá y decirles que no se preocuparan. Pero eso tendría que esperar para más adelante.

—Vivir en la Casa Billings siempre ha sido un privilegio, no un derecho, —continuó Cheyenne, mirando por encima del hombro a las chicas—. Así que nosotras, las chicas que realmente ganamos el privilegio de vivir aquí, hemos decidido que todas necesitan ganar ese privilegio también. Por lo tanto, hemos ideado una tarea para ustedes.

Pude ver tragar a Constance. Ella sabía la mitad de lo que yo había atravesado el año pasado, tratando de entrar en Billings. Estaba segura de que se estaba meando en los pantalones a estas alturas.

—Todas pensamos que la casa podría necesitar un poco de aseo —continuó Cheyenne, enlazando los dedos juntos, los brazos hacia abajo, y mirando a su alrededor a la sala immaculada—. Nos gustaría traer un poco de Easton y su historia dentro de nuestras paredes. Su trabajo consiste en hacer precisamente eso. Encuentren alguna pieza de Easton, algo especial, algo con una historia o con importancia para algunos, y tráiganla de vuelta aquí a la gracia de nuestro salón. Tienen setenta y dos horas.

Todas las chicas nuevas intercambiaron una mirada de inquietud. Incluso Missy y Lorna, quienes habían estado hasta ahora caminando por ahí con sus narices en el aire como si supieran que pertenecían, tenían la sensación de mal aspecto.

—Lo siento mucho. ¿Quieres que robemos algo? —Sabine preguntó.

—¿Es eso un problema? —Cheyenne preguntó, enarcando las cejas.

—No. Por supuesto que no, —respondió Astrid por el grupo, poniéndole la mano encima de Sabine—. Estoy segura que todas hemos birlado un par de cosas en nuestros días, ¿No, chicas?

Kiki se encogió de hombros. Todas las demás estaban en blanco. ¿Por qué alguna vez tendrían que robar algo? De Sabine no estaba tan segura, ¿Pero en cuanto a las demás? Cada una de ellas valía diez millones más que la anterior.

—Bien. De acuerdo, entonces. Las dejamos en eso, —dijo Cheyenne brillante—. Tres días a partir de ahora todas nos encontraremos de nuevo aquí, y ustedes nos pueden presentar sus ofertas. Y, ¿chicas? Más vale que sean impresionantes. Esta es la Casa Billings. Sea lo que sea que traigan más vale que merezca la pena.

Miró hacia abajo a Constance al decir esto. Constance se encogió en el sofá. Luego Cheyenne salió, seguida de Vienna, London, Portia, y las demás, todas nosotras, una por una. Traté de tirar a mis amigas una reforzada mirada que expresara mientras pasaba, pero ellas estaban demasiado ocupadas viendo los flashes de sus vidas delante de sus ojos para darse cuenta.

—Bueno. Eso debería separar a las mujeres de las niñas, —susurró triunfalmente Cheyenne, de vuelta en el pasillo.

—Esto es tan innecesario, —le dije, negando con la cabeza.

—Dios, Reed, ¿Que voló hasta tu culo durante el verano? —dijo bruscamente—. Pensé que eras guay.

—Asimismo, —le respondí, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Mira, sé que extrañas a tus pequeñas “amigas” —dijo Cheyenne con citas al aire—. Pero yo estoy a cargo ahora. Y yo, por mi parte, no voy a dejar que la basura sea invitada a esta casa.

Me sentía como si me acabaran de dar una bofetada. Su significado tácito era obvio para el mundo. Ella creía que Noelle y Ariana habían invitado a la basura. Que me había dicho basura. Yo quería replicar, pero estaba tan ofendida, que perdí toda capacidad de pensar, y Cheyenne tuvo la oportunidad para voltearse sobre su talón e irse. El resto de las chicas evitaban mi mirada cuando mis dedos se apretaron en puños. Mi frustración me ahogaba. En dos horas llegaría a la respuesta perfecta. Y ya sería demasiado tarde para usarla.

* * * * *

Me senté en el extremo del banco en los servicios de la mañana al día siguiente, hojeando mi cuaderno de tareas, sintiéndome abrumada. Yo ya tenía dos trabajos y dos deberes de los laboratorios para la semana que viene, además de un examen de historia norteamericana para ver lo mucho que había conservado del año pasado. Cuando los exámenes finales terminan, se supone que debemos ser capaces de olvidar de inmediato todas las fechas y los hechos que tenemos hacinados en la cabeza para dar cabida a nueva información. ¿Acaso los maestros no saben eso? Bueno, no el señor Barber, por supuesto. Yo no sé por qué me sorprendió.

—¿Todo bien? —Sabine susurró, al verme volver mis páginas maniáticamente de un tirón.

—Muy bien. Sólo readaptándome a la locura, —le dije.

—Es mucho, ¿No? —Preguntó con los ojos muy abiertos—. No tenía ni idea. Y todavía tengo que elegir algo que robar para Billings también, —susurró.

—No te preocupes. Vamos a averiguarlo, —le dije. Quería estrangular a Cheyenne por poner esa mirada tensa en el rostro de Sabine. ¿Cómo se suponía que tenía que saber lo tuviera historia o alguna anécdota por aquí? Sólo había estado aquí un día. Incluso yo estaba teniendo dificultades para pensar en ideas.

—Y ahora, tengo un emocionante anuncio para hacer —dijo el director Cromwell, efectivamente robando nuestra atención. Cualquiera persona había dejado vagar su mente durante el procedimiento habitual—. La próxima semana seremos los anfitriones de un fin de semana de alumnos, que incluirá una cena de gala en el Hotel Driscoll en Easton —dijo con una sonrisa de orgullo. Unas pocas personas a mi alrededor se quejaron. No había nada de interesante al respecto. El Hotel Driscoll era este edificio histórico con forma de castillo en el centro de la ciudad. Había sido construido en la misma época que Easton había abierto sus puertas, aparentemente para alojar a todos los padres y abuelos ricos cuando llegaran a la ciudad en los fines de semana de padres, graduaciones, etc. Sin

limitaciones para esa multitud. Yo había oído que era tan lindo en el interior como en el exterior, pero nunca había tenido el privilegio de verlo por mí misma.

—Y todos y cada uno de ustedes estarán obligados a participar de alguna manera —continuó el director.

—¿Qué? —Espetó Missy—. Tiene que estar bromeando. Quejas abundaban por toda la capilla. Uno de los muchachos de enfrente hacía pantomimas de ser colgado de la horca. Qué madurez.

—Habrá un comité de decoración, un comité de alimentos, y un comité de invitaciones, así como personal de servicio⁹ y saludadores —continuó el director, impertérrito—. La señora Ling, el ama de llaves de Bradwell, ha tenido la amabilidad de ofrecerse a ser la consejera de estudiantes para este evento. Todos ustedes irán a verla antes de finales de semana para ofrecerse como voluntarios para uno de nuestros comités. Si no lo hacen, se les colocará donde quiera que se necesitan. Sugiero fuertemente que elijan por sí mismos. Los desinteresados estudiantes podrían verse lavando platos con el personal de Driscoll hasta altas horas de la mañana.

—Yo no lavo platos —se quejaba alguien cerca de mí.

—Yo no hago nada —bromeó alguien más.

—Todos ustedes deben ver esta cena como una oportunidad para presentar una imagen impecable a nuestros ex-alumnos reconocidos —continuó el director, hablando por los murmullos y gemidos—. Vamos a mostrarles de lo que Easton se trata. Vamos a demostrar que esta es una institución de la cual puedan estar orgullosos.

—Y a los que todavía quieren dar dinero —dijo Kiki en voz baja.

—La señora Ling se mantendrá en las horas de oficina en el Hell Hall, cada día de esta semana y la siguiente entre las 4 pm y las 5 pm para tomar sus nombres y preferencias —continuó el director—. Gracias a todos por su amable atención. Pueden irse.

—Debemos de ser voluntarias para el personal de servicio —sugirió Sabine cuando nos levantamos, los bancos que nos rodeaban crujían y chirriaban, mientras eran relevados de nuestro peso.

—¿Personal de servicio? ¿Por qué? —Le pregunté. Yo escaneé la multitud buscando a Josh, algo que venía de forma automática, ahora que estábamos de regreso.

—Porque entonces podremos andar por ahí durante toda la noche, conocer a todos los ex-alumnos, hacer algunas conexiones —sugirió Sabine—. Va a ser divertido.

La miré, impresionada. Estaba segura de que nadie más en esta escuela estaba ansioso de ofrecerse para los humildes camareros. Pero Sabine tenía razón. De hecho, me podría beneficiar de eso. Tal vez algunos ex-alumnos ricos estarían tan impresionados con mi habilidad para manejar una bandeja, que estarían dispuestos a pagar por mi educación universitaria completa en el acto.

Poco probable. Pero cosas más extrañas han pasado por aquí. Muchas cosas más extrañas.

—Muy bien. Vamos a hacerlo —yo estuve de acuerdo.

⁹ Personal de servicio: Se refiere a los camareros. (N. del T.)

—¿Hacer qué? —Gage preguntó sigilosamente junto a nosotras con una mano en el bolsillo de su pantalón gris—. ¿Y puedo ver?

Sabine se rió y se ruborizó. —No es nada de eso.

—Es una pena, Martinique —dijo, dando la vuelta y retrocediendo hacia la puerta—. Es un espectáculo que no me importaría ver.

Sabine estaba tan roja ahora, que ella tuvo que esconder su cara detrás de sus libros. Esto así no era muy bueno.

—Sabine, no puedes estar enamorada de él —le dije.

—Lo siento, ¡No puedo evitarlo! —dijo, con ojos suplicantes—. Es tan hermoso.

Sí. Para una semilla maléfica. Suspiré y puse los ojos en blanco, dejando caer todo por ahora. Sabía que era inútil tratar de hablar a alguien con un enamoramiento irracional con un chico enigmático. Lo sabía muy bien. Yo sólo podía esperar que Gage mostrara su verdadera cara de alguna manera, antes de que fuera demasiado tarde para Sabine.

—¿Qué es eso? —Preguntó Sabine, levantando la barbilla.

Más adelante, cerca de la puerta de la capilla, Cheyenne y Astrid hablaban con urgencia, sus cabezas estaban inclinadas juntas. Astrid decía algo con vehemencia, y Cheyenne la agarraba de la muñeca, bajando la barbilla, como si Astrid dijera algo sin sentido. Astrid arrancó el brazo lejos, pero asintió a regañadientes. Luego Cheyenne miró a su alrededor para comprobar si alguien estaba mirando. Al segundo nos vio, se enderezó y se alisó la falda, y luego envió Astrid fuera al sol. Astrid lanzó una mirada por encima del hombro, y podría haber jurado que era una culpable. Yo tenía la piel de gallina de repente a lo largo de mis brazos, y no por el aire fresco de la capilla. ¿Qué estaba pasando con ellas?

—¡Hola, chicas! —Cheyenne nos saludó alegremente. Demasiado brillante para lo fría que había sido la relación de nosotras—. Esta cena de ex-alumnos va a ser tan fabulosa. Voy a ser voluntaria para el comité de alimentos. La Receta de Gallina de mi abuela es para morirse.

Cheyenne siempre había tenido vena de Martha Stewart¹⁰, pero no había sacado a su fea cabeza con tanto ahínco desde el pasado mes de Navidad y la fiesta de Billings que había hecho. ¿Qué estaba pasando con ella?

—Suenan muy bien —le respondí—. ¿Algo va mal con Astrid?

—Oh. No es nada —dijo Cheyenne, volviéndose hacia el patio—. Ella simplemente echa de menos a Barton y Cole. Nunca regresó de Francia el año pasado, ¿Lo sabías? Él se enamoró de Francia durante el programa de intercambio de Barton y se matriculó en su escuela de acogida.

—¿En serio? Qué asco —dije. A pesar de que no creí ni por un segundo que ella y Astrid hubieran estado hablando de su novio.

—Sí, pero ella lo ha sabido durante meses. Es hora de que ella lo supere —dijo Cheyenne.

¹⁰ Martha Stewart: Es una empresaria estadounidense, que formó un imperio con su negocio de estilo de vida y cocina. (N. del T.)

Rápidamente comprobó su reloj de oro—. Bueno, me tengo que ir. Tengo que coger unas pocas cosas en la tienda escolar antes de clase.

—Wow —le dije, sorprendida por la obviedad de su evasión. ¿Qué habían estado discutiendo realmente ella y Astrid? En su apresurada salida Cheyenne chocó con Ivy Slade y se detuvo. La mirada que Ivy le dio podría haber pasado a través de diez capas de acero. Cheyenne miró al suelo y se escabulló. Ivy se quedó allí durante unos segundos, sólo mirando detrás de la chica.

Está bien. Realmente no había amor perdido.

—Lo sé. El mero hecho de estar alrededor de ti la pone nerviosa —dijo Sabine, reclamando mi atención—. Tal vez sólo deberías preguntarle qué pasa con ella y Josh. Siempre me ha gustado el enfoque directo.

Mi corazón cayó en picado a mi estómago. Yo ni siquiera había pensado en eso. Yo acababa de asumir que Cheyenne le estaba dando indicaciones acerca de la prueba de Billings a Astrid o algo así. Josh y su supuesto besuqueo ni siquiera había entrado en mi mente. Hasta ahora.

—Está bien. Sí. Tal vez —dije, sin querer insistir en el tema.

—¡Nos vemos en clase! — Dijo Sabine con un gesto antes de despegar.

—Sí. Más tarde.

¿Tenía razón Sabine? ¿Estaba realmente Cheyenne evitándome, y tal vez incluso luchando por cosas en Billings, porque ella sentía algo por Josh?

—Ahí está mi chica —dijo Josh en mi oído, pasando un brazo caliente alrededor de mí desde atrás. Yo contuve la respiración y me di la vuelta para mirarlo. Él sonrió antes de plantar un beso largo y lento sobre mis labios. Cuando se echó atrás, yo quería preguntarle. Sólo preguntarle qué pensaba de Cheyenne. Si habían participado de alguna vinculación acogedora en un banco aquella primera mañana. Pero no quería ser esa chica. Esa chica que hacía patéticas y rebuscadas preguntas a su novio. Esa chica que no tenía la confianza de saber que él sólo tenía ojos para ella. Esa no era yo.

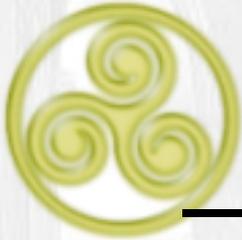
—Y ahí está mi chico —le respondí, poniendo un pequeño énfasis extra en el mi.

—Tú lo sabes —me dijo mientras entrelazaba los dedos con los míos.

Exactamente. Yo lo sé. Tenía que asegurarme de que Cheyenne lo supiera también.

CAPITULO 6

Traducido por: flochi
Corregido por: Estef

EL ROBO¹¹

— ¿Qué voy a hacer? —Se lamentó Constance, sentada en la alfombra rota en el centro de mi cuarto. Estaba usando una linda sudadera con capucha de Harvard que Whit le había enviado y un par de pantalones grises de yoga, su pelo rojizo trenzado en dos trenzas largas—. Me refiero a, ¿Qué es lo que quieren? Sé que no puedes decirme, pero... ¿Puedes decirme?

Apenas oí una palabra de lo que dijo. Estaba demasiado ocupada mirando el nuevo e-mail de Dash, una respuesta al mío. Una parte de mí había pensado que no quería escuchar nada de él nuevamente. Que tal vez él sólo me estaba enviando un e-mail como una nota breve y formal para dejarme saber que nada había, de hecho, pasado durante el verano. Sin embargo, allí estaba, mandándome correo detrás de otro. Y este casi, un poco, hacía referencia a esa noche.

Este chico Cromwell podía ser exactamente lo que el Easton necesita. Ahora si deseara regresar. Sería interesante ver que hacía a continuación.

Realmente lo deseo. Así me recordaba lo que había dicho esa noche. Lo que significaba que podía recordar lo que casi hizo. Me pregunté si él vendría al fin de semana de ex-alumnos. ¿Y si quería hablar de lo que casi había pasado? La idea hizo nudos en mi estómago.

—¿Reed?

—¿Qué? Lo siento.

Cerré la ventana del correo y me giré sobre la silla del escritorio. Enfócate, Reed. Drama real en las manos aquí. Olvida las cosas que estás inventando en tu cabeza.

Reconocí en Constance la desesperación exacta que yo había sentido el año pasado cuando Noelle me había dicho que robara la prueba para Ariana en mitad de la noche. Me sentí atrapada. Enferma. Frenética por complacerlas y al mismo tiempo, patética por saber que haría cualquier cosa por complacerlas. Pero Constance también lucía pálida. Y lánguida. Como si no hubiera comido en todo el día. Lo que probablemente era así. Mientras que yo había demostrado ser más valiente de lo que había pensado que era el año pasado, Constance no tenía un hueso valiente en su cuerpo. Ella probablemente se estaba enfermando.

¹¹ En el libro dice Cat-burglary, que sería aquellos robos que han sido hechos escalando o saltando paredes, en Argentina le llamaríamos hombre-arañas a esta clase de robos, pero no me gustaba por eso dejé robo. (N. del T.)

—Constance, lo que quieren es que demuestres que quieres estar aquí. —le dije, sintiéndome muy sabia. Al menos las experiencias del año pasado habían sido buenas para ponerlas en uso—. De eso es de lo que se trata.

Por supuesto que en mi caso, también se trató de la necesidad de Ariana de torturarme, pero no tenía sentido plantear eso.

—Entonces, ¿Puedo solamente escribir un poema o algo así? —Bromeó ella, empujando sus rodillas bajo su barbilla.

—Probablemente no. —Respondí.

—Bueno, ¿Qué espera conseguir Sabine? —Preguntó—. ¿Te lo dijo?

—En realidad no lo sé —dije, mirando la cama perfectamente hecha de Sabine. No la había visto desde que habíamos ido juntas a la Sra. Ling para inscribirnos para la cena de ex-alumnos esa tarde. Ella ni siquiera había estado en la cena.

Me levanté y me senté frente a Constance. —Ya te he dicho como irrumpir en Hell Hall —dije—. Sólo toma algo de la oficina de los profesores.

—Pero se supone que tiene que tener una historia —dijo Constance, apretando aún más sus rodillas. Y no puedo salir en medio de la noche por mi misma e irrumpir en un edificio, Reed. No puedo. Hace dos años el portero me atrapó frente a los paquetes de otras personas detrás de su escritorio y acabé vomitando en Park Avenue. Si me atrapan, me moriré. Me moriré.

Esto no era bueno. La Casa Billings no era un lugar para una chica de estómago débil. Pero tenía que hacerlo. Constance quería estar aquí más que nada. Y ese debería haber sido el único requerimiento. No un pedido de robar un edificio. Presioné mis labios juntos y acerqué mis rodillas a mi barbilla también, imitando su pose y tratando de pensar. —Bien, ¿Cómo hacemos para conseguir una pieza de historia del Easton, irrumpir en un edificio...?

—¡Josh! —Exclamó Constance.

—¿Josh qué? —Pregunté.

Miré mi teléfono como si él todavía estuviera al otro extremo de la línea. Habíamos terminado nuestra llamada diaria de las 2 p. m. hace un rato. Mucha de la conversación sentimental era demasiado vergonzosa para repetirla.

—Josh tiene la llave del cementerio de arte, ¿Correcto? —Susurró, agarrando mi mano—. ¿Crees que nos dejaría tomar prestada una pintura?

—Um... no —dije—. Lo siento. No lo quiero meter en esto. Ha tenido suficiente drama en los pasados dos años para casi toda la eternidad. Y si se mete en problemas, me odiaré a mí misma.

—Correcto. —Constance parecía desanimada—. Tienes razón.

—Bien, pero hay alguien más que puede ayudarnos. Alguien que sabe más de esta escuela que nosotras. Alguien que ha estado aquí por más de un año.

Nos miramos la una a la otra, lo totalmente obvio golpeándonos exactamente al mismo tiempo. —Whit.

Los ojos de Constance se iluminaron como luces de un Hummer. —¿Por qué no pensé en esto antes?

—Llámalo —dije—. Whit sabe todo sobre este lugar.

Constance se levantó y se secó sus sudorosas palmas en sus pantalones de yoga, pareciendo semi-normal por primera vez en el día. Fue a su bolso y sacó su teléfono celular y una barrita de Snickers. Me reí mientras ella lo rasgaba. Crisis evitada. Whittaker cuidaría de su chica. Ahora todo lo que tenía que hacer era averiguar algo de Sabine.

Lo que haría ahora mismo, si tenía alguna idea de dónde estaba la chica.

La puerta de mi cuarto se abrió, y Portia asomó su cara, que estaba cubierta de una máscara azul.

—Está bien. No tienes que tocar ni nada —le dije rotundamente.

Ella puso sus ojos en blanco. —¿Has visto a Shy?

—No desde la cena —le dije.

Portia gimió y levantó su celular. —¿Su teléfono está apagado, y se supone que me ayudaría con mi preparación!

Sentí un nudo de aprehensión. No sabía lo que ella estaba preparando, y no me importaba. Todo lo que sabía era que Cheyenne y Sabine estaban MIA¹². Si Cheyenne se había perdido con Sabine de alguna manera, iba a ir balística con ello. En serio.

—¡Whit! ¡Hola, soy yo! —Constance chilló en su teléfono.

—Portia, ¿Puedes perdonarnos, por favor? —Dije nerviosamente.

Lo último que necesitábamos era que Portia escuchara esta conversación. Entrecerró sus ojos hacia nosotras dos, sabiendo instintivamente que algo estaba pasando, pero suspiró.

—Como sea. Si ves a Shy, estoy en el mío.

—Lo tengo. —Creo.

Ella cerró la puerta y se fue. Ahora todo lo que había que hacer por el resto de la noche era mirar el reloj y esperar por Sabine.

¹² MIA: Missing in Action: Pérdidas en acción. (N. del T.)

CAPITULO 7

Traducido por: Dani
Corregido por: Okimy Hathaway



DEJAR BILLINGS

—¿Por qué sigues mirando tu reloj? —Le preguntó Josh a Constance mientras avanzábamos lentamente en la fila de la cafetería a la mañana siguiente.

—¿Tienes una cita sensual?

Las mejillas de Constance se volvieron rosadas, y casi derrama su botella de agua. —No. Sólo... tengo que ir a la oficina de correos antes de clases, así que tengo que conseguir algo de comida y envolverla.

—¿Cuál es la urgencia? —Preguntó Josh.

—Está esperando un paquete de la noche a la mañana —le dije.

—¡Reed! ¡Shhh! —dijo Constance, poniéndose pálida. Sus ojos miraron rápidamente alrededor como si estuviera asustada por fantasmas espiando.

—¿No podemos hablar sobre esto afuera...? —Ella miró a Josh e hizo un sonido de atorarse. Realmente se estaba tomando esta prueba de Billings seriamente.

—Constance, relájate. Josh sabe lo que está pasando —le dije. Él sabía porque de hecho, yo le había hablado sobre eso. Antes de que siquiera estuviéramos juntos. Antes de que supiera cuán seriamente se lo tomaban algunas personas.

—Espera. ¿Estás hablando sobre las novatadas? —siseó Josh, con sus ojos verdes destellando—. Reed, ¿Qué demonios?

Está bien. Eso fue un poco intenso. Constance se estremeció y me miró con disculpa en sus ojos. —Sólo voy a ir comer esto rápidamente —dijo, haciendo un escape rápido.

—¿Qué pasa contigo? —Reprendí a Josh. Agarré un sándwich y una manzana y los dejé caer sobre mi bandeja. Josh nunca me hablaba brusco. Nunca.

Pero bueno, él había estado un poco al límite todo el día. Sus ojos todavía estaban inyectados en sangre como lo habían estado esta mañana, y su piel estaba pálida y demacrada. Su camiseta gris estaba manchada con pintura azul y roja a lo largo del costado, y tenía pintura azul bajo sus uñas. Probablemente había estado levantado la mitad de la noche trabajando en alguna nueva creación y había pasado la mañana medio-durmiendo por sus clases.

—Disculpa, es sólo que no puedo creer que esa mierda todavía suceda —contestó Josh. Seleccionó tres galletas y un tazón para lo que tenía que ser algún tipo de cereal azucarado, el cual comía en casi todas las comidas—. Pensé que estaba...

Se detuvo y me lanzó una mirada, como si no estuviera seguro de si el tema estaba prohibido. Suspiré.

—Noelle. Lo sé —dije—. Pero aparentemente no lo está.

Era Cheyenne también, o eso parecía. Pero al menos no había estado fuera haciéndole novatadas a Sabine anoche como había temido. Sabine había entrado justo antes de que las luces se apagaran, ya que había pasado toda la noche en la biblioteca poniéndose al día. Ella se veía completamente bien, aunque estaba exhausta, y se había ido directo a la cama antes de que tuviéramos la oportunidad de hablar sobre la prueba de Billings. No tenía idea de donde había estado Cheyenne o cuando había llegado a casa.

—Y si Constance quiere ser aceptada en Billings, va a tener que seguir el juego —continuó—. Afortunadamente tiene a Walt Whittaker de su lado. El paquete es de parte de él.

—Bueno, tal vez no debería querer ser aceptada en Billings —dijo Josh amargamente. Tiró la palanca del dispensador de Froot Loops¹³ llenando su tazón hasta el tope—. De hecho, tal vez ustedes dos deberían salirse de ese infierno.

—¿Qué? —Dije sin pensar.

Cogió una taza de café y puso su bandeja bajo la máquina, así podía llenarla.

—Hablo en serio, Reed. ¿Qué consigues realmente viviendo ahí? —Susurró Josh, mirando alrededor de una manera paranoica. Sólo la trabajadora de la cafetería, colocando queso a la parrilla bajo una lámpara de calor, estaba al alcance del oído—. ¿Buenas recomendaciones? ¿Fiestas geniales? Puedes conseguir esas recomendaciones por ti misma de tus profesores, y puedo llevarte a fiestas geniales. No tienes que vivir con esa mierda, ¿Sabes?

Toqué el diamante en forma de B sobre mi pecho, sin dejar de absorber lo que estaba diciendo. Todos querían estar en Billings. Estar en Billings significaba ser admirada. Significaba ser temida. Significaba ser la mejor. No podías simplemente dejarlo. Incluso si eso casi te mataba.

—No puedo mudarme —le dije—. Tampoco quiero que Constance, Sabine u otras de las chicas nuevas tengan que dejarlo. (A excepción de Missy y Lorna, pero, ¿Quién las menciona ahora?) Creo que va a ser diferente este año con ellas ahí.

—No demasiado —dijo Josh, recogiendo su bandeja. Él escapó y me detuve, una ola de irritación me recorría. ¿Y qué si estaba agotado? No tenía que ser cruel. Parte de mí ni siquiera quería ir ahí y sentarse con él si iba a estar de ese humor.

Todavía estaba pensando al respecto cuando entró Ivy dos segundos más tarde. Me miró con sus críticos ojos negros, me lanzó una mirada en blanco, y siguió caminando. ¿Cuál era el problema de esa chica, exactamente? ¿Estaba tomando un inventario mental de mi guardarropa? Viendo una perfecta oportunidad para darle a Josh la posibilidad para relajarse, la seguí hacia la mesa cerca de la pared donde se había estado sentando sola en cada comida los días pasados.

—Hola —dije, parándome en frente de ella mientras se sentaba.

Levantó ligeramente los ojos hacia mí. —Hola —dijo desdeñosa y fría. Estaba tan poco impresionada. Había lidiado con cosas mucho peores.

—Soy Reed Brennan —le dije.

—Lo sé. Eras la chica de Thomas Pearson cuando fue asesinado.

Todo el aire salió directamente fuera de mí.

—¿Qué? —Jadeé.

—¿Algún problema? —Su expresión era pura y auténticamente inocente—. Es verdad, ¿No es así?

¹³ Froot Loops: Clase de cereal azucarado mundialmente conocido. (N. del T.)

—Yo... —Eso era todo lo que tenía. ¿Cómo demonios se suponía que respondiera a algo como eso? Había venido aquí a hacer una pequeña charla, tal vez ser amable con la chica sin amigos, y tal vez descubrir si sabía algo sobre Taylor. Por su comportamiento alrededor de la escuela, no había esperado un abrazo y una cálida bienvenida, pero no había esperado esto tampoco.

—¿Hay algo aquí que quieras? —Preguntó, levantando su tenedor con una expresión inocente aún.

—No —dije—. Creo que terminé aquí.

Me miró fijamente y la miré fijamente de regreso, esperando demostrarle que no me molestaba. Tan ruda, extraña y oscura como lucía, no estaba intimidada. Yo era una chica Billings. Miraba a las personas hacia abajo, no ella a mí.

—Si terminaste aquí —dijo finalmente a un ritmo lento, como si estuviera hablándole a alguien con un coeficiente intelectual muy pequeño—, entonces probablemente deberías irte.

Mierda. Tenía razón. ¿Qué iba a hacer, quedarme todo el día ahí?

—Bien —contesté con la poca dignidad que pude reunir. Entonces, con sus oscuros ojos abiertamente fijos sobre mí, finalmente me retiré hacia mi mesa.



CAPITULO 8

Traducido por: Sheilita Belikov
Corregido por: Julia107

ACAPARADO



La biblioteca de Easton estaba en silencio, salvo por los sonidos de alguien poniendo libros en los estantes cercanos. Tan silenciosa, que todos podíamos oír los pies de Josh taconeando debajo de la mesa. Eso sucedía a veces. Él era muy inquieto.

—¿Necesitas ir a alguna parte? —Cheyenne le preguntó, sonriendo de forma burlona.

No hables con él. Ni siquiera lo mires.

Josh dejó de taconear. —No. Lo siento.

Ella le lanzó una mirada de complicidad, como si estuvieran compartiendo alguna broma secreta, luego regresó a sus notas. Quería recoger mi texto de cinco libras y golpearla en la cabeza con él. Sabine, en el otro extremo de la mesa, me miró como diciendo: “¿Ves?”

Estás solamente imaginándolo. Esa es sólo Cheyenne. Es una coqueta. Y tal vez está interesada en Josh, pero eso no significa que Josh está interesado en ella.

Pero ¿Cómo podía ser tan obvia en frente de mí? Por no hablar de Trey, quien estaba sentado junto a Sabine, hundido tan abajo en su asiento, que su trasero debía estar colgando libremente. De vez en cuando echaba una mirada asesina en la dirección de Cheyenne lo que hizo que me preguntara por qué, exactamente, habían terminado. Y por qué diablos estaba sentado con nosotros si estar cerca de ella con tanta claridad le hacía hervir la sangre.

Los pies de Josh empezaron a taconear de nuevo. Gage dejó escapar un gruñido molesto.

—Amigo. Necesitas ajustar tus medicamentos —dijo, arrojando su pluma. Se pasó las manos por su pelo súper gelificado hasta que lo dejó levantado en los lados—. Mantente quieto, mierda.

—Amigo. Hay damas presentes —Trey espetó.

—Sí, bésame el culo, hombre —agregó Josh, pero no obstante dejó de taconear.

Le toqué el antebrazo con la mano, y él me dio una sonrisa forzada.

—¿Estás bien? —Pregunté.

—Sí. Solamente tenso por este examen —respondió. Soltó su lápiz y pasó ambas manos sobre su cara, frotando duro. Cuando volvió a mirarme, tenía la piel enrojecida por la presión—. Tal vez necesito un descanso —susurró—. Distráeme.

Sonreí alegremente, sintiéndome necesaria. —¿Te dije que Sabine y yo nos inscribimos para personal de servicio?

—Perfecto —Gage dijo con un resoplido—. Podrán usar su cuello azul¹⁴.

Cheyenne se echó a reír, y luego lo cubrió rápidamente con una tos. Opté por ignorarlos y miré a Sabine. Comentarios como esos tendrían que aplastarla a matar. Pero ella seguía adorando robar miradas en su dirección. ¿Tal vez había un problema de traducción aquí? Suspiré y seguí adelante.

—Deberías hacerlo también, así podemos decorar —le dije a Josh, apretando su brazo.

—En realidad, ya nos hemos inscrito para el comité de alimentos —dijo Josh, agarrando los extremos de su lápiz con ambas manos como si fuera a romperlo.

—¿Nos? —Le pregunté. Tuve esta horrible sensación de acidez en el estómago.

—Sí, lo siento. Estoy totalmente acaparando a tu chico —Cheyenne dijo, acariciando el otro brazo de Josh con sus dedos.

¿Sería un error sistemático romper hasta el último de ellos?

Miré a Sabine. Ella fingía concentrarse en su lectura, pero ensanchó sus ojos. Sabía exactamente lo que estaba pasando.

—¿Comité de alimentos? —Le dije a Josh, con la esperanza de que no sonará tan estridente para él como para mí—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Todos estábamos hablando de ello en clase de literatura, y simplemente pensamos que sería genial hacer algo todos como grupo.

—¿Todos? —Le pregunté.

—Los seniors —dijo Cheyenne en un tono superior. Como si fuera tan obvio que ellos eran parte de algo de lo que yo no era. —Es nuestro último año. Queremos pasar todo el tiempo que podamos juntos.

—Básicamente —Josh dijo.

—Oh. —Supuse que tenía sentido. Pero ¿Por qué no se le ocurrió que tal vez sería genial hacer algo conmigo? ¿Este también sería nuestro último año juntos?

—Mejor que te acostumbres a ello, Reed. Hay un montón de eventos seniors —dijo Cheyenne mientras apuntaba algunas notas—. Pero no te preocupes por Josh. Me aseguraré de que no se sienta solo.

¹⁴ Cuello azul: es una manera de decir que pertenecen a la clase trabajadora.

Josh la miró, y ambos se rieron. Sentí un destello de ira y celos tan caliente, que podría incinerar la biblioteca y a todos con él.

—Haré lo de personal de servicio con ustedes —Trey ofreció.

—¿Si? —Le dije.

—Sí. Yo, por ejemplo, no tengo ningún deseo de participar en eventos seniors —dijo, mirando con sorna a Cheyenne. Una mirada que no pasó desapercibida por ella—. Voy a inscribirme mañana.

—Genial.

—Bueno, eso está bien, Trey —Cheyenne dijo alegremente—. Ya tengo mucha ayuda.

Su mirada patentada hacia Josh me enroscó los dedos de los pies. Yo tenía que decir algo. Lo que sea. Pero ¿Qué podía decir sin parecer la novia psicóticamente paranoica y celosa? ¿Cómo era que no importara qué, Cheyenne siempre parecía tener la última palabra?

CAPITULO 9

Traducido por: Unstoppable
Corregido por: alice_vampire

LA PRESENTACIÓN



Me senté en el sofá en la sala, la noche del sábado, encajada entre Rose y Portia, que no podían dejar de ajustarse el pelo y darme codazos en el proceso. Alineados frente a la chimenea había cinco de las seis nuevas residentes de Billings –o residentes de Billings con probabilidades, ya que Cheyenne insistió en eso, a pesar de que ya vivían aquí– y cada uno tenía una cosa en el suelo junto a ella, cubierto con una tela o se ocultaban dentro de una bolsa.

Constance se mordió el labio y me miró con entusiasmo. Yo no podía reunir mucho más que una sonrisa a cambio. Estaba demasiado preocupada por Sabine, que estaba notoriamente ausente.

–¿Dónde está ella? –Rose le pidió en tono nervioso.

–No tengo idea, –respondí.

Ella me había dicho varias veces en las últimas veinticuatro horas que había estado cubierta de tarea, aunque ahora, no tenía ni idea. Tal vez simplemente había decidido dejarlo. Tal vez ella, al igual que Josh, pensaba que no valía la pena el esfuerzo.

–Bueno, hemos dicho setenta y dos horas y ha sido setenta y dos horas y dos minutos, –dijo Cheyenne–. Yo diría que es el momento de empezar.

En ese momento la puerta se estrelló y Sabine corrió dentro, sin aliento. Ella sujetaba un rollo grande y negro en una mano.

–¿Terminó? –le preguntó. Jadeando, de verdad–. ¿Me lo perdí?

Todos miraron a Cheyenne. Su postura recta de algún modo se enderezó aún más. Estaba disfrutando de su posición de poder.

–Que no vuelva a suceder, –dijo con frialdad.

Con un suspiro aliviado, Sabine fue a tomar su lugar en la final de la línea junto a Astrid, pero Cheyenne se lo impidió.

–No, no. Te quedas aquí, –dijo ella, poniendo Sabine entre Kiki y Constanza.

¿Qué fue eso? Miré a Rose, que se encogió de hombros. Sólo Cheyenne estaba hambriento de poder. Ahora que todo el mundo estaba en su lugar, Tiffany tomó una foto del grupo nervioso.

–Vamos a empezar, –dijo nuestra líder, dando un paso a la parte superior de la línea–. ¿Lorna? ¿Qué has traído para nosotras?

Lorna tragó saliva y miró a Missy, que apretó los labios para incitarla. Con una rápida aclaración de garganta, ella buscó en su bolsa de Neiman Marcus¹⁵ y sacó una pancarta de oro pequeña, la inclinó a un lado y la rascó un poco. Decía lo siguiente:

DEDICADO A LA MEMORIA DE LA CLASE DE ROBERT ROBERTSON DE 1935

Algunas de las muchachas a mí alrededor se rieron. La cámara de Tiffany brilló.

—¿Robaste la gran placa de Bubba? —Preguntó Cheyenne rotundamente.

—Es una parte de la historia Easton. —La voz de Lorna era apenas un chillido.

Gran Bubba fue este roble monstruoso fuera de la capilla que se había dedicado a la memoria de algún estudiante de Easton llamado Robert Robertson. Lorna había robado la evidencia de la dedicación.

Cheyenne olfateó. —Bueno. Nos vamos a un comienzo poco auspicioso.

Lorna palideció mientras colocaba la placa de vuelta en su bolsa. Su barbilla temblaba, pero no logró llorar. De pronto, y para mi sorpresa, sentí pena por ella. Lorna nunca había sido mucho más que la lacaya de Missy, la verdad. Y tal vez su presentación no fue tan impresionante, pero al menos lo había intentado.

—Missy. Vamos a ver si se puede hacer algo mejor, —dijo Cheyenne, un paso adelante de la Chica Nariz.

—Oh, yo puedo, —dijo Missy simplemente.

Bien. Miró a la cara a su supuesta mejor amiga. Ella buscó en su propia bolsa y sacó un libro encuadernado en cuero pequeño. Al instante me quedé con la boca abierta. Rose se levantó de su asiento para ver mejor.

— ¿Es que el...?

—El original manual de la Academia Easton. —Cheyenne estaba obviamente impresionada. Y ella debería. El manual original se mantuvo sellado herméticamente en una caja de cristal en el vestíbulo del centro de la colección de Easton, cerrado con llave.

—Cuan negro trabajaste sin intención, Miss —dijo Portia.

—Conozco gente, —respondió Missy, satisfecha de sí misma. Junto a ella, Lorna se puso verde.

—Bueno. El obstáculo se ha establecido un poco más alto. —Cheyenne entregó el libro de nuevo a Missy—. ¿Kiki? —Dijo—. Tú eres la siguiente.

Kiki asomó la goma de mascar, la volvió, y tomó un objeto de aspecto pesado desde el suelo. Lo puso sobre la mesa y sacó la sábana azul que se había dedicado a cubrirlo. Toda persona en la sala se quedó sin aliento. Era una pequeña y cuadrada piedra gris con la fecha 1858 grabada en él, los números tan gastados, que apenas eran visibles. Era la piedra angular de Gwendolyn Hall, el edificio original de la clase de la Academia Easton.

—Kiki. ¿Qué hiciste? —espeté.

—No fue gran cosa—dijo ella, levantando los hombros y haciendo estallar su chicle—. Todo lo que necesitaba era una palanca. Se acababa de hacer estallar a la derecha. El edificio está en desmoronamiento de todos modos.

—Me gusta esta chica, —dijo Tiffany, tirando unos pocos disparos.

¹⁵ Neiman Marcus: lujosa tienda por departamentos. (N. del T.)

—Tiff, tal vez deberías poner distancia, —dijo Cheyenne, levantando una mano.

Por primera vez, Cheyenne parecía estar reconsiderando la sagacidad de esta pequeña prueba. Todo el mundo estaba mirando ahora Kiki con una mezcla de respeto y miedo. Dio un paso atrás en la línea y explotó un globo de chicle.

—Buen punto, —dijo Tiffany. Contuvo la cámara a la espalda.

—Ooookay, —dijo Cheyenne—. ¿Sabine? En realidad, no estoy seguro de cómo vas comenzar.

Levantó la barbilla, Sabine desplegó el pergamino y lo sostuvo en alto. Era una de las banderas negro que usualmente se colgaba entre las ventanas de la capilla. Bordado en ella estaba el año de 1984 y los nombres de Susan Llewelyn y Gaylord Whittaker. Yo no podía imaginar que alguien pudiera conseguir uno de esos sin una escalera y algo de ayuda. Impresionante.

Cheyenne lo miró un buen rato—. ¿Qué es esto?

—Es la bandera de graduación de 1984, —dijo Sabine—. Investigué la historia de Billings y descubrí que Susan Llewelyn fue una de nuestras alumnas y ella se sienta en el consejo de administración. Ella fue la mejor estudiante femenina de ese año. Así que no es sólo la historia Easton, también la historia de Billings.

Rose me lanzó una mirada como, ‘no está mal’. No podía estar más de acuerdo.

—¿Quién es Gaylord Whittaker? —Le pregunté—. ¿Está relacionado con...?

—Él es el tío de Whit, —espetó Constance—. Todo el mundo lo llama Guy.

Portia soltó una risa y esponjó su pelo, dándome codazos.

—Ay, —protesté.

Ella me lanzó una mirada como si le hubiera molestado, y arrojó las rodillas lejos de mí con furia.

—Muy bien, adelante, —dijo Cheyenne, dando sus últimos pasos hacia Sabine.

Mis dedos se apretaron en puños. ¿Eso fue todo? No cumplidos, ¿nada de nada? ¿Cheyenne no entiende lo difícil que sería entrar en la capilla y robar esa cosa? Por no hablar de la investigación que había realizado sobre ella. Y Sabine no había solicitado mi ayuda una vez. Si eso no era material Billings, no sé lo que era.

—¿Constance? —Cheyenne, dijo.

Constance me miró antes de levantar la gran bolsa de tiendas Barneys del suelo. Ella no me había dicho lo que iba a enviar su Whittaker, deseando que sea una sorpresa. Con una sonrisa en mi dirección, metió la mano y haciendo una especie de tirón, pero lo que sea que estaba dentro mientras ella trataba de revelarlo dramáticamente. Cheyenne puso los ojos y chasqueó la lengua, que sólo hizo más inestable a Constance. Por último, simplemente rompió la bolsa en el frente y el contenido se reveló. Colgado de una percha de madera estaba una chaqueta azul oscura con el emblema de Easton en el bolsillo, una y corbata amarilla a rayas azul y una gorra azul antigua.

—Wow. Lindo, —dijo Tiffany detrás de mí—. Ese es uno de los antiguos uniformes de Easton, ¿Verdad?

—De principios del siglo XX, —confirmó Constanza.

Alguien silbó, impresionado.

—No consigues mucha más importancia histórica que eso, —dijo Rose.

Constance estaba radiante.

—Sí. Y caray, me pregunto cómo lo has conseguido. —Cheyenne, dijo, mirando hacia abajo, a Constance. Constance retrocedió un paso como si no hubiera calor real viniendo de la cara de Cheyenne.

—¿Algún problema? —Le dije.

—Pensé que dejé en claro que no debían tener ninguna ayuda, —respondió Cheyenne, mirándome—. ¿Recibiste esto en alguna parte en el campus? —preguntó a Constance.

No respondas a eso. Alega el quinto.

—N-no, —dijo Constanza.

—Entonces, ¿De dónde lo has sacado? —Cheyenne preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿De tu noviecito?

—Cheyenne —dije en un tono de advertencia.

—Whit no es precisamente poco, —bromeó Londres.

El rostro de Constance ardía.

—Déjala en paz —dije con firmeza.

—Para ser justos, Cheyenne, nunca se llegó a decir que tenían que robar algo. Tenían que traer un pedazo de Easton, —señaló Rose a cabo—. Acaban de asumir que robar tendría que estar involucrado.

Como siempre, Rose estaba allí con un buen punto. Constance parecía ser impulsada por la copia de seguridad. Ella se apoderó de la percha, con la barbilla levantada.

Cheyenne entornó los ojos a Rose y a sus fosas nasales. —Eso no cambia el hecho de que ella tomó la salida fácil. Y estoy segura de que sus neófitas compañeras no lo aprecian.

En realidad, a ninguna de ellas parecía importarles hasta que Cheyenne mencionó que deberían. A continuación, Missy y Lorna olfatearon en dirección de Constance, molestas. Kiki, sin embargo, estaba considerando la vieja tapa de Easton, probablemente tratando de averiguar si podía engancharla por sí misma, y Sabine sólo parecía simpática.

Por último, Cheyenne volvió y miró a Astrid. —Y por último, pero ciertamente no menos importante.

Astrid miró a todas nosotras, dudando. ¿Nerviosa? Luego hundió la barbilla y se agachó al suelo. Levantó un objeto pesado y torpe, obviamente, envuelto en una manta gruesa, y luego lo colocó en el piso en el centro de la habitación. Las chicas estaban detrás de mí para que pudiera ver. Astrid levantó la manta y dio un paso atrás.

Debajo se trataba de una empañada campana vieja de cobre. El tipo que usaron en La Pequeña Casa en la Pradera¹⁶ en la señal de todos en la escuela.

—OMG¹⁷, —dijo Portia dramáticamente.

—¿Cómo la has sacado? —Tiffany preguntó.

—Ahora, esto es lo que yo estaba buscando —dijo con orgullo Cheyenne. Los ojos de Astrid se enterraron en el suelo.

—No hay manera, —dijo Londres, agachándose para ver mejor—. Esto no puede ser esa. Tiene que ser una imitación.

¹⁶ La Pequeña Casa en la Pradera: libro para niños. (N. del T.)

¹⁷ OMG: Oh My God significa Oh Mi Dios. (N. del T.)

—¿Una imitación de una campana de la escuela? —Espetó Tiffany.

—Eh, ustedes —Le dije—. ¿Qué es?

—Es la vieja campana —dijo Cheyenne con una sonrisa—. Se ha colgado en la torre de Gwendolyn Hall desde 1838 hasta 1965, cuando se dieron cuenta de lo mal que sus soportes se habían deteriorado y la retiraron. Desde entonces, se ha colocado en el centro de la mesa en el consejo de la cámara de los directores.

La responsable tradicionalista de Cheyenne sabía cada palabra de la historia oficial de la Academia Easton.

Miré con asombro a Astrid. Ni siquiera sabía dónde está el consejo de "cámara de los directores". ¿Cómo sabía ella de la campana? ¿Cómo había llegado y escabullido de allí con algo tan grande?

—Maldición, niña —dijo London con una sonrisa—. Tienes agallas.

—¿Cómo lo hiciste? —Tiffany pidió.

—Tus brazos deben estar muriendo.

La habitación estaba pronto toda sumida en charlas como todo el mundo reunidos en torno a Astrid a felicitarla y admirar la campana.

—¿Cómo siquiera saben acerca de esta cosa? —Le pregunté. Después de todo, yo nunca había oído hablar de ella antes.

—Yo... bueno. Yo... leí al respecto, —dijo Astrid, su rostro de color mientras miraba a Cheyenne.

Al instante, la verdad me cayó como un yunque en la cabeza. Cheyenne la había ayudado. Eso fue lo que susurró en la conferencia en la capilla. Por eso Cheyenne se había asegurado que Astrid presentara algo significativo. Porque ella sabía que la campana sería un final impresionante. Aquí estaba el caso de Constance para buscar ayuda, y había guiado a través de este derecho a Astrid.

Miré a Cheyenne, y ella miró hacia atrás, enganchada. Cuando abrí mi boca para decir algo, ella dio unas palmadas para la atención.

—Bueno, bueno, bueno. Tengo que decir que estoy impresionada con algunos de ustedes, —Cheyenne anunció cuando el ruido se calmó. Yo quería decir algo en ese momento. Lo haría. Pero no quería avergonzar a Astrid, a quien realmente me gustaba, y cuya cabeza colgaba tan bajo en este momento, probablemente podía oler su propio pie. Así que me mordí la lengua.

—Astrid, Missy, Kiki, buen trabajo. Realmente fue más allá de impresionarnos. Gracias por eso. El resto de ustedes... —Cheyenne miró a Lorna, Constance, y Sabine—. Yo ni siquiera sé qué decir. Excepto buen intento.

Constance retrocedió hacia la pared. Sabine apretó la mandíbula. Lorna se abrazó con fuerza a ambos brazos. Yo lo sabía en ese momento. Sabía que Cheyenne había decidido mucho antes de que alguna vez incluso ideara esta prueba, que tres personas iban a pasar y tres personas iban a fallar. Astrid fue su amiga, cuya familia había tomado té con el príncipe Guillermo en más de una ocasión. Missy era un legado. Kiki fue una de las más elegantes chicas de la clase junior e hija de un magnate de la computadora ridículamente rico. Todos en Billings eran material perfectamente aceptable. Pero Lorna no era atractiva y agradable, Constance era dulce y sin pretensiones, y Sabine era, bueno, mi amiga. No podía pensar en ninguna otra razón por la que se consideraría inaceptable. A menos que justo que ella fuera no materialista y amable.

—Cheyenne, vamos —le dije.

Ella me ignoró por completo. —Cada uno tiene su lugar en el mundo, chicas. Creo que tres en realidad deberían empezar a pensar acerca de si desean o no seguir tratando de encajar en algún lugar al que obviamente no pertenecen.

Constance me miró con ojos brillantes. Quería romper el corazón de Cheyenne a cabo sólo para mostrar cómo le estaba haciendo sentir estas chicas.

—Esta noche todas tenemos que salir y devolver las cosas a su lugar,—dijo Cheyenne.

—¿Qué? —Astrid espetó.

—Creía que querían arreglar la casa, —añadió Sabina.

—Como podemos decorar realmente la casa con objetos robados. ¿Qué clase de idiota crees que soy? —Se burló de Cheyenne—. Ellos van a venir en busca de estas cosas, y no las pueden encontrar aquí. Espero que todos y cada uno de ellos estén de vuelta donde pertenecen antes del amanecer. Por supuesto, para algunas personas, eso sólo significa llamar al hombre de FedEx¹⁸, —dijo, dando una mirada mordaz a Constance—. ¡Buena suerte! —Trinó.

London, Viena, Portia, y algunos de las otras se rieron de las expresiones estupefactas de las novatas como Cheyenne les arrastraba fuera de la habitación. Constance se volvió hacia la pared para ocultar sus lágrimas mientras Lorna salió corriendo por la puerta principal. Nunca me había gustado esa chica, pero en ese momento me sentía triste por ella. Por todas ellas. Incluso los que habían ganado la aprobación de Cheyenne. Ahora estaban frente a escabullirse de nuevo. Con el allanamiento de morada otra vez. Y en los casos de Lorna y Kiki, con el reemplazo de las cosas que pueden haber sido dañadas de forma irreparable.

Yo nunca había querido estrangular a nadie más que como yo quería estrangular a Cheyenne en ese momento. Y con mi historia, esto realmente está diciendo algo.

* * * * *

Me desperté en la oscuridad de la noche, cuando una mano me tapó la boca. Mi corazón dejó mi cuerpo y yo trataba de gritar, pero todo lo que salió fue un gemido de la garganta. Una linterna se encendió, iluminando la cara de Tiffany. Dejé de luchar. La miré, confusa. Llevaba una camiseta de gran tamaño y los pantalones de pijama de seda. Levantó un dedo a los labios y señaló la cama de Sabine. Miré por encima. Sabine estaba dormida.

—Vamos, —susurró Tiffany, liberándome.

—¿A dónde? —Yo carraspeé.

Ella inclinó la cabeza. Rose y Portia estaba en la puerta. Portia en una larga bata de seda verde, Rose en un pijama de DKNY¹⁹. Cada una sostenía una vela vacilante. El color me intrigó. Me levanté, metí los pies en mis zapatillas, y entré en el pasillo. Tiffany cerró la puerta en silencio detrás de nosotras. Portia me empujó una vela en la mano y la encendió, y luego entregó otra a Tiffany. Podía oír los pasos de abajo. Voces murmuraban.

—¿Qué está pasando? —Le pregunté.

—Es la votación, —Rose me dijo.

¹⁸ FedEx: Servicio de mensajería express. (N. del T.)

¹⁹ DKNY: Marca de la diseñadora Donna Karan. (N. del T.)

¿La votación? ¿Estábamos muy pasadas con esta farsa? ¿Realmente se comportan como si tuvieran el control sobre quién vivía aquí y quien no lo hace? ¿Y por qué diablos no sabía yo de esto?

—¡Ustedes! —Alguien susurró al subir las escaleras—. ¿Están esperando a una invitación grabada? ¡Vamos!

Estábamos en una línea de puntillas por la escalera y en el vestíbulo. Esperaba seguir a mis amigas a la sala, pero giramos a la izquierda en su lugar, lejos del lugar de reunión a oscuras. Hacia la puerta trasera que había sido cerrada y sellada por el tiempo que había vivido allí.

—¿A dónde vamos? —Susurré.

Nadie contestó. Portia dobló otra esquina, que nos llevó detrás de las escaleras, y comprendí por fin. El sótano. Por primera vez desde que había vivido en Billings, la puerta del sótano estaba abierta.

—¿Vamos a la sala de calderas? —Pregunté. Eso era, después de todo, lo único que estaba allí. O al menos eso me habían dicho.

Alguien soltó una risita. Portia me lanzó una mirada de eres una imbécil por encima del hombro y comenzó a bajar las escaleras crujientes, sosteniendo su mano detrás de la llama de una vela. Cuando llegué a la cima de la escalera, pude ver una media docena de cabezas de peinados de cabello descendente antes que yo, las paredes de ladrillo antiguo iluminada por la luz de las velas finas. No sabía lo que había en la parte inferior.

Irrracionalmente, mi corazón empezó a latir con fuerza, por el miedo. O tal vez no tan irracionalmente, teniendo en cuenta las cosas que me habían pasado a manos de las chicas Billings en el pasado.

—¿Qué hay allá abajo? —Susurré por encima del hombro a Rose.

—El calabozo, —me susurró al oído.

Bromas. Pero no me hizo sentir mejor.

Portia ya tenía cinco pasos por delante de mí, su túnica ondeando detrás de ella mientras bajaba la escalera. Tiff y Rose estaban esperando detrás. Me movía ahora, o nunca me movería. Me moví.

Mis rodillas temblaban cuando caminé por las escaleras desconocidas y desiguales. Al instante, el aire se volvió treinta grados más frío. Me estremecí en mi camisa y la llama de la vela se hizo horizontal. Rápidamente me tapé como Portia había hecho, y contuve el aliento.

En la parte inferior de la escalera había una gran puerta de listones de madera. Abierta. Más allá de eso, el tono negro. Mis compañeras de piso habían formado un círculo en el centro de lo que parecía una cámara de frío pequeña. Tropecé con mi dedo del pie sobre algo duro y maldije en voz baja. Con el pie palpitante, acabé cojeando en el interior y me coloqué junto a Portia. Justo al otro lado de mí en el círculo estaban Viena, London, y Cheyenne. Tan pronto como todos estábamos dentro, Tiffany cerró la puerta con un gran crujido.

Nunca había pensado hasta este momento que yo era claustrofóbica. Resultó que tal vez yo lo era. Podía sentir mi pulso en cada centímetro de mi cuerpo. Se produjo un incesante goteo en algún lugar cercano. Detrás de mí, una especie de caja o silla de presión estaba en la parte posterior de mi pantorrilla. No sabría decir de qué se trataba. La oscuridad era tan espesa, que no podía ver mis pies.

—Bienvenidas, hermanas de Billings, al círculo interior²⁰—dijo con orgullo Cheyenne.

El corazón me dio un golpe emocionado.

²⁰ Círculo interior: Inner Circle, que también se podría traducir como 'círculo más secreto'. (N. del T.)

—Hace muchos años, nuestras hermanas establecieron esta tradición, este ritual para la selección tan importante de los miembros de la Casa Billings. Esta noche, continuamos esa tradición, —dijo Cheyenne, sus ojos brillaban— Señoritas, ocupen sus asientos.

Todo el mundo a mí alrededor se dejó caer. Dudé un momento -sin saber lo que estaba detrás de mí- luego hice lo mismo. Mi trasero golpeó el brazo de una silla antes de caer en un asiento duro. Me mordí los labios para no llorar de dolor. Cheyenne se adelantó con un camisón blanco hermoso, adornado con intrincado bordado. Su vela iluminaba una lámpara de plata antigua en una mesa en el centro del círculo. Una vez que se encendió, yo podía ver todo en la penumbra. Las diez caras.

Todas las diez sillas. Seis caballetes instalados a lo largo de la pared, cada uno con un cuenco de laca negro delante de ellos. Cada uno con una foto de una de las chicas nuevas se encontraba por encima. Había cuencos poco profundos excavados en los brazos de mi silla. En el tazón de la derecha, seis canicas negras. En la izquierda, seis blancas. Había una vela titular de plata detrás del plato en el lado derecho. Seguí el ejemplo de Portia y coloqué mi vela en él.

—Voy a llamar a cada uno de sus nombres, a su vez, —dijo Cheyenne—. Cuando digo tu nombre, por favor, levántate de tu asiento, y coloca una canica ante cada una de nuestras hermanas probables. Canica blanca si deseas aceptar, negra, si deseas negar. Empezaremos con Portia Ahronian. Portia, por favor pasa adelante.

Yo la observaba muy de cerca desde la esquina de mi ojo. Seleccionó tres bolas blancas, tres negras. Horrible. Me pregunto dónde estos se dirigían. Lentamente caminó a lo largo de la línea de las fotos, como si lo considerara cuidadosamente. Cuando terminó de depositar su voto, ella regresó a su silla y se sentó.

—Gracias, Portia, —dijo Cheyenne— ¿Reed Brennan?

Alfabético, ¿eh? Por una vez, no he sido la última. Agarré todas mis canicas blancas con un roce de las uñas contra la madera, por si acaso alguien dudaba de mis intenciones. Me tomó dos segundos para colocarlas dentro de los contenedores, incluso con mi momento de duda ante la foto de Missy. Yo no iba a discriminar, ni siquiera su contra. Yo estaba haciendo un punto aquí. Todo el mundo merece una oportunidad.

Miré Cheyenne por el rabillo del ojo mientras caminaba delante de ella, desafiante. Ella puso los ojos en el retorno.

La votación fue rápida. Todos, al parecer, habían tomado sus decisiones antes de entrar en esta sala. Cuando todo terminó, Cheyenne se adelantó y levantó el tazón de Astrid. Dejó caer las canicas a cabo sobre el paño negro bajo la linterna. Diez bolas blancas.

—Astrid Chou ha sido votada en unanimidad.

Había contentas sonrisas por todos lados. Cheyenne se trasladó al tazón de Kiki. Había una bola de color negro. El resto, blancas.

—Kiki Rosen ha sido votada, —anunció Cheyenne.

El tazón de Constanza era el siguiente. Yo contuve la respiración. Me tomó un momento para contar, después conté de nuevo. Cheyenne aspiraba el aire a través de sus dientes.

—Ooh. Cerrado. Seis a cuatro. Pero Constance Talbot has sido negada, —dijo.

Me agarré de los brazos de mi silla. Yo no iba sacar al monstruo hacia fuera. Al menos no hasta que este juego antiguo hubiera terminado. Las canicas de Lorna fueron arrojadas dentro.

—Lorna bruto... negada.

—Missy Thurber ha sido votada en unanimidad.

Horrible.

Y entonces, Sabine. Las canicas fueron arrojadas dentro. Había cinco bolas blancas, cinco negras.

—¡Empate! ¡Qué emocionante! —Dijo Cheyenne.

—¿Qué pasa en un empate? —Preguntó Rose.

—En caso de empate el miembro más antiguo de Billings recibe una segunda votación, —le dijo Tiffany.

—Esa sería yo, —dijo Cheyenne feliz.

Me puse de pie. —Espera un minuto. ¿Cómo el miembro más antiguo? Cuento nueve personas de edad avanzada en esta sala.

—No senior en la escuela, Reed. Senior en legado —explicó Portia rotundamente— Cheyenne es mayor por encima de las demás porque es del legado más extenso.

—¿Legado más extenso? —Le pregunté.

—El legado más largo. Mi madre, mi abuela y mi tía estaban en Billings, —explicó Cheyenne con un resoplido—. Nadie más en esta sala puede reclamar más de dos miembros de la familia.

Yo no lo creo. Yo no lo creo.

—Y, aunque es difícil para mí asumir esta carga, —continuó, pareciendo afligida— yo voy a tener que decidir... —Se dio la vuelta y eligió una de canica de la silla, con el pelo rubio brillante perfecto en la luz de las velas. Ella me miró con una sonrisa triunfal cuando ella la dejó escapar entre las otras—. Denegada.

—No eres más que una perra hambrienta de poder, —le dije, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Reed! —London se quedó sin aliento.

—Este es un espacio sagrado, Reed. Será mejor que veas lo que dices, —Cheyenne me dijo.

—¿Sagrado? ¿Estás bromeando? ¡Todas ustedes acaban de votar a estas chicas basados en una tarea estúpida que Cheyenne sacó de su culo! Y que, por cierto, en realidad ayudó a Astrid a pasar. ¿Todas ustedes lo saben?

—¿Excuse me? —Cheyenne preguntó con la mano al pecho.

—No te hagas la inocente. Fuiste una perra con Constance sobre Whittaker, cuando las dos sabemos que dijiste a Astrid todo sobre la campana. No me sorprendería si incluso utilizaras tus conexiones para obtener la clave para la sala de juntas, —le dije—. Admítelo. Ya has seleccionado esto antes de que ninguna de nosotros tuviera la oportunidad de votar.

—¿Es eso cierto, Cheyenne? —Preguntó Rose.

—Por supuesto que no —le espetó ella, los ojos en mí—. Por eso ella no tiene ninguna prueba.

—No me importa si alguien más lo cree. Sé que es verdad —dije—. Fue una prueba totalmente fingida. —Miré a mi alrededor al grupo—. ¿Es así realmente cómo desean elegir a quiénes van a vivir aquí por el resto del año?

—Simplemente no lo entiendo, Reed. Esto no se trata sólo de quien va a vivir, se trata de que nos va a representar ante el mundo en general, —explicó Cheyenne condescendiente— Si queremos seguir atrayendo a la gente adecuada, tenemos que tener la gente adecuada en la casa todo el tiempo. Lorna, Sabine, Constanza ¿Esas no son las personas adecuadas?

—En tu opinión, —le dije.

—En la opinión de la casa, al parecer, —señaló.

Apreté los dientes. —Muy bien. Así que ustedes ya han votado a tres personas. ¿Qué vas a hacer ahora? El director las ha colocado aquí, Cheyenne. Esto no es sino una farsa de todos modos.

—Ya te dije, Reed. Siempre hay algo que puedes hacer. En este caso, no, no podemos echarlas de aquí. Pero podemos hacer que quieran salir, —dijo.

—¿Qué? —Espeté.

—Si las tres deciden marcharse por su propia cuenta, entonces ¿Quién es el director para detenerlas? Los estudiantes de Easton pueden solicitar las transferencias de residencia en cualquier momento. Es sólo uno de los muchos privilegios de los padres a pagar tan caro. Bueno, de nuestros padres, de todos modos —añadió con una sonrisa condescendiente.

Muy maduro. Meterse con la chica de becas. Mi pulso rugió en mis oídos. Nadie se atrevía a contradecirla. Nadie le decía la locura que este plan era. —¿Así que vas a torturarlas hasta que pidan para ser colocadas en otra parte?, —le dije, ignorando su insulto personal.

—Yo no lo diría en términos tan cruel, pero, básicamente, sí —dijo ella con un encogimiento de hombros.

—No voy a dejar que les hagas eso, —le dije, frente a frente con ella.

Cheyenne se rió en voz baja. —Y tú me vas a detener, ¿cómo?

—Con mi ayuda, —dijo Tiffany, de pie detrás de mí.

Gracias a Dios, algunas personas de por aquí todavía tenían corazón.

—Y la mía, —agregó Rose, con un poco menos de gusto. Mi corazón se sentía caliente dentro de mi cuerpo helado.

—Muchas gracias, Rose, —dijo Cheyenne.

—Sólo quiero que todas se lleven bien, Cheyenne, —declaró Rose.

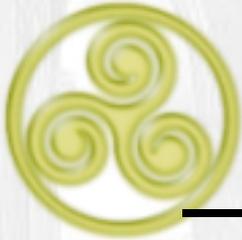
—Quiero decir, ¿Realmente necesitamos crear drama? Personalmente, he tenido suficiente. —Cheyenne le disparó Rose una mirada traicionada, pero se recuperó rápidamente. Echó una mirada a los otros seis miembros de la casa—. ¿Alguien más quiere desertar? ¿Alguien más quiere ser responsable de que la integridad de Billings caiga en llamas?

Nadie se movió.

—Bueno, entonces, parece que las partes han sido oficialmente establecida. —Cheyenne sonrió lentamente hacia nosotras, como si estuviésemos tan divertidas. Era todo lo que podía hacer para no darle una bofetada en la cara—. Esto va a ser divertido.

CAPITULO 10

Traducido por: Masi
Corregido por: Sera



JUGAR AL JUEGO

— **S**implemente no entiendo cómo has llegado hasta la bandera en primer lugar —le dije a Sabine en el desayuno al día siguiente, tratando de mantener una conversación liviana. Tratando de no pensar en lo que había pasado en mitad de la noche—. Tienes que decirme cómo lo hiciste.

—Yo tuve ayuda. —Ella jugaba con su harina de avena y me miró con aire de culpabilidad—. De Gage.

—¿Gage? Espera. ¿Él realmente sabe el significado de la palabra ayuda? —le dije bruscamente.

—Así que por eso se perdió el grupo de estudio —dijo Josh.

—Él es realmente muy agradable. Una vez que se llega a conocerlo —dijo Sabine con seriedad.

Tanto Josh como Trey se rieron a carcajadas. Sabine dejó caer su tenedor y se encogió sobre sí misma.

—Chicos —les regañé.

—Lo siento —dijo Josh.

—No me importa de todos modos —dijo Sabine, mirando con tristeza su comida—. Esas chicas nunca me aprobarán.

—Eso no es cierto —le aseguré—. A todo el mundo le gustan.

—Mentira.

—Cheyenne es una sola persona. Ella puede parecer todopoderosa, pero no lo es. No es mentira. Yo he visto al todopoderoso, y no se parece a Cheyenne Martin.

—No me sentía de esa manera la noche pasada —dijo Constance, apoyándose con los codos sobre la mesa y dejándose caer.

—En absoluto —añadió Sabine.

Me senté de nuevo en mi silla de costumbre de la mesa de Billings, que aún sentía y probablemente siempre sentiría presidida por Noelle, y exhalé un suspiro de frustración. Estas chicas nunca iban a ser capaces de enfrentarse a lo que iba a venir después si ya se sentían tan derrotadas por una pequeña prueba. A mi lado, Josh se movió en su asiento, evitando el contacto visual, probablemente porque sabía que yo no quería ver el “te lo dije” en sus ojos. A su lado, Trey había decidido hacer caso omiso de la conversación y ahora se concentraba en su libro de biología. Tanto Constance como Sabine se veían exhaustas después de pasar la mitad de la noche a escondidas poniendo los objetos

robados en su lugar correcto. Me ofrecí a ayudarles, pero Sabine, Astrid, y Kiki se habían comprometido a ayudar y mantenerme fuera de ello. Constance siguió adelante también, tragando su miedo en el nombre de la solidaridad. Al parecer todo había ido bien, ya que ninguna de ellas había sido expulsada o detenida ni nada. Pero yo sabía que cada una de ellas se preguntaba qué era lo siguiente que estaba tramando Cheyenne.

No eran las únicas.

Cheyenne se salió de la fila del almuerzo, y en el momento en que nos vio, convirtió su hermosa cara en una expresión agria. Ella se acercó con Portia, London, Vienna sobre sus talones, y se aclaró la garganta.

—¿Te encuentras mal? —Le pregunte.

—Hilarante —dijo ella—. No, es sólo que esta es la mesa de Billings. Sólo los residentes de más alto rango de Billings pueden sentarse aquí.

—¿Desde cuándo? —Le pregunté.

—Desde siempre —respondió ella.

—Me senté aquí el año pasado y era una estudiante de segundo año —señalé, a sabiendas de que el recuerdo molestaría. El año pasado Cheyenne había estado en la mesa de al lado, mientras que Noelle y las demás me habían invitado a sentarme aquí.

—Sí, bueno, eso era antes. Puedes quedarte, pero tus pequeñas amigas de aquí se van a tener que mover —dijo ella, chasqueando los ojos sobre Constance y Sabine como si fueran marcas de desgaste en sus nuevos Manolos.

—Dios, Cheyenne. ¿Cuándo te volviste tan amargada? —demandó Trey.

—Nadie está hablando contigo, Trey —contestó ella—. ¿Señoritas?

Constance y Sabine intercambiaron una mirada y ambas se levantaron. Trey se levantó con ellas, tirando la silla hacia atrás con tanta fuerza, que se estrelló contra la mesa de detrás de él.

—No. Chicas. Vosotras no tenéis que ir os —les dije.

—Está bien —murmuró Constance, dándose la vuelta.

Ella colocó su bandeja sobre la mesa de al lado y retiró una silla. Sabine cogió la próxima a ella, y Trey se unió a ellas. Miré a Josh. Ya no tenía ningún problema para mirarme. Parecía estar enfermo del estómago, mientras Cheyenne ocupaba el asiento junto a él y las otras chicas se colocaron a nuestro alrededor.

—¡Astrid! ¡Missy! ¡Por aquí! —Cheyenne gritó en voz alta, levantando su brazo.

Oh, tiene que estar bromeando. Astrid y Missy, ajenas a lo que estaba pasando, se acercaron y ocuparon los asientos al final de la tabla. Constance realmente parecía a punto de derrumbarse.

—Cheyenne, hay algo que he estado queriendo preguntarte. —Dije con dulzura.

—¿Qué es eso, Reed? —Ella me preguntó con falsa despreocupación, jugando al juego tan bien como yo.

—¿Duermes bien por la noche o se interponen los cuernos y la cola en tu camino?

—Oh, Reed. Eres tan graciosa —dijo ella, bebiendo zumo de manzana—. Este es un país libre. Puedo elegir con quién quiero comer el desayuno.

—Bueno, yo también puedo —le respondí, poniéndome de pie y levantando la bandeja.

—Es tu elección —dijo Cheyenne con un encogimiento de hombros.

Josh se levantó también, pero Cheyenne agarró el brazo de su chaqueta de pana deshilachada. —Puedes quedarte si quieres, ya lo sabes —dijo, guiñando los ojos hacia él con sus grandes ojos azules.

Yo iba a arañarle los ojos. Aquí y ahora. Luego Josh sonrió y se encogió de hombros. —Dónde va Reed, voy yo.

La cara de Cheyenne cayó. Yo estaba llena de orgullo. Yo habría dicho algo si no hubiera sido la cosa más inmadura de la historia del lenguaje hablado para decir. Pero eso no me impedía pensarlo mientras yo me dejaba caer en una silla frente a ella, con una permanente sonrisa en los labios. Josh extendió la mano debajo de la mesa, tomó mi mano y me dio un apretón orgulloso.

Ahí tienes.



CAPITULO 11

Traducido por: PaolaS
Corregido por: Estef



CENICIENTA II

Oí un golpe cinco segundos antes de que mi puerta se abriera de golpe. Mi corazón voló instintivamente a mi garganta, pero esta vez, no venían a por mí. Venían por Sabine.

—¡Levántate, levántate, levántate! ¡Levántate, levántate, levántate! — Y este año, tenían un canto.

Yo quité mi cobertor de mis piernas cuando Cheyenne, London, Vienna, y Portia irrumpieron en mi habitación hasta la cama de Sabina. London y Vienna golpearon cacerolas con el mango lateral de unos cepillos para el cabello. Portia había conseguido de alguna manera un megáfono. Sabine ya estaba sentada con la espalda recta, los ojos muy abiertos con la confusión, cuando Cheyenne quitaba la sabana de la chica fuera y tiraba de ella por las muñecas. Ella llevaba nada más que una diminuta camiseta azul y un par de calzoncillos blancos. De alguna manera, ella parecía muy pequeña.

—¿Qué es esto? —Preguntó, mirándome por encima del hombro de Cheyenne.

—Ustedes, ¿Es esto realmente necesario? —Pregunté.

Todos ellas me ignoraron. Cheyenne levantó un delantal a cuadro rojo con blanco sobre la cabeza de Sabine, a continuación, luego por la fuerza le dio vuelta para atarlo por detrás. El largo cabello grueso de Sabine estaba escondido aún en las tiras de los hombros y en la espalda, cuando la empujaron hacia el pasillo.

—¡Al menos, déjenla ponerse unos pantalones! —Les grité.

Salieron de la habitación sin decir una palabra o una mirada. Gemí y agarré los pantalones vaqueros de Sabine de la silla del escritorio donde los había dejado la noche anterior. Cuando arranqué al pasillo, cada una de mis compañeras de casa ya estaban reunidas ahí, y nuestras seis nuevas chicas estaban alineadas en la pared con sus delantales multicolores horribles. Constance tenía la cara salpicada de crema zit. Astrid tenía una línea recta del sueño por el centro de la frente. Missy parecía un jugador de fútbol, de tanto rímel negro debajo de los ojos. Kiki estaba dormida de pie. Lorna sólo parecía asustada. Me acerqué a Sabine y le entregué los pantalones vaqueros, aguantando miradas duras de la mitad de mis supuestas amigas. Sabine rápidamente metió las piernas en ellos y los tiró para arriba.

—¡Muy bien, chicas, aquí es donde comienza la diversión! —Cheyenne anunció—. Aquí es donde nos demuestran lo mucho que quieren vivir aquí. Astrid, Missy, Kiki, las tres están en servicio de las camas. Comiencen con mi habitación. Y estamos hablando de rincones planos y almohadas mullidas, chicas ¡Si hacen trampa, vamos a saber!

Astrid sacudió a Kiki hasta que sus ojos estuvieron completamente abiertos, y las tres corrieron hacia la habitación de Cheyenne, sin decir ni pío. Casi como si hubieran sabido lo que venía. Miré a Rose, que respondió a mi mirada con lo que decía un, lo sé. ¿Qué puedes hacer?

Algo. Tenía que haber algo.

—El resto de ustedes, a los baños, —dijo Cheyenne, perdiendo incluso el falso brillo—. Tenemos Clorox y cepillos de dientes todos listos para ustedes. Dedíquense a su trabajo.

—Lo siento. ¿Tenemos que limpiar para ustedes? —Sabine preguntó.

—No. No, cariño, lo que siento es que tú seas tan lenta que no lo hubieras descubierto aún, —dijo Cheyenne, dándole a Sabine palmaditas en el hombro. Se inclinó hacia delante para que los dos estuvieran prácticamente nariz a nariz.

—Si quieres vivir aquí, tú tienes que trabajar por ello. Así es como es.

Sabine me lanzó una mirada que me dio ganas de arrancarme mi propio cabello. —Cheyenne, tenemos un servicio de limpieza, —dije—. Deja que se vayan a la cama.

—Atrás, Brennan, —espetó Cheyenne—. Esto no te incumbe.

—Que yo sepa, vivo aquí también, —le contesté—. Y no veo el punto de hacerlas lavar los baños cuando la escuela ya paga a alguien para hacerlo.

—La cuestión es que todas tuvimos que hacerlo, —dijo Cheyenne, dando un paso más cerca de mí—. Es parte de convertirse en un miembro integral de esta casa. Se llama la experiencia para compartir.

—Eso es una olla, —le contesté—. Sí, todas tuvimos que hacerlo, pero todas lo odiamos. ¿Qué es lo que realmente sacas con hacer a la gente más miserable?

La cara de Cheyenne estaba carmesí. —Reed, si no te gusta la forma en que hacemos las cosas, ¿Por qué no sólo... —De repente cerró la boca y sus ojos se alzaron por encima de mi hombro.

—¿Qué está pasando aquí?— La señora Lattimer exigió, avanzando toda recortada y adecuada. Nuestra ama de llaves era conocida por su postura erguida, cuellos altos, y la actitud imperiosa. Su pelo gris estaba siempre en un moño que sólo acentuaba sus rasgos afilados como pájaro, y ojos pequeños y brillantes—. Todas ustedes han oído al director. Si las niñas están llevando a cabo algún tipo de novatada, me veré obligada a reportarlo.

Todas nos cerramos como un muro frente a las tres chicas con los delantales. En realidad Cheyenne y yo estábamos una junto a la otra, unidas de manera temporal contra un enemigo en común.

—Estamos haciendo nuestras tareas, señora Lattimer, —dijo dulcemente Cheyenne—. Usted sabe que tenemos que hacerlas antes de la clase o el lugar sólo se convierte en una pocilga.

La señora Lattimer la observó sagazmente. Sabía exactamente lo que estaba pasando. Todas sabíamos que ella sabía exactamente lo que estaba pasando. La pregunta era, ¿La historia de Cheyenne sería lo suficientemente buena para que ella pasara por sobre el director si de alguna manera se enteraba de la farsa?

—Bien —dijo finalmente, agarrándose el cuello de la blusa—. La limpieza es, después de todo, una virtud importante en las jóvenes. Admiro su ética.

—Gracias, señora Lattimer, —coreamos nosotras, jugando nuestra parte.

—Bueno, vuelvan a ello, entonces, —ella dijo.

Luego se volvió y bajó por las escaleras. Nosotras dimos un suspiro de alivio universal. Pero no duró mucho. Cheyenne se dirigió a las chicas de nuevo y empezó a ladrar.

—¿Por qué están todavía aquí? ¡A trabajar!

Cuando las tres se marcharon de prisa, Cheyenne me miró y sonrió. —¡La puntuación supongo que es para mí! —Ella cantó.

Ella se marchó antes de que pudiera formular una respuesta, pero decidí estar preparada para cuando volviera. Tal vez la primera ronda se había ido al tope de la Chica Adherida. Pero estaría lista para la Segunda Ronda.



CAPITULO 12

Traducido por: flochi
Corregido por: Okimy Hathaway

TOMANDO PARTIDO

Eran las 7 a.m. y se suponía que todos íbamos a desayunar en media hora más. Como ya había impreso mi ensayo para la clase de Inglés, podía escuchar el estrépito de las chicas en los baños, y abriendo y cerrando ventanas. Con cada nuevo golpe, mis músculos se enroscaban un poco más apretados. Metí el ensayo en mi mochila y salí de mi cuarto, duchada, vestida y lista para la batalla. Lo que sea que Cheyenne estuviera tramando con sus pequeños Lacoste para después, ella iba a caer. Rose, Tiffany, y algunas de las otras chicas estaban reunidas afuera de mi puerta, pareciendo tan tensas que podrían haber estado esperando los resultados de una prueba de drogas.

—¿Todavía están trabajando? —Pregunté.

—Todavía están trabajando —respondió Tiffany siniestramente.

Cheyenne salió de su cuarto, palmeando sus manos. —¡Está bien, señoritas, en el pasillo, por favor! —Gritó ella.

Las seis chicas salieron corriendo precipitadamente de sus cuartos, sonrosadas, sudorosas y exhaustas. Sabía lo que ellas esperaban de todo esto: que podrían darse una ducha y prepararse para su día, pero algo en los ojos de Cheyenne me dijo que ese no era el caso.

—Antes de que terminen con los quehaceres domésticos de la mañana, cada una de nosotras tiene una tarea especial para que completen —dijo Cheyenne, lanzándome una mirada de soslayo.

¿Qué? No, no lo haremos.

—Me gustaría que cada una de ustedes seleccione una hermana y le pida una tarea —dijo Cheyenne.

Nadie se movió. Vi a las otras chicas intercambiando miradas divertidas. Ellas ya tenían sus tareas en mente para estas chicas. Otro detalle menor que Cheyenne había mantenido en secreto para mí.

—¡Dense prisa! —Interrumpió Cheyenne—. Mientras más esperen, más tarde estarán para el desayuno.

Astrid asintió y se adelantó un paso. —Cheyenne, ¿hay algo que pueda hacer por ti? —Preguntó ella.

—Bueno, gracias, Astrid. ¡Eso es tan bonito de ti! —Trinó Cheyenne—. En realidad, hay una loca acumulación de polvo y mugre en las esquinas de todos los cajones de mi escritorio. Es tan desagradable, ¿Te importaría limpiar por mí? Gracias.

Ella estaba bromeando, ¿Verdad? ¿Iba a hacer que una de sus amigas llegara tarde por eso? Astrid desapareció en la habitación de Cheyenne, y todas nosotras escuchamos los sonidos de cajones deslizarse al abrirse, sus contenidos vibrando.

—¿Siguiente? —Solicitó Cheyenne.

Missy dio un paso al frente y enfrentó a Vienna. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Vienna? — Preguntó ella, educadamente. Podría decir que ella estaba orgullosa de sí misma por su fortaleza. Por ser una buena plebeyita.

—He querido combinar los colores de mi closet. Lo harás, ¿No? —Preguntó Vienna. Missy asintió y se dio la vuelta, viéndose complacida con su cómoda asignación—. Oh, y usa guantes. Tus uñas lucen como si hubieran estado cavando en el estiércol —agregó Vienna.

Una cuantas personas resoplaron de risa. Missy agachó la cabeza y huyó del pasillo. Cada uno de mis músculos se tensionaba mientras deseaba que alguien, cualquiera, me preguntara. Me preguntara qué quería que hiciera por mí. Alguien. Cualquiera.

Kiki aclaró su garganta y avanzó hacia mí. Se sacó los auriculares de los oídos, y escuché música de una guitarra enfadada saliendo a chillidos de ellos.

—¿Reed? ¿Algo que pueda hacer por ti? —Preguntó ella.

Ella sabía. Me di cuenta por la manera confidente en la que me miró. Sabía que yo no jugaría.

—En realidad, sí. Puedes tomar una ducha y prepararte para clases —le dije.

Kiki no se inmutó y corrió a su cuarto.

—¡Para! ¡No vas a ir a ningún lado! —Gritó Cheyenne.

Kiki cerró la puerta. Bastante conmocionada, Cheyenne momentáneamente perdió malevolencia. Rápidamente Constante se acercó a Rose.

—¿Rose? ¿Hay algo que necesites que haga? —Preguntó.

Rose me miró a mí sin saber qué hacer y mordió su labio inferior.

Puedes hacer esto: Vete a la mierda Cheyenne. Termina esto ahora.

—No, Constance —dijo Rose finalmente—. Nada que pueda pensar.

Mi corazón se expandió hasta llenar mi pecho entero.

—¡Rose! —Gritó Cheyenne—. Tú...

Sabine se adelantó a London. Mordí mi lengua. Mala elección. Tiffany le habría dado un pase, estaba segura de eso, pero London...

—¿Hay algo que necesites que haga? —Preguntó Sabine.

—No —dijo London, encogiéndose de hombros.

—¡London! —Vienna y Cheyenne chillaron al mismo tiempo. De todos los sonidos, éste era el más escalofriante.

—¿Qué? No tengo nada —dijo London inocentemente—. ¡Lo tendría, pero es que Rosaline apareció ayer y esterilizó el cuarto entero! Incluso tiró mis preservativos y confiscó mi alijo. La madre que tiene esa mujer la ha influenciado.

Esta vez me reí. No pude evitarlo. Rosaline era de la dama de la limpieza de los padres de London. Su madre enviaba a la mujer al Easton desde NYC una vez cada dos semanas a limpiar el espacio de

vida de London, llevarle encomiendas que invariablemente incluían libros de dietas que ella no necesitaba, y espiar a su hija. Esta semana no sólo había hecho su trabajo, sino que me había hecho un enorme favor. Cheyenne soltó un chillido y se fue a su cuarto.

—¿Qué? ¿Qué hice? ¿Cheyenne! —London corrió tras ella sobre sus sandalias de plataforma—. ¿Cheyenne! ¿Estás enojada conmigo?

Tiffany palmeó a Rose en la espalda cuando el pasillo se despejó. Constance, Sabine, y Lorna se quedaron paradas allí, aunque, no obstante, miraban para todos lados con incertidumbre. ¿No lo entendían todavía? Eran libres.

—Muchachas, en serio. Vayan a tomar una ducha, ya terminaron por hoy —les dije.

Entonces, y sólo entonces, finalmente se dispersaron. Supongo que tenía algún poder aquí después de todo.



CAPITULO 14

Traducido por: Aya001
Corregido por: alice_vampire



TU DECISIÓN

Me siento tan mal, —bromeó Tiffany, mirando debajo de la mesa en la cafetería durante el almuerzo. Ella levantó su cámara, y rompió nuestra foto—. En parte me gusta.

Todos se rieron con nerviosismo. A pesar de que era ridículo estar nervioso. Pero vi el punto de Tiffany. Nosotros ocho: yo, Josh, Rose, Tiff, Trey, Constance, Sabine, y Lorna éramos los únicos estudiantes en la sala iluminada por el sol espacioso. Yo había buscado a cada uno de ellos entre las clases esa mañana para compartir mi plan, y todos habían aparecido obedientemente. Constance y Lorna habían estado indecisas al principio, pero después de embaucarles, su resentimiento hacia Cheyenne había sobrevivido. Lorna, sobre todo, estaba enferma de que Missy obtuviera un trato preferente cuando estaba llena de mierda de arriba abajo. Supongo que la chica tenía algo de personalidad después de todo. Parecía que tanto ella como Constance estaban listas para tomar una posición. Al menos, yo esperaba que lo estuvieran. La escena que íbamos a soportar, no era apta para los débiles de corazón.

Poco a poco, la multitud empezó a llegar para el almuerzo. Le di un mordisco a mi sándwich y esperé. Mi estómago no quería alimentos ahora, pero iba a tener que tomármelos de todos modos. Teníamos que vernos casuales por aquí. Eso era fundamental.

Entonces Ivy Slade salió de la fila del almuerzo sola, sus ojos encontrándome como siempre hacían ellos últimamente. Caminó pasándonos, mirándome fijamente mientras pasaba.

—Ivy ¡Hola! —Dijo Rose.

Mi corazón atrapado. Hizo una pausa. Miró de Rose, a mí, luego de vuelta otra vez. —Rose, —dijo.

Entonces sólo siguió caminando.

—Muy bien, ¿Cuál es el problema de esa chica? —Constance preguntó, inclinándose hacia la mesa—. ¡Ella es repulsi-volica!

—No, no lo es. Es totalmente normal, —dijo Rose.

Miré a través de la cafetería hacia ella. Seguía mirándome. —Yo no diría totalmente normal.

—Ella sólo ha pasado por muchas cosas, eso es todo, —dijo Rose, sacudiendo la cabeza mientras tomaba un bocado de su comida—. Solíamos ser amigas, —añadió con aire taciturno.

Iba a preguntarle más, pero eso fue cuando Cheyenne, Viena, y Portia salieron finalmente de la fila, charlando como si todo estuviera normal.

—Aquí vamos, —me dije en voz baja.

Cuando Cheyenne levantó la vista, se tropezó y tuvo que agarrarse a una silla para apoyarse. Oh, cómo desearía que se hubiera caído. Hubiera convertido el momento en algo perfecto.

—Muy bien, todo el mundo. Actúen con normalidad, —le dije a la mesa.

Cheyenne comenzó la larga marcha hacia nosotros sobre sus talones, la furia manifiesta en cada uno de sus pasos.

—Así que crees que estamos listas para el primer juego, ¿Tío? —Trey le preguntó en voz alta a Josh, tomando un bocado de su panecillo—. Escuché que Barton tenía algún enfermo nuevo talento este nuevo año.

—Nah. Estamos listos, —dijo Josh. Se recostó en su asiento, enganchando su brazo sobre el respaldo de la silla de forma casual—. Algunos fenómenos estudiantes de primer año no van a poder con nosotros.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —Cheyenne exigió, golpeando su bandeja sobre la mesa de al lado para poder cruzar los brazos sobre el pecho.

—Ellas no tienen derecho a sentarse aquí. Pensé que lo había dejado claro.

Miró a Constance, Lorna, y Sabine como si fueran mosquitos.

—Es una cafetería grande, Cheyenne, —dije con frialdad—. Si nuestra presencia te molesta tanto, ¿Por qué no te vas a la mesa que hay cerca del baño? No puedes realmente alejarte más de nosotros que eso.

—Esta es nuestra mesa, —dijo Cheyenne—. Billings siempre ha tenido esta mesa.

—Y la siguiente, —le dije con un encogimiento de hombros, haciendo estallar una uva en mi boca—. Supongo que siempre puedes sentarte allí.

—Eres tan ridícula, —dijo Portia con una sonrisa—. Quiero decir hilarantemente ridícula.

—Aquí nadie se está riendo, —respondí—. Y nadie en esta mesa se va a mover. Así que puedes quedarte de pie y revolotear toda la hora, o puedes sentarte. Tu elección.

Cheyenne se quedó allí. Volvimos a nuestros almuerzos. Josh y Trey continuaron su charla sobre fútbol. Rose y Tiffany charlaban en voz alta del fin de semana de los alumnos y la cena en el Driscoll. Le pregunté a Constance que me pasara la sal. Y aun así Cheyenne permanecía ahí de pie. Y ahí parada. Y ahí parada. Yo estaba empezando a impresionarme por su fortaleza, en realidad. Pero no había manera de que me rindiera.

—¿Cheyenne? Me duelen los pies, dijo finalmente Viena.

—Bien, —dijo Cheyenne a través de sus dientes. Se dio la vuelta y tiró de la silla detrás de Constance, golpeándola contra ella a propósito. Me mordí la lengua. Entonces, simplemente por el placer de hacerlo, tomó una silla frente a esa, enfrente mía a través de las dos mesas—. Pero esto no está para nada terminado, —dijo.

—¡Me miras a mí! —Le respondí.

—Jodidamente no tiene precio, —dijo Portia en voz baja mientras se sentaba—. Espero tres años para sentarme en esa mesa y ahora estoy relegada.

—¡Habla Inglés! —Dijo Cheyenne entre dientes.

—¡Relegada! ¡Dios! ¡Tomate una pastilla! —Portia respondió, molesta. Me cubrí la boca para no reírme. Entonces vi a Kiki, Missy, y Astrid salir de la fila. Ya era hora de poner la segunda fase en acción.

—¡Kiki! ¡Vosotras! ¡Por aquí! —Grité, de pie—. Hemos guardado vuestros asientos.

Se acercaron, y Josh y Trey, como estaba preestablecido, se levantaron y se dirigieron a una de las mesas Ketlar. —¡Gracias, chicos! —Rose les dijo a ellos.

La cara de Cheyenne era perfecta. Tiffany, el alma bondadosa que era, hizo una foto de Cheyenne para la posteridad. Kiki se deslizó a la derecha en el asiento vacío de Trey y abrió su té helado. Astrid vaciló un instante, mirando de Cheyenne a mí. Cuando sus ojos se posaron en Constance y los demás y sus expresiones de esperanza, ella hizo lo que yo esperaba.

Optó por la solidaridad neófita y tomó la silla de Josh.

Yo sabía que ella estaba bien. Lo sabía.

—Gracias de todos modos, —Missy olfateó y se unió a las otras.

No es ningún shock. Había una silla vacía en el extremo opuesto de la mesa para ella, pero nadie había esperado que la tomara. Miré hacia abajo de la mesa y sonreí. Estas eran precisamente las personas con las que quería sentarme. Estas, para mí, eran verdaderas chicas Billings. La segunda ronda se había decantado hacia mí.

CAPITULO 15

Traducido por: Unstoppable
Corregido por: Sera



UNA PERSONA

Yo todavía estaba alta en el triunfo cuando me acerqué a las pilas en la sección de informática de la biblioteca de ese mismo día y todo se vino abajo. Me detuve en seco. Josh y Cheyenne. Josh y Cheyenne sentados con las rodillas juntas, uno frente al otro, susurrando y riendo y gesticulando. Mirando, para tomar prestada una palabra de Sabine, acogedores. Cheyenne volcó su pelo rubio fuera de su cara y sonrió con su sonrisa de comercial de Crest²¹, su belleza, toda Americana de alguna manera infinitamente más evidente ahora que estaba sobre la cara de mi novio.

— ¿Hola? —Me oí decir.

Josh miró por encima del hombro. Su rostro cayó y se empujó hacia atrás, lejos de Cheyenne. Ella simplemente sonrió mientras se acercó.

—¿Qué está pasando? —Le pregunté lacónicamente. Lo miré a él, no a ella. Yo no quería tener nada que ver con ella.

—Estábamos hablando de la comisión de alimentos, —dijo Josh, de algún modo me miraba a los ojos—. Estamos tratando de decidir si pondremos hors d'oeuvres²² o sólo tendremos estaciones en la hora del cóctel.

— Y todavía dicen que las estaciones son demasiado torpes, —le dijo Cheyenne a él.

—Y todavía dicen que los chicos hambrientos quieren carne tallada, —respondió.

Era una broma de coqueteo. Estaban coqueteando burlescamente justo enfrente de mí.

—Te puedes ir ahora, —le dije a Cheyenne.

Josh hizo una doble toma. —Reed...

Cheyenne entornó los ojos hacia mí. —Eso está bien. De repente no tengo ganas de estar aquí de todos modos, —dijo. Entonces reunió sus libros y se levantó—. Llámame más tarde, Josh, —dijo ella, sonriendo hacia él.

—Sí. Claro que sí.

²¹ Crest: Línea de productos bucales. (N. del T.)

²² Hors d'oeuvres: Aperitivos. (N. del T.)

Era todo lo que podía hacer para no patearla con mi pie y hacerla marchar cuando se alejó. Me volví y miré hacia abajo a Josh, mi corazón latía con fuerza.

—¿Qué fue eso? —Pregunté.

Josh dejó escapar un suspiro. —Sé que no te gusta ahora mismo, pero estamos trabajando juntos. No lo podía evitar.

Dejé mis libros en la computadora de al lado y me senté. —¿En serio?

Considerando lo poco amistosamente que los antiguos alumnos hablan de la cena.

— Es la biblioteca. Estábamos susurrando. Tuvimos que sentarnos cerca uno del otro para ser oídos. —Estudió mi cara rápidamente. — Espera un minuto. No estás, como, celosa de ella, ¿Verdad? —Mi cara debe haber dicho todo esto, porque él se rió—. De ninguna manera. Vamos. Pensé que estabas enojada conmigo sólo porque ustedes están peleando. Yo y Cheyenne, por favor.

Odiaba lo que yo sentía en ese momento. Sospechosa y triste y estúpida para la sensación de sospechosos y triste. Crucé los brazos y me quedé mirando la torre de Easton en el centro de la pantalla del ordenador.

—Yo no soy el único que ha notado, —le dije rotundamente.

— Bien. ¿Así que ahora las chicas Billings no están sólo inventando chismes?

Me tomó la mano y se deslizó más cerca de mí. — Reed, lo están, ¿De acuerdo? Tú eres mi novia. Cheyenne es... no es mi tipo.

—Lo que tú digas, —le dije sin comprometerme, no queriendo simplemente aceptarlo. No queriendo ser la chica que se olvida lo que sabe y cree que vio a su hombre incondicional.

—Dios, me gustaría que salieras de Billings. Estando con ellas te está haciendo paranoica, —dijo.

—Ya te lo dije. Yo no voy a dejarlo, —le dije.

—¿Por qué no? Tú no deberías estar allí de todos modos, —dijo.

—¿Qué se supone que significa eso? —Exigí.

Se sentó erguido, mirándome por un momento confuso. —¿Qué? Yo sólo pienso que eres mucho mejor que esas chicas. Inteligente, amable... simplemente mejor.

Ligeramente relajé los hombros. — Cheyenne se iría nuclear si te oyera decir eso. — Sólo una razón más para abandonar ese lugar, —dijo Josh—. No quiero que ustedes dos estén en guerra.

Nosotras dos. No yo. Nosotras dos. Él se preocupaba por nosotras dos.

— Olvidalo —le dije con estoicismo, cruzando los brazos sobre el pecho. — Yo no voy a dejarlo. Prefiero quedarme allí y tratar de cambiar las cosas.

Josh sonrió adorablemente y pellizcó mis mejillas. — Mi pequeña activista, — bromeó. Me besó en la frente—. Me encanta.

—Y me encanta que me traten como a una adorable sobrina, — me quejé.

Josh me miró a los ojos, se inclinó y juntó sus labios con los míos, para un beso que hizo temblar todo dentro de mí. Me hizo olvidar por completo a Cheyenne y mi sospecha. No había manera de que pudiera darme un beso como este sin que le gustara, ¿No? Ni siquiera era posible. Cuando por fin se apartó, estaba tan fuera de él, caí hacia adelante y casi choco con su cabeza. Pero él cogió mis hombros y me abrazó.

—¿Está mejor? —Preguntó.

—Mucho —le respondí, parpadeando los ojos abiertos.

— Bien. Mejor que me vaya ahora. El bibliotecario me está mirando, —dijo Josh, mordiéndose los labios—. ¿Te veré en la cena?

—Voy a estar allí, —le contesté.

A medida que corría fuera de la biblioteca, sentí empezaba a deprimirme. De alguna manera, me sentí defraudada. Lenta. Cansada. Con un suspiro, me dirigí a mi computadora y abrí mi correo electrónico. Había un nuevo mensaje de Dash en mi bandeja de entrada. Todos los cabellos de la parte de atrás de mi cuello se erizaron, y mi corazón latió con fuerza. Lo abrí rápidamente, sintiendo como si alguien estuviera mirando.

Hey, Reed.

¿Cómo te va con las chicas nuevas?

WB Dash

Rápidamente, escribí una respuesta.

Hola, Dash.

Estamos al borde de la guerra, en realidad. Cheyenne quiere a tres de las seis afuera y hemos arreglado un encuentro. Rose y Tiff y tal vez otras chicas están conmigo, pero me preocupa que no seré capaz de detenerla.

¿Consejo?

Reed

Envié el mensaje y luego me senté en mi silla y, sin sentirme nerviosa, miré por encima del hombro. No había nadie, excepto el bibliotecario mayor, que estaba inclinado sobre un libro, como siempre. El equipo dio un tono bajo, y el corazón me llamó. Al parecer estaba en línea, debido a que había escrito de regreso. Con mi mano temblando, hice clic en abrir su mensaje.

Reed.

No te pongas nerviosa. Si había una persona en Easton con quien siempre podía contar para estar en el lado derecho de las cosas, eras tú. No dejes que Cheyenne te haga sentir lo contrario. Tienes la calle mayor. Voy a estar pensando en ti, enviándote buenas vibraciones a tu manera.

Dash

Leí el correo electrónico dos veces. A continuación, una tercera vez. Algo se agitó dentro de mi pecho. Por primera vez de estos días, me sentí segura. Y orgullosa. Yo no podía creer como Dash McCafferty me vio. Y él dijo que estaba pensando en mí. Pensando en mí... Un rubor se deslizó a través de mis mejillas. Dash McCafferty estaba sentado en su dormitorio en su escuela Ivy League pensando en la pequeña Reed Brennan.

Una fuerte explosión en algún lugar de las pilas me sorprendió, y rápidamente cerré la ventana, asustada de muerte. Al instante pensé en Noelle. Imaginado lo furiosa que estaría si supiera que Dash y yo estábamos en contacto. Si ella supiera de su e-mail; me hizo sonrojar. Lo cual, por supuesto, me hizo pensar en Josh. ¿Qué demonios estaba haciendo? Yo sólo lo acusé de coquetear con Cheyenne, sin embargo, aquí estaba haciendo casi la misma cosa exacta con Dash. ¿Cuál era el problema conmigo? Abrumada por la culpa, eliminé el e-mail de Dash y huí.

* * * * *

El estudio de descanso en la Casa Billings esta noche consistía pizza al estilo Chicago que las amigas de Tiffany de casa habían enviado por FedExed a ella y que había calentado en el microondas ilegal en su habitación, junto con varias botellas de champán, o "Dommy P" como Portia lo llamó, que su novio magnate de veintitrés años de edad, había enviado para celebrar el inicio de su último año. Todo estaba en calma, considerando que se había declarado la guerra. Yo sabía que no debía confiar en el período de calma, pero yo quería. Quería sólo cinco segundos sin drama. Así que tomé un trozo y me uní a las otras en la sala, donde estaban viendo *Batman Begins* por vigésima quinta vez, o, más exactamente, simplemente deteniéndose en particular en los calientes momentos de Christian Bale. Estaba empezando a divertirme cuando me di cuenta que Sabine no estaba allí. Cheyenne y Viena no estaban bien, pero eso no fue un punto de preocupación.

—Oye. ¿Has visto a Sabine? —Le pregunté a Rose que ella alzó la copa de champaña a los labios.

—Creo que ella está arriba, —dijo—. ¡Oooh! ¡Sin camisa! —Gritó, agitando su mano en la pantalla—. ¡Alguien páuselo!

Se me cayó la corteza de pizza en el plato de porcelana donados por algunas ex-alumnas Billings y me dirigí hacia las escaleras. Sabine había estado casi en silencio durante todo el día. Tenía la esperanza de que ella no estuviera pensando en pedir una transferencia. Cheyenne sería insoportable después de una victoria así. Y además, si había una cosa que sabía de Billings, era que se apegaba mejor a la política. Pasando por todas las pruebas de Noelle y travesuras, había sido una importante fuente de orgullo para mí. No sería la persona que soy ahora sin ella. Y yo esperaba eso por Sabine. Yo quería que ella fuera la persona que era capaz de enfrentarse a Cheyenne. En una nota de egoísta, no quería que me dejara. Yo estaba empezando a acostumbrarme a tener amigos reales alrededor.

Abrí la puerta de nuestra habitación, pero estaba vacío. Su escritorio estaba con la luz encendida, pero no había ni rastro de ella. Entonces oí voces en el pasillo. Bajos tonos intensos. Desde la habitación de Cheyenne. Sentí la misma aprehensión que siempre había sentido cuando Noelle y Ariana estaban hablando solas. Yo contuve la respiración y fui de puntitas.

Justo en las afueras de puerta de Cheyenne, me detuve y escuché.

—No, lo voy a conseguir. Lo haré —dijo alguien en voz baja.

Yo no estaba segura de quién estaba hablando, pero era tan urgente, que hizo que todos los pelos de mis brazos se pusieran de punta. ¿Conseguir qué? ¿Hacer qué? Entonces alguien más respondió en voz tan baja, que no podía distinguir las palabras. Maldita sea. Tuve que ir al plan B. Me di vuelta y abrí la puerta, a punto de decir algo sarcástico. Pero en cambio, me quedé helada. No era Viena que estaba hablando con Cheyenne. Era Sabine.

—¿Qué está pasando? —Le pregunté.

Había ropa tendida en la cama, y botas de tacón alto en el suelo.

—Nada. —Sabine estaba tranquila como un baño caliente.

—Voy a estar aquí, — dijo Cheyenne a ella en una manera significativa.

Sabine asintió con la cabeza y pasó junto a mí, con los ojos hacia abajo. La seguí por el pasillo. —¿A dónde vas?

— Cheyenne necesita un libro de la biblioteca, —dijo Sabina. Sus ojos estaban extrañamente brillantes—. Voy a correr a buscarlo.

Miré por la ventana de vidrio al final del pasillo. Estaba de tono negro y gotas de lluvia maltrataban los cristales como si estuvieran desesperados por entrar.

—¿Ahora? —Le pregunté. Miré a Cheyenne, que estaba sentada en su cama remilgada, con las rodillas juntas y las manos cruzadas—. Que lo consiga por sí misma.

—Reed, está bien, — dijo Sabine través de sus dientes. Se acercó a mí y me susurró—. Creo que ella en realidad me empieza a aceptar. Ella me dio todo este consejo acerca de Gage. Ella me va a ayudar con él, pero tengo que seguir jugando su juego.

—¿Ayudarte con él? —Me quedé pasmada. De la forma en que actuaba Gage, Sabine tenía que poner la mano en su trasero y él era de ella. Durante un día, de todos modos, lo que probablemente era casi tan largo como su capacidad de atención se extendería para nadie. Con excepción de Ivy, si esos rumores eran ciertos.

—Reed, sé que no te gusta, pero a mí sí. No puedo evitarlo. —Sabine sonaba desesperada—. Déjame ir.

Me miró a los ojos y vi que ella hablaba en serio. Cheyenne jugó la carta de amor no correspondido, y ella lo había conseguido.

—No tienes que hacer esto, ya sabes, —le dije. Aunque yo sabía que no tendría ningún efecto.

—Ya lo sé —respondió ella.

Entonces me lanzó una mirada de agradecimiento antes de dirigirse hacia fuera. Volví a la puerta de la habitación de Cheyenne. Estaba doblando la ropa ahora, y se detuvo. Nos miramos la una a la otra a través de la amplia extensión de su cuarto. Tenía los labios retorcidos en una mueca superior.

—Así que. Vas a `ayudarla' a ella, ¿Eh? —Le pregunté.

Ella lanzó un suspiro dramático. —Estoy muy por encima de tu actitud.

—¿Por qué lo estás haciendo, Cheyenne? —Pregunté.

—Puedo ver que no vas a desaparecer hasta que yo te lo diga, así que bien, —dijo, doblando un jersey sobre su brazo—. La niña está enamorada, y tú sabes que soy una tonta del amor. Por otra parte, me he enterado de lo que le gusta a Gage. Íntimamente.

Dios mío. ¿Había alguien de aquí que no hubiera estado con él?

—Entonces, ¿Qué? ¿Vas a poner su vestido hacia arriba como tú y enviarla al lobo feroz? —Le pregunté.

—¿Por qué crees que todo lo que hago tiene malas intenciones? —Preguntó Cheyenne—. Tal vez estoy empezando a ver algunas posibilidades en Sabine. Tal vez quiero verla feliz.

Sí, claro. Y tal vez estoy en Next Top Model Latina²³.

—Te puedes ir ahora, —dijo con una dulce sonrisa.

La miré un largo rato, tratando de ver a su ángulo. Tratando de entrar en su cerebro retorcido, pensar tres pasos por delante, y encontrar la escapatoria, pero no había nada. Mi cerebro simplemente no funcionaba de esa manera. No había nada que me quedaba por hacer que alejarme y esperar.

²³ Next Top Model Latina: Reality show estadounidense en el que un grupo de jóvenes compiten para convertirse en modelos profesionales. (N. del T.)

CAPITULO 16

Traducido por: Aya001
Corregido por: Estef



LA PRIMERA VEZ

Esperé detrás del gran árbol de arce fuera de Ketlar a la mañana siguiente hasta que vi a Mr. Cross, el anciano asesor Ketlar, deambulando por la puerta trasera, silbando para sí mismo. Un par de tipos siguiéndole, y tan pronto como se cerró la puerta, me deslicé en el interior y subí corriendo las escaleras hasta el cuarto piso. El piso de Josh.

Tenía que verlo. Ahora. Necesitaba besarle y asegurarme de que todo entre nosotros estaba bien. Desde que lo había visto con Cheyenne ayer, había sentido esta extraña incertidumbre dentro de mi pecho. Junto con la culpa por los e-mails de Dash, y mis piernas empezaron a temblar. No podía caminar alrededor de Easton toda mareada y débil así durante todo el año. No era bueno para mis nervios. Necesitaba estar con Josh.

Realmente estar con él. Mirarle a los ojos y decirle cómo me sentía. Como me sentía realmente. Por primera vez. Esto haría que todo estuviera bien.

Trey estaba saliendo de su habitación mientras me acercaba, sin aliento. Me echó una mirada y me sonrió con complicidad.

—Es todo tuyo, —dijo, sosteniendo la puerta.

Todos vivíamos más o menos para romper las reglas por aquí. Al igual que la que me impide estar en la habitación de un chico. Incluso el recto como-una-flecha Trey.

—Gracias, —susurré. Me deslicé en el interior y cerré la puerta. Josh me miró, sorprendido. No tan sorprendido como yo, sin embargo. Estaba de pie junto a la ventana, todavía mojado de la ducha, vestido sólo con una toalla alrededor de su cintura. Su pecho liso y brillante era perfecto, y la definición de sus brazos era mucho más clara de lo que recordaba. Mi boca se secó por completo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó con una sonrisa.

—Yo...

Espera, ¿Qué hacía yo aquí otra vez?

No importaba. Porque dos segundos después sus manos estaban en mi pelo sus labios sobre los míos y estábamos besándonos y tocándonos y tropezando y cayendo y las cosas se pusieron más tensas, muy rápido.

—¡Espera! —Solté, separándome de él en su cama deshecha.

Él me soltó, con los ojos a media altura. —¿Qué? ¿Yo... Tú estás... ¿Qué?

Mi corazón latía tan fuerte, pensé que podía herirse a sí mismo. Me puse de pie, dejando a mi novio semidesnudo confuso, y, probablemente, muy excitado, en su cama. Respira profundamente, Reed. Respira profundamente.

—No he venido aquí para esto, —dije con firmeza, de pie en el centro de su habitación. Josh se enderezó, las piernas por el lado de la cama, y puso sus brazos sobre su regazo de manera abrupta. Él me miró y trató de concentrarse.

—Muy bien. ¿Por qué has venido aquí?

Miré a sus ojos verde claro. Su pecho agitado mientras intentaba poner su respiración bajo control. Pero él estaba centrado en mí. En mi cara.

Esperando pacientemente. Yo podía hacer esto. Puedo. Porque lo sentía. Y porque yo confiaba en él. Y no importaba lo que sucediera después. Sólo quería que él lo supiera. Mis puños abiertos. Tomé aire. Y cuando deje salir el aire de nuevo, lo dije.

—Josh, Te quiero.

Su rostro se iluminó. Se puso de pie, mirándome a los ojos con esta expresión maravillosa, como si acabara de darle el regalo más increíble que había recibido nunca. Entonces él me besó, lentamente esta vez. Poco a poco, suavemente, profundamente, y cuando se retiró, él se aferraba a mí como si nunca me fuera a dejar ir.

—Yo también te quiero.

Convicción. Aunque yo sabía que él lo diría, que él hubiera querido decirlo, todos esos meses atrás cuando casi dejo Easton, una gran parte de mi había tenido miedo. De que él hubiera cambiado de opinión. Que nunca lo hubiera sentido en primer lugar. Pero lo hacía. Todavía lo hacía.

—No tienes idea de cuánto tiempo he estado mordéndome la lengua para no decirte esto, —él medio susurró—. Después de ese día cuando me detuviste...

—Lo sé. Lo siento, —le dije—. Pero ya no importa. Ahora puedes decirlo tanto como quieras.

Josh dio un paso atrás, las cejas arqueadas adorablemente. —¿En serio? ¿Quiere decir que puedo decir te quiero? ¿Te amo, Te amo, Te amo?

Me empecé a reír.

—Me gusta como suena, simplemente saliendo de mi lengua, —dijo, gesticulando con las manos. Tiró una camiseta del armario y se la pasó sobre su cabeza—. Te amo. Te amo, Te amo, Te amo. Huh. Guay.

—Está bien. No vayamos a gastarlo el primer día, —le dije, tan vertiginoso en mi interior, era casi demasiado.

—Sí, sí. Tú y tus reglas.

Tomó un par de calzoncillos bóxer de su cajón y se los puso debajo de la toalla, luego hizo lo mismo con un par de pantalones, y arrojó la toalla por completo. Luego metió los pies en las zapatillas de gamuza y cogió su bolsa de mensajero.

—¿Desayuno, mi amor? —Preguntó, abriendo la puerta para mí.

—Pues, sí, mi amor, —bromeé devolviéndosela.

Me besó de nuevo en mi camino a través de la puerta y entrelazamos nuestros dedos mientras caminábamos a la cafetería. Ya no importaba si Cheyenne lo quería o no. Josh era mío. Nadie jamás se iba a meter entre nosotros.

* * * * *

—¿Dónde está Sabine? —Trey me preguntó en el desayuno.

Su silla, al otro lado de la mía, estaba visiblemente vacía. El sol entraba por la claraboya de arriba enviando un eje brillante de luz a través de ella como si tratara de poner de relieve el hecho de que ella no estaba allí.

—Ella estaba todavía en la ducha cuando me fui, —le dije.

Josh me tomó la mano debajo de la mesa y la apretó. Mi corazón se sentía como si estuviera jugando en barras asimétricas. Se inclinó para susurrar en mi oído.

—Oye, ¿Te he dicho que te quiero?

Escalofríos por todas partes. —Sí, creo que lo he oído en alguna parte.

Felicidad. Esto era como se sentía la felicidad.

Gage pasó con su bandeja, sus gafas de sol de aviador cubriendo sus ojos y la vista de él ni siquiera me irritaba. Felicidad. Entonces, Cheyenne se levantó de la mesa de al lado y se deslizó hacia él. No me importaba. Ni un poco. Felicidad.

—¡Ga-age! ¡Tengo una sorpresa para ti! —Cheyenne cantó.

Él la miró de arriba abajo. —He estado allí, ya he hecho eso.

Se las arregló para reír como si ella no se ofendiera. —Yo no. Quédate ahí durante un... segundo... más.

Como si estuviera esperando, Sabine emergió desde la fila de desayunos, llevando una bandeja llena de comida. Pero no se parecía en nada a la chica de las islas que yo conocía. Parecía una tartaleta de Nueva Inglaterra. Minifalda de cuadros. Rodillas desnudas. Botas de tacón alto. Ajustada, blanca, camisa con botones delanteros. Elegante, una cola de caballo peinada hacia atrás.

Al pasar por la primera mesa, sus pies se tambalearon un poco, no acostumbrada como estaba a los tacones, pero se recuperó bien. Gage no pareció darse cuenta en absoluto, por supuesto. Su lengua estaba prácticamente fuera.

Así que este era el plan de Cheyenne para ayudar a Sabine. Convertirla en una Pussycat Doll²⁴ y dejarla suelta en sociedad. La detestaba.

—Martinique va a por las traviesas chicas de colegio Católico, —dijo Gage impresionado—. Caminando.

Sabine sonrió -una mirada que era un espeluznante reflejo de una de las expresiones favoritas de Cheyenne- y abrió la boca para decir algo que sin duda Cheyenne le había entrenado para que dijera. Y luego, de pronto, todo salió mal.

Su pie ya inestable bateó un charco de agua y se deslizó por debajo suyo. Sus ojos se agrandaron. Hubo un siempre-breve momento cuando yo pensé que podría haberse recuperado, pero fue sólo una ilusión. Sabine voló frente a sus pies y se estrelló contra el suelo, las nalgas y la espalda primero. Ropa interior blanca para que todo el mundo la viera. Su bandeja salió volando y llovieron cereales y huevos por toda su camisa blanca inmaculada. El zumo de naranja salpicándole en la cara.

Durante un largo rato, nadie se movió.

Y luego, la risa.

Gage se dobló. Cheyenne convulsionando. La cafetería toda llena de una cacofonía de cacareo. Cuando me puse de pie para ayudar a Sabine, ella se sentó y miró a su alrededor, con la cara llena de

²⁴ Pussycat Doll: Grupo de R&B, Hip hop y Pop formado en 1995. Originalmente pensado y trabajado como grupo burlesco. (N. del T.)

angustia. Tiró la falda por encima de su ropa interior, aferrándose al dobladillo. Yo nunca había visto a nadie verse tan pequeño.

Por el rabllo del ojo vi a Cheyenne echar su mano hacia la palma de la mano de Portia. Fue un movimiento infinitesimal. Si hubiera parpadeado, me lo habría perdido. Pero no lo hice. Yo lo vi. Y lo sabía. Ella había derramado el agua en el pasillo central. Ella le había prestado a Sabine, que sólo poseía sandalias planas y chanclas, sus tacones más altos. Ella había orquestado todo. Y mi rabia era incomparable.

—Tú has hecho esto, —le dije, temblando.

—Oh, bájate del caballo ya, Reed, —dijo Cheyenne—. El aire cargado allí te está afectando el cerebro. Sabine finalmente se levantó del suelo y corrió, tropezando con los tacones, a la puerta.

—Tú vas a lamentar de verdad el simple hecho de haberme conocido, — le dije.

—Te olvidas de algo, Reed, —contestó ella—. Tú empezaste esto. Tú marcaste la línea esa noche en la votación. Lo que pase después, es todo culpa tuya.

Quería abofetearle en la cara. Quería sacarle los pies de debajo suyo y mostrarle cómo se sentía. Pero este no era el lugar, y yo no tenía tiempo. Tenía que ir tras Sabine.

—Esto no ha terminado, Cheyenne, —le prometí—. Apenas he empezado.

CAPITULO 17

Traducido por: Virtxu
Corregido por: Okimy Hathaway



PARALIZADA

Sabine pasó todo el día en la enfermería. Cuando fui a ver cómo estaba, ni siquiera me dejaron verla. Dijeron que quería estar sola. Después de la cena, la cual ella se saltó, había vuelto a la habitación, agarró sus libros, y salió de nuevo, haciendo caso omiso de mis intentos de hablar con ella. Sólo agachó la cabeza y desapareció.

Ahora eran las 10:17 y todavía no había vuelto. La biblioteca había cerrado hace diecisiete minutos. ¿Dónde diablos estaba?

Por favor, sólo no dejes que abandone sus estudios. No dejes que le dé esa satisfacción a Cheyenne.

Respiré hondo y miré mi teléfono móvil. Josh también estaba MIA²⁵. Odiaba ser una de esas chicas que se sentaban a esperar a que su teléfono sonara, pero eso es lo que estaba haciendo. Necesitaba hablar con él. Necesitaba dar rienda suelta a lo que había sucedido y escuchar su juicio de dónde podría estar Sabine. Josh siempre me llamaba a las diez. Todas las noches antes de acostarse. Pero esta noche, nada. Incluso después de la mañana más perfecta de nuestra relación. Esos besos que me dio todavía producían tibios escalofríos cada vez que pensaba en ellos. Nada.

El reloj hizo clic sobre las 10:18. Algo tiene que estar mal. Estaba alcanzando el teléfono cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe.

—¡Reed!

—¡Oh, Dios mío! ¡Me habéis asustado como el infierno! —Dije, riendo. Me volví a mirar a Constance y a Sabine, y aunque estaba feliz de ver que Sabine estaba bien, mi corazón al instante cayó al suelo. Parecían como si hubieran sido testigos de un accidente de coche—. ¿Qué está mal?

Se miraron la una a la otra con temor. Mi corazón latía muy fuerte.

—¿Qué es? —Les pregunté, con mi garganta apretada.

—Es Josh —se disculpó Constance, me pregunté por un segundo si le había hecho algo a él de alguna manera.

—¿Qué pasa con Josh? —Me puse en pie.

—Tienes que venir —dijo Sabine, alcanzando mi brazo—. Ven.

El miedo me recorrió, llenando cada uno de mis poros. No me podía mover. —¿A dónde vamos?

—Reed.

—No voy a ninguna parte hasta que me digáis qué está pasando —dije con firmeza—. Díganmelo. Ahora mismo.

²⁵ MIA: Missing in Action: Perdido en acción. (N. del T.)

Cruzaron otra mirada sombría. —Lo vimos, Reed —dijo Sabine finalmente—. Con Cheyenne.

* * * * *

Corrí.

Corrí tan rápido que mis pulmones quemaban y mi visión se volvió borrosa. Corrí tan rápido que no podía oír nada salvo el viento en mis oídos. Corrí tan rápido que tropecé con una de las luces que recubren el sendero y me caí, arañando mi rodilla, mi mano, mi mejilla, me levanté y seguí corriendo.

Él me ama. Esto no está sucediendo. Él me ama. Él me ama.

Sabine estaba a mi lado cuando llegué a las altas ventanas del cementerio de arte. Constance estaba millas por detrás.

—Reed, toma aliento primero —dijo Sabine—. Cálmate.

—No. ¡No! —Le grité.

No me importaba si alguien me oía. No me importaba que me expulsaran. Sólo quería ver. Necesitaba ver. Me arrastré por entre los arbustos hacia la ventana. Las persianas estaban agrietadas de forma que fácilmente se podía ver a través de las lomas. Cerré los ojos. Dije una oración. Me apoderé de la fría cornisa de piedra con las yemas de mis dedos. Y miré.

Algo frío y viscoso se deslizó por mi espina dorsal. Los bordes de mi visión se volvieron opacos y grises. Dentro la luz cálida del cementerio de arte, nuestro santuario, el lugar en el que Josh y yo habíamos compartido muchos momentos robados, besos robados, susurros robados, ahora él estaba recostado en el asiento del amor con Cheyenne subido encima de él.

Sentí al vómito venir justo a tiempo para volver la cabeza lejos de Sabine. Vomité en el mantillo a mis pies. Las lágrimas se colaban por las comisuras de mis ojos, por la nariz, y a través de mis labios.

Pero él me ama. Él dijo que me am...

—Reed, estoy muy, muy apenada —dijo Sabine.

—No —me oí decir—. No.

Llevé la palma de mi mano sobre mi boca. Miré de nuevo. Josh extendió la mano y tomó el lado izquierdo del cuello de Cheyenne tiernamente, con adoración en los ojos. Dejó que su mano se deslizara hacia abajo y empujara la blusa de su hombro mientras ella siempre tan lentamente la desabrochaba.

—¡No!

Eso fue todo. No más. Me volví y empujé a Sabine fuera del camino. Abriendo la puerta del Mitchell Hall. Estaba a punto de golpear la puerta del cementerio de arte cuando vi que no estaba cerrada. Con las dos manos, la abrí. Golpeó contra la pared. Una pintura se estrelló contra el suelo. Cheyenne se levantó con un grito de asombro y enderezó su camisa, cubriendo apenas su sujetador de encaje. Su falda estaba en el suelo. Su tanga y su culo perfectamente bronceado estaban expuestos.

—Reed —dijo Josh—. Reed, ¿Qué haces...?

—Cállate —le dije, con lágrimas en mis ojos—. No quiero hablar contigo. ¡No quiero ni mirarte!

Me limpié la cara de manera rápida y contuve la respiración, no quería dar la satisfacción a Cheyenne de verme de esta manera.

Josh se elevó sobre los codos y me miró. Su camiseta -la camiseta que había llevado esta mañana delante de mí- estaba subida hasta sus pectorales. Sus cordones estaban desabrochados, con la cremallera bajada. Sentí la bilis en la garganta de nuevo y la tragué de vuelta. ¿Por qué no se levantó de un salto como Cheyenne? ¿Por qué no estaba pidiendo perdón ahora? ¿Era cada minuto de esta mañana una mentira? ¿Realmente significaba tan poco para él?

—Cálmate, Reed —dijo Cheyenne enfurruñada, abrochando sus botones—. Sé que esto es duro para ti, pero por lo menos trata de conservar algo de dignidad.

Y fue entonces cuando finalmente lo hice. Fue entonces cuando la débil cuerda dentro de mí, finalmente se rompió y di un puñetazo a Cheyenne tan fuerte como pude, en toda su preciosa cara.



CAPITULO 18

Traducido por: flochi
Corregido por: Julia107



PARTICIPANTE DISPUESTO

— ¡P atética, pequeña puta de dos caras! —Grité, irrumpiendo en la casa Billings con Sabine y Constance justo tras de mis tacones. Cheyenne corrió delante de mí y subió las escaleras corriendo en sus tacones altos.

—¡Déjame sola, psicópata! —Me gritó nuevamente.

Subí los escalones de dos en dos y la seguí a su cuarto. Todas las puertas en el pasillo estaban ya abiertas. Las chicas amontonadas en sus puertas en pijamas, mirando como nos peleábamos.

—¡Reed! ¿Qué está pasando? —Preguntó Rose.

Como si yo pudiera contestarle en este momento. Tenía a una rubia que destripar.

Él había dicho que me amaba. Él había dicho que me amaba.

Pero ella se lo llevó todo.

Cheyenne trató de cerrar su puerta en mi cara, pero había apoyado mi mano encima y la aparté de mi camino.

—¡Sal! —Me gritó, retrocediendo a la ventana.

—No hasta que admitas el fraude que eres —le dije.

—Estás loca, Reed. Finalmente te has vuelto loca —bramó Cheyenne, riendo nerviosamente.

—Oh, estoy loca. ¿Estoy loca?—Solté—. Andas alrededor mío por días hablando sobre Billings, la integridad, la imagen, la hermandad y los lazos que durarán toda la vida y mientras tanto estás pasando cada uno de los segundos libres que tienes, ¡Seduciendo a mi novio!

Hubo un jadeo general y un parloteo detrás mío. Me giré para ver. Cada una de nuestras compañeras estaba reunida ya sea cerca de la puerta o en el pasillo.

—¡Eso es correcto, chicas! Su magnífica y respetable líder sólo estaba cabalgando a mi novio en el cementerio de arte —dije, sabiendo que todas lo sabrían por medio de los rumores de todos modos—. Y sin embargo anda por ahí diciéndonos a todas nosotras que no somos lo suficientemente buenas para estar en Billings. Quien tiene las cualidad indicadas. ¡Esta puta que apuñala por la espalda está por encima de todos los demás!

—No era sólo yo, Reed. Yo no me tiré encima de él —dijo Cheyenne—. Lo viste. Él era un participante dispuesto. Incluso él me había invitado ahí.

Mi visión se ennegreció. Honestamente, me sentía como si pudiera desmayarme. Cuando me giré hacia ella otra vez, tuve que agarrarme de su cómoda para mantener el mareo a raya. Era una cosa si Cheyenne había ido a él. Si ella hubiera sabido que él estaba allí, como lo hace la mayoría de las noches y ella había caminado usando un pequeño conjunto sexy toda tonificada y rubia y sacando

trasero. Nunca se lo perdonaría, pero de alguna manera me haría sentir mejor echarle toda la culpa a ella.

—No te creo. Te he visto. He visto la forma que eres con él todo el tiempo. Esta eres tú.

—Oh, ¿Si? ¡Aquí! —Cheyenne alcanzó su Kate Spade y sacó su celular, arrojándomelo—. Revisa el primer mensaje de texto.

Ella estaba tirando un farol. Tenía que estar tirando un farol. Abrí la ventana de mensajes y mi visión se nubló nuevamente. Estaba el número del celular de Josh en la cima de la pantalla, tan claro como el día. El mensaje decía:

No puedo esperar más. Te NECESITO. Ahora. Esta noche. Ven. Cementerio de arte, después de la reunión del comité.

Cada onza de rabia que había dentro de mí, explotó en ese momento. Me volví y arrojé el teléfono contra la pared, rompiéndolo en un millón de piezas, uno de las cuales chocó con el rostro de Cheyenne. Cheyenne gritó y ahuecó su barbilla.

La Sra. Lattimer escogió ese momento para aparecer.

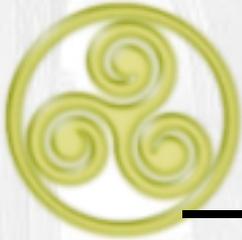
—¡Chicas!—gritó ella. —¡Es suficiente!

La conmoción, el horror, el disgusto, eran evidentes en sus ojos mientras veía la escena. Cheyenne, todavía vestida toda desordenada. Las piezas del teléfono por todas partes en el suelo. La máscara de furia púrpura que sabía estaba cubriendo mi rostro. Su boca formó una delgada línea de determinación. Nunca había visto su mirada tan sombría.

—A su cuarto, Srta. Brennan. Ahora.

CAPITULO 19

Traducido por: Sheilita Belikov
Corregido por: alice_vampire



REFUERZOS

— ¿Quién demonios se cree que es? ¿Cree que sólo puede hacer lo que quiera? ¿Tener lo que quiere? —Despotriqué, gritándome a mí misma en susurros roncros mientras iba y venía frente a Sabine. Ella estaba sentada en el centro de su cama, con las rodillas juntas, observándome mientras yo caminaba de un lado a otro. Sólo sus ojos se movían. Era como si tuviera miedo de cambiar de posición para que yo no atacara. No era que pudiera culparla. Yo estaba rabiosamente fuera de control—. ¿A cualquier persona que quiere?

Mi voz se quebró y dejé de caminar de un lado a otro, tapándome la boca con la mano cuando las imágenes vinieron apresuradamente de vuelta a mí. La mano de Josh sobre su piel desnuda. Esa mirada llena de adoración en sus ojos que solía ser reservada para mí. Había mirado a Cheyenne exactamente de la misma manera que me había mirado a mí esta mañana, cuando le dije que lo amaba. De la misma exacta manera.

Mi otra mano fue a mi estómago. ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Esta era la razón por la que había querido que dejara Billings tan intensamente? ¿Para apartarnos a su otra mujer y a mí? Menor probabilidad de que averiguara sobre ella si no vivíamos juntas, supongo. Y, oh mi Dios. Esa noche. Esa noche que Cheyenne había salido tan tarde y pensé que había estado con Sabine... ¿Había estado con Josh entonces, también? Él había estado agotado, malhumorado e impaciente al día siguiente. ¿Había estado esto pasando toda esta semana? ¿Me habían estado mintiendo desde el primer día? No podía creer que Josh pudiera ser tan manipulativo. Tan astuto. No. No Josh. No era posible.

Pero entonces, yo nunca habría pensado que esto fuera posible. Ni en un millón de años.

—Ella está fuera de control, —Sabine coincidió—. Solían ser amigas, ¿No? Aún si han tenido problemas este año, no es ninguna excusa.

Respiré hondo para reprimir las náuseas. Sequé una lágrima perdida de debajo de mi ojo.

—‘Fuera de control’ es un eufemismo, —espeté—. Sabes que ha estado tratando de forzar a Constance, Lorna y a ti a salir de aquí desde el primer día, ¿Verdad? No le importa si dejan Billings o son expulsadas. Lo que ocurra primero está bien para ella.

La mandíbula de Sabine cayó. —¿Expulsadas? ¿Ella quiere que seamos expulsadas? ¡Mi padre me mataría!

—A ella no le importa. Siempre y cuando no estén viviendo aquí, —murmuré.

—Pero... pero no he hecho nada para merecerlo, —Sabine dijo, poniéndose de pie—. He hecho todo lo que pidió. Haciendo sus encargos... limpiando su habitación... robando cosas y luego devolviéndolas. No he hecho nada malo. Ella es la única que está manipulando a todos. ¡No es justo!

Me apoyé en mi escritorio y me quede mirando por la ventana las luces en el patio. —Tienes razón. Cheyenne es la única que debería ser expulsada, después de todo lo que ha hecho.

Mis palabras quedaron flotando en el aire entre nosotras. Sabine estaba perfectamente silenciosa. Perfectamente inmóvil. Mi corazón empezó a latir de nuevo. Cheyenne. Expulsada. Cheyenne. Expulsada.

Este se suponía que sería un año perfecto. Nuevo y libre de drama. Y lo habría sido, si no fuera por ella. Ella lo había arruinado todo. Arruinado Billings. Arruinado a Josh. Arruinado todo. Miré a Sabine. Sus ojos estaban muy abiertos. Estábamos pensando lo mismo. Mi piel se estremeció.

—¿Y si ella es expulsada? —Dije lentamente.

—Entonces se terminaría todo, ¿No? —Sabine dijo tentativamente.

—Dios, ¿Puedes imaginar cuán pacífico aquí sería sin ella? —Dije, mirando alrededor de nuestra habitación—. ¿Sin ella torturándolas? ¿Sin ella pisoteando, gritando y dando órdenes a las personas a su alrededor?

—Podríamos ser estudiantes de nuevo, —dijo Sabine, sonando melancólica—. Podríamos ser normales.

Ella tenía razón. Si Cheyenne se fuera, las novatas se ahorrarían más estrés. No tendrían que pasar por toda la porquería por la que yo había pasado el año pasado. Estaba segura que sin Cheyenne dirigiendo la manada, la novatada terminaría. Portia era demasiado ensimismada para tomarse la molestia, y Viena y London estarían más bien arreglándose y enfiestándose que conspirando. Sin Cheyenne, Billings sería libre.

Solamente me encantaría ver su cara si quedaba expulsada. Me encantaría mostrarle de una vez por todas que no podía meterse conmigo. Que no iba sólo a dejarla escapar con la puñalada en mi espalda.

No podía creer que estuviera considerando seriamente esta posibilidad. No podía creer que realmente tuviera eso en mí. Pero entonces pensé en Josh de nuevo. Su rostro. Sus manos. Sus ojos. Y sabía que podía hacerlo. Era más que capaz.

—¿Crees que podemos hacerlo? —Dije en voz baja.

Sabine se mordió el labio. —Ni siquiera sé por dónde empezar.

Me senté temblando en mi silla de escritorio. La pantalla de mi computadora estaba oscura, pero sólo mirarla me dio una idea. Dios, si sólo Noelle estuviera aquí. Ella sabría exactamente cómo vengarse de Cheyenne, y exactamente que cuerdas jalar para hacer el trabajo. Pero no tenía ni idea de dónde estaba, ni cómo ponerme en contacto con ella. Hacía mucho tiempo que había cambiado sus números y correos electrónicos, como si quisiera aislar a todos por completo. Me dejó fuera de su vida. Pero tenía la sensación de que ella querría oír hablar de esto. Querría ayudar. Ella, después de todo, se preocupaba por Billings más que nadie. Y uno de sus peores temores había sido descubrir que sucedería si Cheyenne asumía el mando.

Me quedé mirando la computadora. Conocía a alguien que podría saber cómo encontrarla. Alguien con quien había estado —hablando— casi todos los días. Tal vez había llegado el momento de abordar el tema que había estado evitando por tanto tiempo. ¿Podría hacerlo? Y si lo hacía y él me ayudaba a encontrarla, ¿estaría ella ahí para mí?

Pulsé la barra espaciadora, trayendo la pantalla a la vida.

—¿Qué estás haciendo? —Sabine preguntó.

Teclé el e-mail de Dash. —Llamando refuerzos.

Redacté un mensaje rápido, pero al segundo de pulsar el botón de enviar, quise hacer volver el correo electrónico. Mi pecho se llenó de pavor.

¿Qué estaba pensando? Yo no era Noelle. Había hecho eso abundantemente claro en las últimas semanas. No podía hacer que expulsaran a alguien. Ni siquiera a Cheyenne. Yo no era una conspiradora. No lo tenía en mí. Esta no era yo.

Y encima de todo eso, ¿Qué si Dash no me escribía de nuevo? Nunca mencionamos a Noelle o a Josh en nuestros e-mails. ¿Qué si sacarla a relucir ahora de alguna manera empañaba nuestras bromas? ¿Lo había traído al reino de lo real? Potencialmente, acababa de joderme más allá de toda reparación. Perdido a Josh y a Dash en un horrible y desgarrador día.

Cerré la computadora con un clic y traté de tragar contra mi garganta repentinamente seca.

—Tal vez deberíamos hablar de otra cosa, —dije, con mi voz hueca.

Sabine rió nerviosamente. —Sí. Es una buena idea.

Nos habíamos acercado peligrosamente al abismo. Ya era hora de retroceder.



CAPITULO 20

Traducido por: Sheilita Belicov
Corregido por: Sera

CUATRO HORAS



Esa noche me acosté en la cama, sin poder dormir, mirando al techo. Las imágenes seguían viniendo una y otra vez. Las piernas desnudas de Cheyenne. El pecho de Josh. Cheyenne subiendo encima de él. Las manos de él en su cuello. En sus hombros. Sus ojos cuando la acogió. Sus manos lentamente desabrochando su camisa. Su sujetador. Su tanga. Sus pantalones desabrochados...

Me di la vuelta, estando de cara a la almohada, y gemí. Las lágrimas oprimieron su salida sobre la funda de la almohada.

¿Cómo pudo él hacerme esto? ¿Cómo?

No podía respirar. Levanté mi cabeza y mi corazón se detuvo. Luces rojas y azules destellaban contra el cristal de la ventana. Un millón de imágenes retrospectivas del año pasado inundaron mi mente. Salté de la cama y empujé las cortinas.

Había una ambulancia moviéndose más allá del círculo de dormitorios de las chicas. Reparé en ella cuando pasó como una bala por el camino hacia el final. Hacia el segundo círculo. Hacia los dormitorios de los chicos. Sin sirena. Sin ruido. Sólo el grito silencioso de las luces.

Contuve la respiración y me aferré a las cortinas hasta que se perdió de vista. Luego abrí la ventana y escuché. Escuché el *pum* distante de puertas de coches cerrándose. El sonido de voces acarreadas por la noche despejada. Y luego, nada.

Miré el reloj. Cuatro horas hasta el desayuno. Cuatro horas de espera y de preguntarme qué diablos estaba pasando ahora.

CAPITULO 21

Traducido por: PaolaS
Corregido por: Estef

DULCE PEQUEÑA SABINE

Por la mañana yo estaba ansiosa por salir al mundo y averiguar qué había sucedido, pero tuve que esperar a Sabine. Teniendo en cuenta la noche que había tenido, yo no estaba en condiciones de recorrer el campus y hacer frente a todas las malas lenguas y ojos curiosos por mi cuenta. Se vistió lo más rápido que pudo, y estábamos saliendo de la sala cuando oímos chillar a Cheyenne. Se oyeron pasos fuertes, y dos segundos después estaba en la sala con una bata rosa, agarrando lo que parecía ser el hecho jirones, manchado, y reducido a restos, el conjunto pastel que Sabine había usado el día anterior.

—¿Qué es esto? —Gritó a Sabine, asaltándonos. Ella sacudió la ropa en sus puños.

—Oh, está bien. Traté de lavarlo ya que fuiste tan amable en dejarme pedirlos prestados, pero la máquina del campus se volvió loca y sólo lo rompió en pedazos, —dijo Sabine inocentemente.

Mi boca estaba abierta. Ella no lo hizo. No pudo. ¿La Dulce y Pequeña Sabine?

—La lavadora hizo esto, —dijo jocosamente Cheyenne. Ella desplegó la camisa y falda. Cada una estaba cortada en pequeñas tiras un poco como de indigente. Y las manchas en la camisa no eran sólo de jugo y huevos. No, había grandes marcas de negro por todas partes, como que la loca que lo llevaba había sido atropellada por un coche.

Sabine se encogió de hombros. —Es una vieja máquina.

—Y supongo que mis botas están masticadas como pulpa, también, —dijo Cheyenne, ceñuda.

—No, —dijo Sabina—. Ese fue el perro del conserje. El se arrastró en el cuarto de lavandería y sólo las tomó. No pude parar al perro una vez que metió los dientes en el cuero. Lo siento mucho. Te voy a pagar, por supuesto.

Aspiré una carcajada. —No creo que sea necesario, —le dije, poniendo el brazo sobre el hombro de Sabine—. Creo que las dos están a mano ahora mismo.

Me volví con Sabine alrededor, y juntas caminamos hacia la puerta. —Gracias por eso. Yo necesitaba una risa esta mañana, —dije—. Pero tengo que decir que yo no sabía que había en ti.

—Yo tampoco —dijo Sabine—. Pero supongo que ella sólo hizo que lo sacara fuera.

CAPITULO 22

Traducido por: PaolaS
Corregido por: Okimy Hathaway



NO FUI YO

Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso mientras caminaba a desayunar. En contra de mi plan, Sabine se había ido en el momento que golpeó la escalinata, necesitando conseguir unos papeles de su consejero, y me habían dejado sola. Vulnerable. Era el primer día frío del año y no estaba vestida para la ocasión. Ni siquiera me molesté en pensar en el tiempo. Me estremecí cuando una brisa paso, aferrándome a mis brazos desnudos. Miré alrededor buscando manifestaciones de dificultades, labios susurrando, cualquier indicación de lo que había sucedido la noche anterior. Pero todo parecía normal. Era Un soleado, feliz sábado en la Academia Easton.

—Reed!

Trey rápidamente se acercó a mí desde la dirección de Ketlar, su hermoso rostro estaba arrugado por la preocupación. Me detuve en seco. Esto no podía ser bueno.

—¿Estás bien? ¿Has oído hablar de Josh? —Me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

Se detuvo, confuso. —Josh. Lo llevaron al hospital anoche. ¿No te llamó Gage?

—No.

No, no, no.

—¿Qué pasó? —Espeté.

—Él tuvo una convulsión. Me desperté de repente y lo encontré a medio caerse de la cama, temblando como loco. Tuve que llamar al 911, —dijo Trey—. Lo siento. Gage se suponía que...

Se detuvo a mitad de la frase cuando un sedán negro -uno de los vehículos oficiales de Easton, que servía para traer a los estudiantes visitantes y a ex alumnos del aeropuerto- se deslizó por el camino y se detuvo entre los dormitorios. La puerta se abrió, y Josh salió muy despacio. Jeans rotos, el pelo desordenado, pero por lo demás intacto a la perfección. El alivio que me inundó sólo al verlo fue destruido rápidamente al segundo que me miró. En ese instante me acordé de la angustia de la noche anterior. Y no me importaba. No me importaba si estaba bien o no. Tenía que salir de allí. Me volví sobre mis talones y me marche hacia el comedor, dejando detrás de mí a Trey.

—Reed ¡Espera! —Josh gritó.

Yo aceleré.

—¡Reed, por favor! Tengo que hablar contigo.

Su mano cayó sobre mi hombro. Me di media vuelta, sacándolo con el antebrazo en un solo movimiento.

—¡Ay! ¡Maldita sea! —Se aferró a su brazo, se dejó caer, como si yo hubiera acabado de tomar toda su vida fuera de él.

—Terminamos de hablar, le dije a través de mis dientes. Dios, estaba pálido. Sus ojos estaban rojos e inyectados en sangre. Quería abrazarlo. Preguntarle lo que había sucedido. ¿Si había tenido miedo? Yo sólo quería besarlo y... Cachetearlo. No. darle un puñetazo. Justo en el intestino.

—Reed, tuve un ataque de anoche, —Josh me dijo, con tono suplicante.

—¿Y qué? ¿Quieres que te bese y hacerlo todo mejor? —Solté, asaltando de nuevo.

—¡No! ¡Eso no es lo que quise decir! —Josh dijo—. Por favor, Reed. Por favor, sólo no puedo dejar de... No puedo seguirte ahora mismo.

Había algo en su tono que me detuvo. Una cualidad patética que por alguna razón mi corazón no podía ignorar. Cuando volví a mirarlo, él estaba sentado en uno de los bancos de piedra. Lento. Con ternura. Como si todos los huesos de su cuerpo estuvieran heridos.

—¿Qué te pasa? —Le pregunté beligerante.

—Es la crisis, —dijo—. Todos mis músculos duelen. Creo que me acabo de matar a mí mismo corriendo para poder alcanzarte.

Él me dio una mueca/sonrisa que trajo lágrimas a mis ojos enojados. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Estaba realmente esperando conseguir un voto lástima que de alguna manera borrara lo que había hecho?

—Acerca de anoche, —dijo.

—No quiero hablar de eso, —le dije.

—Pues yo sí, —espetó.

Me espetó. A mí. Como que yo fui la que tuve a Cheyenne Martin arrastrándose por sobre mi cuerpo.

—Estaba drogado, Reed. Yo ni siquiera sabía qué diablos estaba haciendo, — dijo, las palabras salían en forma precipitada—. Yo estaba en el cementerio de arte y de pronto ella estaba allí y entonces estábamos allí y... Ni siquiera recuerdo la mitad de ello. Yo estaba completamente fuera de mí. Tienes que creerme. Yo nunca te haría eso. tú lo sabes. Yo Ni siquiera...

—Para, —, le dije. Los ojos me lloraba. Cada persona que pasaba por el patio nos miraba—. Deja de mentir.

—¡No estoy mintiendo! —Josh gritó—. Te estoy diciendo. Alguien puso algo en mi pastillero ayer. Siempre lo relleno al principio de la semana y ordeno las pastillas que necesito por día. Ayer tiré mis pastillas en mi mano y las palee en mi boca todas a la vez. Me has visto hacerlo un millón de veces, ¿Verdad?

¿Por qué sigo aquí parada? ¿Por qué?

—¿Verdad? —Preguntó de nuevo.

Me las arreglé para asentir.

—Bueno, justo antes de que llegaran a mi boca me di cuenta de algo. Esta pequeña píldora blanca con puntos azules por todas partes. No era una de mis pastillas. Pero ya era demasiado tarde, —dijo, con ojos suplicantes—. Me dije que sólo lo imaginaba, pero ahora sé que no lo hice. Tenía que ser una de esas drogas de violación o algo así. Es la única explicación.

—No es la única, —murmuré.

—¿Por qué habría tenido una convulsión anoche entonces? —Josh demandó—. Esas han estado bajo control durante años. La única vez que tengo una es si tomo algo extra o bebo demasiado o lo que sea. Si la química de mi cuerpo se desbalancea. Tiene perfecto sentido. Lo que sea que yo me tome... me tiró fuera lo suficiente como para darme un ataque.

Miré hacia abajo, a él. A sus ojos verdes de esperanza. A su tez pálida.

—Alguien me ha hecho esto, Reed. A nosotros, —dijo—. Yo nunca estaría dispuesto a hacerte daño. Eres todo para mí, ¿No entiendes eso? Todo.

Mis dientes estaban apretados juntos con tanta fuerza, que palpitaba. —Entonces, ¿Por qué tú le enviaste un mensaje de texto? —Dije en voz baja.

Josh parpadeó. —¿Qué?

—¿Por qué textaste a Cheyenne? ¡La invitaste allí, Josh! Tú dijiste que no podías esperar por ella más. ¡Que la necesitabas! —Le grité—. Si alguien se aprovecho de ti, ¿Cómo demonios lo explicas?

Unos pocos estudiantes de primer año que estaban caminando se detuvieron para mirar. Ni siquiera me importó. Que vean lo que pasa cuando dejas que te importe alguien. Voy a ser un cuento con moraleja. Algo bueno debe salir de mi vida basura.

—Reed, no tengo idea de qué estás hablando, —dijo Josh.

—¡Deja de mentir! —Prácticamente grité—. ¡Lo vi en su teléfono! Ella me lo mostró. Venía de tu celular. ¡Tú la invitaste allí!

—Yo no lo hice. No lo hice, —divagaba Josh, sacudiendo la cabeza.

Entrecerrando los ojos. Como si tratara de recordar. —Estábamos en una reunión de la comisión en Mitchell Hall para la cena de Driscoll. Cuando terminé me fui al cementerio. Ella me siguió allí. Ella me siguió...

—Por favor, para, —le dije, con lágrimas desbordando en mis mejillas—. No puedo estar aquí y escuchar esto.

Me di la vuelta, abrazándome a mí misma, y me alejé. Se puso de pie, pero hizo una mueca y no se movió.

—Reed, por favor no hagas esto. No era yo. Yo no sabía lo que estaba haciendo, —declaró él—. ¡Sabes! ¡Reed! ¡Tú sabes que te amo!

Mi corazón se rompió por la mitad. Hoy sus palabras se sentían como una cruel broma. Como una tortura. Él insistió en llamarme, pero yo no mire atrás. Yo nunca miraría hacia atrás.

* * * * *

Me senté con la espalda recta en la cama cuando la puerta principal de Billings se estrelló. Lo primero que noté fue que Sabine no estaba en su cama. Lo segundo fue la hora en el reloj: 1:04 am. Después oí la voz del señor White, helada en el vestíbulo. Sonando realmente cargada en una antigua casa, chirriante como ésta. Sobre todo cuando no había nadie tratando de ser callado.

—A la cama, —dijo—. Ahora.

—Mierda, —dije en voz baja, arrojando a un lado mis sábanas. Varias pisadas en la escalera me dijeron que Sabine no estaba sola. Cuando se abrió la puerta, Constance y Lorna estaban con ella. Sus cabezas estaban inclinadas.

—Qué demonios...

No tuve la oportunidad de terminar la frase.

—¿Qué diablos pasó? —Cheyenne aulló, precipitándose sólo con un camisón rosa corto. Ella estaba seguida por London, Vienna, Portia, Rose, Tiffany, Missy, y Astrid. Yo no había hablado con ella en todo el día y parte de mí quería agarrarla y empujarla derecho a salir de mi habitación.

—Nadie te ha invitado aquí, —escupí. Nadie siquiera me miró.

—Nos atraparon, —Constance nos dijo cuando ella se quitó la chaqueta.

—¿Qué? —Cheyenne susurro-chilló.

—Oh, esto es sólo brillante, —espetó Portia, tocando su diamante B—. ¡Yo sabía que esto iba a suceder!

—¿Atrapadas haciendo qué? —Exigí, con el corazón palpitante.

—Se suponía que debían estar robando una prueba, —explicó Portia.

—¿Fueron expulsadas? —Cheyenne exigió a las tres. Había esperanza obvia detrás de sus ojos.

—No, —dijo Sabine amargamente, sabiendo, que Cheyenne la quería fuera—. Nos agarraron afuera. Lorna dijo que estábamos dando un paseo de medianoche, y no pudieron demostrar lo contrario. Sólo estamos a prueba.

—Pensamiento rápido, Lorna, —dijo Tiffany, despertando una sonrisa rara, pero débil en Lorna.

—¿A prueba? —Preguntó Rose—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—El señor White dijo que si alguna de las tres da un solo paso fuera de la línea, nos vamos, —explicó Constance. Parecía como si su vida estaba parpadeando ante sus ojos.

—Increíble, —dijo Cheyenne, levantando las manos—. ¿Saben ustedes que en los ochenta y, más años que la Casa Billings ha estado funcionando, ni una sola persona ha quedado atrapada en esta tarea? ¡Es muy fácil!

Cállate, perra apuñala dota. ¡Cállate, cállate, cállate!

—Nunca me habrían atrapado, —olfateó Missy.

Me la quedé mirando. Cada centímetro de mi piel hormigueaba. Estaba de pie en medio de mi cuarto en un par de pantalones de pijama de seda y una camiseta sin mangas. Astrid, también estaba en calzoncillos. Kiki ni siquiera estaba allí, probablemente todavía durmiendo. Pero Constance, Sabine, y Lorna estaban vestidas de la cabeza a los pies de negro. —¿Por qué no te pillaron? Le pregunté.

—¿Disculpa? —Missy se rompió.

—¿Por qué no estuviste ahí fuera con ellas? —Pregunté, después miré a Cheyenne. Tomó un poco de esfuerzo hacer eso sin arcadas, pero me obligué—. Si todas las Chicas Billings han pasado esta tarea desde el principio del tiempo, ¿Por qué Missy, Astrid y Kiki no estaban tratando de pasarla?

Cheyenne se burló. —No podía enviar seis chicas a la vez caminando pesadamente por el campus, ¿No? —Dijo ella, tirando de su cabello—. Las otras iban a salir mañana por la noche. No es que ahora puedan, —añadió, echando una mirada de disgusto a las tres de negro—. Me alegro de que lo arruinaran para todas.

Sabine, Lorna, y Constance miraron a sus pies, como niñas de kinder que habían acabado de ser atrapadas asaltando el tarro de galletas. Esto era tan degradante. Tan humillante. Y no lo merecían.

Tú tienes el alto rango, pensé al oír la voz de Dash en mi cabeza.

—Muy bien. Eso es todo, —le dije—. Cheyenne. Afuera.

No había manera de evitarlo. Vivíamos en la misma casa. Ella estaba sistemáticamente torturando a mis amigas. Iba a tener que lidiar con ella. Pero si iba a tener que lidiar con ella, sería en mis términos.

—¿Qué? —Dijo bruscamente.

—Tú, yo, vamos.

—De ninguna manera. No, si vas a ir toda Million Dollar Baby²⁶ a mí otra vez, —dijo, palideciendo.

—Yo no te tocaré. Lo Juro, —le dije, de pie en la puerta—. Simplemente vamos a tener una pequeña charla.

Miró a sus amigas, como para asegurarse de que tendría refuerzos si la derribaba al suelo, luego se precipitó por mí por la puerta. Me encogí a su proximidad cuando imágenes de ella y Josh me asaltaron de nuevo. Tomando una respiración profunda, las hice a un lado y cerré la puerta. Me metí los puños cerrados debajo de los brazos y me volví a enfrentarme con Cheyenne. Ella dio un paso atrás instintivamente en el pasillo, hacia su habitación. Era todo lo que podía hacer para no reírme de su temblor.

—Esto termina ahora, —le dije.

Ella se echó a reír. En Voz alta. Probablemente aliviada de que yo no estaba directo-enganchada a su mandíbula. —Estás loca.

—No, creo que estoy realmente en mi sano juicio por primera vez durante todo el año, —le dije—. Tú vas a dejar a esas chicas, empezando ahora mismo, o yo voy a ver al director para decirle que tú estás

²⁶ Million Dollar Baby: Película de una muchacha que se convirtió en boxeadora. (N. del T.)

orquestando todo esto. Que todo esto es parte de esta hermandad que has creado por aquí y que el odia tanto.

Ella volvió a reír, hasta que vio el fuego en mis ojos. —Tú no lo harías.

—¿No lo haría? —Le pregunté—. Después de todo lo que me has hecho, ¿De verdad crees que dudaría un segundo en llevar a cabo esa amenaza?

Cheyenne me estudió. Casi pude oír los engranajes crujiendo en su cabeza.

—Le diría a todos que fuiste tú —dijo, levantando el mentón—. Todo el mundo en Billings sabría que ibas en contra de las tuyas.

—De alguna manera, después de anoche, no creo que me culpen.

—Oh, lo harían. Estas chicas son muy centradas en sí mismas, si no lo has notado. Van a empezar a preguntarse acerca de ti. Si tú puedes darme una puñalada trapera, ¿Quién sigue? —Cheyenne teorizo—. ¿Éstas perdedoras realmente importan más para ti que Billings no?

—No —le dije con firmeza—. Pero sí me importan más que tú. —Su quijada cayó ligeramente y sus mejillas se ruborizaron. ¿Cómo podría estar sorprendida por esto?, yo no tenía ni idea, pero di un paso más cerca de ella, detectando que la tenía justo donde yo quería—. Voy a tratar con el resto de la casa siempre y cuando llegue el momento. Pero estoy segura de que el director preferirá sacar una sola alborotadora solitaria de Billings que tener que cerrar el dormitorio entero y explicar eso, a las prestigiosas ex-alumnas Billings, ¿No te parece?

Sus ojos estaban muy abiertos. Yo nunca había visto antes sin habla a Cheyenne. —Sé lo mucho que amas este lugar, —le dije—. Sé cuánto te mataría tener que irte a vivir a Pemberly con los comuneros.

—No puedes.

—Oh, yo puedo. —Me sentía fuerte cuando yo la miraba hacia abajo. Certera. Yo tenía el alto rango. Yo estaba a cargo—. No me pongas a prueba, Cheyenne. Aprendí de las mejores.

Con eso, me di la vuelta y volví a mi habitación, cerrando la puerta en sus narices. Finalmente, había conseguido decir la última palabra.

CAPITULO 23

Traducido por: Aya001
Corregido por: Julia107

ADECUADO



Entre mi laboratorio de bio y la clase de química recibí un mensaje de texto de Rose diciéndome que fuera directamente de vuelta a Billings después del entrenamiento de fútbol para una reunión. Me había pasado todo el tiempo en el campo fallando pases, tiros largos, y cayéndome sola todo el tiempo, mi mente en otras cosas. En Josh. En Cheyenne. En su profunda destructora traición. Y en esta reunión. ¿De qué podría ser? No podía ser capaz de aventurar una posibilidad, pero considerando mi actual estado mental, sabía que no podía ser nada bueno.

—¿Qué tal lo llevas? —Me preguntó Astrid cuando bajábamos la colina de vuelta a los edificios del colegio.

Su pregunta hizo que apretara los puños. Ella era, después de todo, amiga del enemigo. ¿Por qué lo preguntaba? ¿Para poder contárselo a Cheyenne?

—Estoy bien, —dije secamente.

—Reed, no estoy de su parte, —dijo Astrid, parándose en seco.

Me llevó unos cuantos pasos más para pararme. Contuve la respiración, pero no tenía ni idea de que decir.

—Yo creo que es una auténtica bruja por lo que hizo, —me dijo Astrid, colocando su pelota de fútbol bajo su brazo—. Nosotras nunca fuimos verdaderas amigas, simplemente nos conocíamos a través de nuestras familias, y en este momento me siento bastante segura de que nunca lo seremos.

Mi corazón se sintió blando y cálido y desconfiado al mismo tiempo. —No sé qué decir.

—No te culpo por no confiar en mí, pero un día lo harás, —dijo Astrid, completamente imperturbable—. Tengo la costumbre de ganarme a la gente.

Me guiñó un ojo y me reí. —Está bien. Me parece justo.

Su teléfono móvil sonó y lo sacó de su bolso de lona y se quejó. —Cojones.

—¿Qué es? —Pregunté.

—Un mensaje de la mismísima Nazi. Dice que todas las novatas tienen que ir directamente a la biblioteca y esperar nuevas instrucciones. Jodido infierno. Yo estaba esperando una ducha.

Todos los pelos de mi cuello se erizaron. ¿Qué demonios estaba pasando? Era todo lo que podía hacer para evitar salir corriendo hacia Billings para enterarme, no quería que Astrid pensara que no

estaba enterada. Le acompañé hasta la bifurcación del camino, entonces aceleré el paso en mi camino hacia la casa.

Había un montón de cotorreo viniendo de la sala. Vasos tintineando, chicas riendo, sonidos generales de alegría. Caminé hacia la puerta y encontré hasta la última de mis compañeras de casa, menos las seis chicas nuevas, reunidas alrededor de una fuente de limonada, charlando. Acababa de entrar en un maratón de ricas.

—¡Reed! ¡Ahí estas! —Vienna me llamó. Rápidamente me sirvió un vaso de cristal lleno de limonada y se levantó para dármelo. Tiffany nos hizo una foto—. ¡Ahora podemos empezar!

Dejé caer mi bolsa de fútbol en el suelo. —Empezar con qué, ¿Exactamente?

—Planificar la ceremonia de iniciación, —dijo Rose.

—¡Yo me encargo de las invitaciones! —London trino alegremente, abanicándose con un catálogo de papelería.

—Yo pensaba que no teníamos invitación, —dije—. ¿Básicamente no lo había prohibido el director?— Como si eso importara ya, pero aun así. Alguien tenía que decirlo.

—Hay ciertas tradiciones que debemos mantener, —dijo Cheyenne, caminando alrededor del sofá y quedándose de pie frente a mí. Si le había intimidado la noche anterior, no lo estaba mostrando ahora. Era increíble cómo me bullía la sangre con sólo verla. Ella y su rostro satisfecho, remilgado. Todos los días, cada vez que ponía mis ojos sobre ella, todo en lo que podía pensar era en ella y Josh. ¿Estaban juntos ahora? ¿Una pareja? Él se había estado sentando exclusivamente en la mesa Ketlar, evitándonos a las dos como si fuéramos contagiosas, ¿Pero quién sabía si se estaban encontrando en secreto? ¿Quién sabía lo que habían hecho juntos? Ella había matado lo mejor que me había pasado en la vida. Me había robado a mi novio. Y ahora ahí estaba dándome sermones sobre algo tan ridículo como tradición.

—Eso está genial, Cheyenne, excepto cuando la mantener-la-tradición puede hacer que nos expulsen a todas, —dije finalmente. Unas cuantas chicas intercambiaron miradas, como si eso no se les hubiera ocurrido antes. Miré a Cheyenne por debajo de mi nariz, estirándome en toda mi altura. Tanto mejor recordarle cuanto miedo podía dar.

—Míremelos de este modo, Reed, —dijo Cheyenne, colocando las palmas de las manos juntas. Me miró con lastima, como si estuviera hablando con una anciana loca—. ¿Cómo te sentirías si te hubieras perdido la experiencia de tu iniciación en Billings porque algún director nuevo decidiera aleatoriamente tomar medidas en contra?

Ahí me había pillado. Por extraño y aterrador e inesperado como había sido mi invitación al principio, había sido también bastante guay. Había sido la primera vez en Easton que realmente me había sentido como si perteneciera a algún sitio. Como si fuera querida. Pero también estaba la pequeña cuestión de los votos. Del hecho de que algunas chicas no fueran técnicamente queridas en absoluto.

—Déjame preguntarte esto, —dije—. ¿A quién, exactamente, estamos iniciando?

—¡Todas ellas! —Anunció Rose felizmente.

—¿De verdad? —Me quedé helada.

—Todas lo hemos estado hablando antes de que llegaras y decidimos que tenías razón, —dijo Cheyenne, casi con una mirada agria en sus ojos—. No podemos luchar con el director en esto. Y no es como si fueran leprosas o algo. Todas ellas son... adecuadas.

—Y podemos trabajar en aquellas que no lo son, —añadió London.

¿Traducción? Yo había ganado. Cheyenne había visto en mis ojos la noche anterior que yo hablaba en serio. En realidad había intimidado a alguien en sumisión. Mi corazón se llenó de orgullo. Era todo lo que podía hacer para evitar hacer la danza feliz alrededor de ella como si fuera un sombrero. Quizás me había quitado a Josh, pero yo le había quitado su orgullo. Era una pequeña victoria.

—Y no podemos trabajar todo el año para ir en contra de las chicas. Tenemos otras cosas en las que concentrarnos. Solicitudes, eventos Sénior...

Me miró casi de una forma burlona, y sentí mi cara enrojecerse. Josh. Ella estaba pensando en Josh. Burlándose de mí sobre él.

Toma la carretera alta, Reed. No le arranques el pelo aún. Está concediéndote la guerra ahora mismo. Simplemente está intentando guardar las apariencias.

—Está bien. Me alegro de que hayas cedido, —le dije—. Pero no podemos dejar que se entere el director de esto.

—Bueno, obvio, —dijo Portia, poniendo sus grandes ojos marrones en blanco.

Me gustaría ver a Portia en una entrevista de trabajo. En serio. No es que ella vaya a tener alguna vez que pasar por una.

—Ahora, pongámonos a trabajar, —dijo Cheyenne—. Tenemos un gran evento que planificar y no mucho tiempo.

Por mucho que todavía quería estrangular a Cheyenne, no pude evitar sonreír mientras me unía al resto de las Chicas Billings. Había ganado. Billings iba a ser un sitio mejor gracias a mí. Había vencido a Cheyenne.

Como deseaba que Noelle pudiera verme ahora.

* * * * *

Tiffany se esforzó para alcanzarme mientras caminaba hacia clase después del almuerzo. Había estado hiper-consciente de Josh mirándome fijamente desde el otro lado de la cafetería, y necesitaba escapar lo más rápido posible. De ninguna manera quería otro encuentro dramático. Sólo quería que pasara. Que pasara y olvidarlo.

—¡Reed! ¡Reed, espera!

Era él. Apresuré el paso.

—Reed, necesitas tomar esto como un deporte Olímpico, —me dijo Tiffany, sin aliento a mi lado.

—¡Reed! ¡Por favor no hagas esto!

—Lo siento, Tiffany. Tengo que irme.

Empecé a correr. Sabía que parecía una loca, con mi pelo azotando el aire y con mi pesada bolsa golpeando contra mi costado, pero no me importaba. Estaba a medio camino de los escalones hacia el edificio de mi clase cuando me alcanzó. Agarrando mi jersey. Un par de estudiantes de segundo año que caminaban hacia el interior me miraron, alarmadas, y aparté la mirada.

—¿Qué es lo que quieres, Josh?

Cometí el error de mirarle. Dios, era tan guapo. Incluso más cuando no podía tenerle. No podía tocarle. No podía besarle. Se suponía que debía estar muerto para mí. ¿Cómo podía ser tan guapo?

—Tenemos que hablar de esto, —dijo él, exhalando para tomar aire. Sus ojos se veían desesperados. Suplicantes—. Esto no puede sólo terminar. No puede.

Mi corazón me estaba ahogando. Tenía que salir de aquí. —Pero lo está. Se ha terminado. Tienes que dejarme sola.

Nunca había visto a nadie tan destrozado. Quizás era todo verdad. Quizás había sido drogado.

Quizás no era su culpa...

No. No. No iba a ir por ahí. No iba a ser una idiota. Él me había roto el corazón. Nadie había tenido una segunda oportunidad de hacer eso. No de nuevo.

—Tengo que irme.

—Reed...

Tiffany nos alcanzó entonces, gracias a Dios. Colocó su brazo con el mío y le miró fijamente. —Nos vamos.

Eso era todo lo que necesitaba. Me giré y pasé empujando las puertas. Sólo había dado dos temblorosos pasos cuando una voz me detuvo.

—¿Rompiendo corazones de nuevo, Brennan?

Era Ivy Slade. De pie detrás de nosotros cerca de la puerta, delgados brazos cruzados sobre su delgado pecho. Divertida. Desafiante.

—¿Quién demonios te crees que eres? ¡Tú ni siquiera me conoces! —Solté, colocándome justo en su cara.

Ya estaba lo bastante caldeada del encuentro con Josh, estaba prácticamente agradecida con ella para darme una razón para explotar. Pero ella ni siquiera parpadeó.

—Oh, te conozco. Te conozco mejor de lo que posiblemente puedes imaginar.

Me tomó unos buenos cinco segundos para procesar algo de esto. Para cuando lo hice, Tiffany estaba intentado tirar de mí. —No le escuches, Reed. No merece la pena.

Pero no podía irme sin más ahora. —¿Qué quieres decir? —Le pregunté—. ¿Quién te ha hablado de mí? ¿Taylor? ¿Todavía estas en contacto con Taylor Bell?

Sus delgados labios se retorcieron en una mueca.

—¿Lo estás, no es así? ¿Dónde está ella? ¿Qué diablos pasó con ella? — Pregunté, sintiéndome salvaje y fuera de control ante su cara de completa calma—. ¿Qué te contó sobre mí?

—Clásico de Reed, —dijo ella—. Siempre tan llena de preguntas.

Vi rojo. No podía creer que esta chica estuviera de pie ahí hablándome así a mí. Hablando como si supiera algo de mí.

—¿Quién demonios eres tú? —Demandé.

Ella simplemente sonrió y paso alrededor de nosotras, andando despacio e inmutable por el pasillo.

Dándome la espalda como si fuera tan indigna de su tiempo.

—Zorra, —dijo Tiffany en voz baja.

Estaba temblando de la cabeza a los pies. —¿Qué ha pasado?—Le pregunté—. ¿Cuál es el problema de esa chica?

—Reed, respira, —me dijo Tiffany.

Lo hice. Tragué aire. No me había dado cuenta hasta hacia un momento que no lo había hecho durante un rato.

—Bien. Ahora escúchame, —dijo Tiffany, sus ojos marrones serios—. No malgastes un segundo de más pensando en Ivy Slade. Sólo está jugando contigo.

—¿Pero porque? —Pregunté.

—Porque es lo que hace, —dijo Tiffany, mirando hacia el pasillo tras la chica—. Es más o menos para lo que vive.

Ivy se detuvo en la puerta de una clase, sacudió su largo y negro pelo hacia atrás, y sonrió con conocimiento. Un escalofrío envolvió mis entrañas, y miedo se apoderó de mi corazón. Prácticamente me caí en el banco cerca de la pared.

—¿Reed? ¿Estás bien? —Preguntó Tiffany.

—Estoy-bien. Estoy-bien. Tan sólo han sido un par de intensos minutos —le dije.

—¿Debería ir a por la enfermera? ¿Necesitas agua? —Preguntó.

Debía verme realmente mal para merecer esa reacción. Me incliné hacia delante y puse mi cabeza entre las rodillas. Estaba bien. O lo estaría. Sólo tenía que dejar esta sensación pasar. Esta inquietantemente sensación familiar.

Esta sensación que no había sentido desde la última vez que miré en los ojos de Ariana Osgood.

CAPITULO 24

Traducido por: Virtxu
Corregido por: alice_vampire



SÓLO UN DORMITORIO

— ¿Qué te pasa? —Le pregunté a Sabine cuando ella me alcanzó en las escaleras de la biblioteca ese mismo día. El sol se sumergía por debajo del horizonte, y las lucecitas que se alineaban en los caminos de piedras titilaban, arrojando un resplandor cálido y acogedor. Era una hermosa noche de finales de verano. Yo, sin embargo, no podía esperar para entrar. Todos los días, cada vez que estaba a la intemperie. Me sentía como una gacela en el centro de un país de leones, siempre con miedo de que Josh estuviera a la vuelta de la esquina o que Ivy me encontrara de nuevo y abriera de forma sistemática parte de mi cerebro. Sabine, sin embargo, parecía aún más estresada de lo que yo me sentía.

—¿Es Cheyenne? ¿Qué hizo ahora?

—No. Sólo me acabo de enterar que tengo que escoger un deporte. —Ella hizo una mueca, como si la idea del esfuerzo físico fuera repugnante para ella.

—¿No juegas a nada? —Le pregunté, abriendo la puerta.

—No realmente —dijo—. Al tenis, un poco, pero eso es en primavera. Tengo que hacer algo ahora.

—¿Por qué no te unes al equipo de fútbol? —Le sugerí.

Ella soltó una carcajada. —Oh, ¿por qué no sé nada de fútbol y tengo miedo de las niñas con una gran sed de sangre?

Me eché a reír. —Agradable imagen. Pero no importa. Astrid está en el equipo y no tiene mucho de atleta. Siempre hay unos pocos que simplemente están en el banquillo. Tú podrías ser una de esas personas.

—Tal vez... —Su rostro se iluminó un poco—. Muy bien. Voy a pensar en ello. Gracias, Reed.

Sonreí mientras encontrábamos una mesa, con la cosa de Josh reducida momentáneamente a un dolor menor. Estaba tan contenta de que Sabine hubiera decidido venir a Easton de entre todas las escuelas de Nueva Inglaterra.

—¡Oh dios mío, chicas!

Constance estaba haciendo señas alrededor del montón, con el pelo rojo alborotado y los ojos brillantes, como algo lindo y muy de los dibujos animados de Disney.

—¡Mira lo que tengo! —Exclamó ella.

Se sentó a mi lado y deslizó una tarjeta marfil de su cuaderno. Sabine se echó hacia atrás cuando la vio, desinteresada, pero yo la recogí. Era de papel grueso y tenía unas pocas palabras impresas en ella en una escritura de remolino.

—¿Tu invitación parecía así? —Preguntó Constance sin aliento.

—En realidad mi invitación parecía un dormitorio medio vacío, ¿Recuerdas? —Le dije.

—Oh, sí. Verdad. Pero esto es así, ¿Verdad? ¿Iniciación? —Susurró, mirando a su alrededor—. ¿Vamos a tener nuestro diamante B ahí?

Le sonreí, contenta de que toda la incertidumbre y la angustia estuvieran a punto de finalizar para ella. —Supongo que tendrás que presentarte y verlo —dije con una sonrisa cómplice.

Constance se rió sin control y deslizó la invitación lejos. Al otro lado de la mesa, Sabine suspiró.

—¿Qué te pasa? —Pregunté, una sospecha repentina se me ocurrió—. Conseguiste una, ¿No?

—Sí. Pero no lo entiendo —dijo con petulancia—. Yo no pedí estar en ninguna hermandad. Esto es sólo un dormitorio. Un lugar para vivir. Un lugar en el que ellos me pusieron. Y ahora tengo que pasar por todas estas pruebas y rituales, sólo para ser aceptada en la casa a la que fui enviada. No parece justo.

Constance y yo intercambiamos una mirada. —¿No quieres estar en Billings? —Preguntó Constance, estupefacta.

Sabine se encogió de hombros, y sentí una extraña punzada. Esa irritación por haber sido rechazada. ¿Cómo podría alguien no querer estar en Billings?

Pero entonces, Sabine era una extraña. No había tenido la superioridad de Billings perforada en su casa desde el primer día en que estuvo allí. Nunca había conocido a Noelle, Ariana, Kiran, y Taylor. Nunca había visto cómo de seductoras y frías podían ser las Chicas Billings realmente. Ella acababa de tener una demostración a través de la puerta ante los pies de calidad inferior como los de Cheyenne y Portia y había sido torturada o humillada públicamente todos los días desde entonces. ¿Por qué habría de admirarlas a ellas, a nosotras? Para ella sólo éramos un grupo de chicas al azar obligándola a hacer mierda al azar para nuestra aprobación.

—Sabine, si no quieres hacerlo, no tienes que hacerlo —le dije, sintiéndolo casi como un sacrilegio, pero seguí adelante—. Estoy segura que puedes conseguir una transferencia. Hay otras habitaciones en el campus.

A pesar de que odio, odio, odio ver a Cheyenne ganar.

—Sí, pero entonces... —Ella apartó la mirada y jugueteó con su pluma, como avergonzada por lo que ella iba a decir.

—Pero entonces, ¿Qué? —Solicitó Constance.

—Pero entonces no compartiría habitación contigo —dijo, mirándome.

Ahora sentí un verdadero remordimiento.

—¡Aw! —Trinó Constanza, dándonos a ambas un pequeño puchero—. Yo estuve igual el año pasado cuando ella me dejó. Ella es como la mejor compañera de cuarto.

Me eché a reír y sacudí la cabeza. Eran ridículas, pero no obstante me encantaban.

—No te preocupes, Sabine. Va a mejorar. Después de esta noche, va a ser mucho mejor. Te lo prometo.

Sabine asintió con la cabeza, pareciendo reconfortada. Yo sólo esperaba que mi promesa no resultara ser falsa.

CAPITULO 25

Traducido por: Virtxu
Corregido por: Sera


NUEVO RITUAL

Estaba de pie entre Vienna y Rose esa noche, vestida con una falda básica negra y una camiseta negra con cuello de ballet, con el pelo retirado de la cara. Rose llevaba un sencillo vestido negro, pero Vienna estaba, como siempre, reventando la parte superior de un vestido sin tirantes negro que bien podría haber sido una funda de almohada en una vida anterior. A nuestro alrededor, el resto de las Chicas Billings estaban reunidas en un semicírculo, con nuestras estrechas velas negras titilando frente a nosotras. Todas, excepto Cheyenne, que había tomado la posición de Noelle enfrente de nosotras. Su rostro parecía estar situado en una sonrisa permanente.

Oímos pasos en la parte superior de la escalera. Mi pulso comenzó a correr.

—Aquí vamos —dijo Rose en voz baja.

—¡Shhh! —La amonestó Cheyenne.

Rose rodó los ojos.

Por último, London apareció por la escalinata, con un vestido un poco más modesto que él de su homóloga Ciudad Gemela. Siempre muy lentamente, condujo a las seis nuevas Chicas Billings por las escaleras y el vestíbulo. Les habían vendado los ojos y se habían cogido de la mano en una fila. Todas de blanco, parecían una serie de muñecas de papel recién cortadas.

Cuando London las dejó, todas tropezaron unas con otras, e incluso me costó mucho no reírme. London se puso junto a Vienna. La cabeza de Constance se movió nerviosamente alrededor, y yo estaba tan eufórica por ella. En pocos minutos toda su incertidumbre habría terminado. Yo no podía esperar.

—Señoritas. Quítense las vendas de los ojos —ordenó Cheyenne, bajando la voz a lo que se suponía que era un tono imperioso. Sonaba más aguda que intimidante.

Las chicas se arrancaron las vendas blancas. Mirando a su alrededor, confusas y parpadeando. Los ojos de Constance se posaron en las cajas de joyería que estaban en la repisa de la chimenea y la vi morderse el labio para no sonreír.

—Bienvenido, todo el mundo, a esta, la Ceremonia de Iniciación número ochenta y cinco de la Casa Billings —dijo Cheyenne—. Den un paso hacia delante cuando diga su nombre.

Mi vela calentaba mi cara cuando una persona en la fila maldijo en voz baja, quemada por la cera caliente. Era increíble ver el ritual de este lado. Me había parecido tan espeluznante e importante el año pasado. Todas esas chicas tan etéreas e intocables. Ahora sabía que eran sólo un montón de chicas que estaban haciendo hincapié sobre sus deberes, haciendo su parte, y esperando por el champán escondido en la habitación de al lado.

—Un paso adelante, Astrid Chou —dijo Cheyenne.

Astrid dio un paso. Cheyenne le entregó una vela apagada, Astrid se inclinó hacia Cheyenne para aceptar la llama.

—¿Señoritas de la Casa e Billings, recibimos a Astrid Chou en nuestro círculo? —Preguntó Cheyenne.

—¡Bienvenida, Astrid, a nuestro círculo! —Coreamos.

Todas nosotras habíamos pasado antes por la ceremonia, pero de alguna manera, todavía sonaba diferente para mí. A diferencia de mi iniciación. Pero entonces, mucho de esto era diferente. Yo había estado sola. No había estado con los ojos vendados y vestida de blanco. Había sido una sustitución de última hora. Y para ser honestos, los detalles de esa intensa jornada eran todavía muy turbios.

Astrid sonrió mientras Portia cogía una caja de joyería del montón y la abría para revelar la B con diamantes en su interior. Astrid sonrió y tomó la caja con la mano libre. Cheyenne le tocó el hombro, llevándola hacia el final del semicírculo. Ahora estaba a nuestro lado de la habitación. Una de nosotras.

—Paso adelante, Melissa Thurber —dijo Cheyenne.

La nariz de Missy estaba tan alta en el aire, que probablemente podía oler el desayuno de mañana por la mañana. Llevamos a cabo el ritual de nuevo.

—¿Señoritas de la Casa Billings, recibimos a Melissa Thurber en nuestro círculo?

—¡Bienvenida, Melissa, a nuestro círculo!

No lo había dicho en voy muy alta esta vez.

Missy recibió su collar y se puso junto a Astrid. Iniciamos a Kiki, que llevaba su uniforme de tenis de Easton -probablemente la única pieza de ropa blanca que poseía- y luego fue el turno de Sabine.

—Un paso adelante, Sabine Dulac —dijo Cheyenne.

La llama de su vela parpadeaba. Bailando entre las sombras podría haber jurado que vi un brillo travieso en sus ojos. Mi corazón dio un vuelco, pero me dije que estaba imaginando cosas. Tenía que estar imaginando cosas.

—¿Señoritas de la Casa Billings, recibimos a Sabine Dulac en nuestro círculo? —preguntó Cheyenne, mirando por encima de nosotras.

—¡Bienvenida, Sabine, a nuestro círculo!

Todo el oxígeno fue succionado fuera de la habitación. Rose, Tiffany, London, y yo fuimos las únicas que habíamos hablado. El vestíbulo estaba en un silencio tan sepulcral, que se podía oír el siseo de las llamas de las velas. La piel de Sabine se había vuelto de cera en la penumbra.

—¡London! —dijo Vienna, entre dientes.

—¡Lo siento! Me olvidé —dijo London en voz baja.

Abrí la boca para hablar, pero un movimiento brusco de Portia me sobresaltó. Ella cogió una caja de la repisa de la chimenea, la abrió y se la entregó a Sabine. La mano de Sabine tembló al llegar a ella. No había nada dentro.

—¡Un paso adelante, Constanza Talbot! —dijo Cheyenne, pasando por alto las cosas.
—Espera —me oí decir.

Esto estaba mal. Esto era un error. Constance parecía petrificada mientras permanecía de pie junto a Sabine. Petrificada, pero todavía tenía esperanzas de algún modo. Pensé que Cheyenne se había hundido. Pensé que mi amenaza había funcionado. Pero esto...

—¿Señoritas de la Casa de Billings, recibimos a Constance Talbot en nuestro círculo? —Cheyenne preguntó.

Muerto. Silencio.

—¡Bienvenida, Constance, a nuestro círculo! —Dije en voz alta.

Constance recibió su caja vacía.

—Un paso adelante, Lorna Gross.

Lorna no se movió. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante. Ella ya estaba sollozando. Eso fue todo. Nunca en mi vida había visto algo tan cruel. Y no pude evitar pensar que esto era culpa mía. Que había sido muy ingenua como para creer que mi táctica había funcionado en Cheyenne. ¿En qué había estado pensando? Ella era la única persona que había visto nunca lograr una victoria sobre Noelle Lange. Sólo ocurrido una sola vez, pero había sucedido. ¿Cómo podía pensar que yo era mejor que eso?

—¡Para esto! —Le grité.

Salí de la fila y me enfrenté a Cheyenne, temblando por la rabia apenas contenida. —Reed. Vuelve a la fila —ordenó Cheyenne.

—Perra incontrolable —le dije, con mi mandíbula apretada—. No las puedes hacer esto a ellas.

—¡Reed! Estás interrumpiendo un antiguo ritual —Cheyenne levantó la mano contra su pecho, fingiendo shock.

—¡A la mierda tu ritual! —Le grité. Apagué mi vela y la arrojé a sus pies, donde se partió en dos—. ¡Este no es el lugar en el que tus preciosas hermanas fundadoras quisieran haber estado!

—Oh, por favor. Como si tú supieras algo sobre Billings y su historia —escupió Cheyenne—. Mi abuela estuvo en Billings. Mi madre. Todos sus amigos. Y si supieran cómo tú y nuestro nuevo director tratan de corromperlo, estarían horrorizadas.

—Creo que estarían horrorizadas de ti —le repliqué.

—Eso es todo. Ya he terminado de jugar de forma agradable contigo —dijo Cheyenne, dando un paso adelante hacia mí—. No perteneces a este lugar, Reed. No más que cualquiera de estas perdedoras lo hacen.

—¿Qué? —Dije bruscamente.

—Tú lo sabes. Todos lo sabemos. Nadie de aquí votó tu entrada. Eras el proyecto favorito de Ariana. Ella puso sobre nuestras cabezas la expulsión de Leanne y tu entrada, pero ¿Adivina qué? Ariana, la psicótica que resultó ser, se ha ido. Y nadie te quiere aquí.

La miré fijamente, incapaz de encontrar las palabras a través de mi furia. —Estás equivocada.

—¿Lo estoy?

Ella lo estaba. Tenía que estarlo. Y, sin embargo, nadie vino en mi defensa. Miré a los ojos de Cheyenne, desafiante, sólo deseando que alguien, cualquier persona, diera la cara por mí. Nadie lo hizo. Bueno, a la mierda ellas. Claro, que tal vez todas habían pasado por todas las tareas de novatadas y ridículas tareas y pruebas, aunque yo casi había muerto por estar aquí. Ni un alma en esa habitación podía afirmar eso. Yo era más Chica Billings que cualquiera de ellas.

—Uh, ¿Reed? —Dijo Rose—. ¿Cheyenne?

—¿Qué? —Espetamos ambas.

Nos dimos vuelta para mirarla, y nuestra boca se abrió al unísono. De repente supe por qué ni siquiera mis mejores aliadas habían hablado. De pie en la puerta abierta estaba el director Cromwell, seguido por el Sr. White, y nuestra ama de llaves la señora Lattimer, que apretaba el cuello alto de su blusa. El director miró a su alrededor, viendo las velas, la ropa de color negro y blanco, las vendas desechadas, y puso su rostro en una máscara lúgubre.

—Bueno —dijo finalmente—. Esto es muy decepcionante.



CAPITULO 26

Traducido por: Virtxu
Corregido por: Estef


CABECILLA

El Director Cromwell y yo nos miramos el uno al otro a través de su amplio escritorio. Un fuego crepitaba en la enorme chimenea de piedra detrás de mí, calentando mi espalda hasta el punto de salirme ampollas. Ya pasaban de las doce de la noche. Él y el señor White ya habían interrogado a mis otras hermanas Billings. Cada una de ellas me había pasado en la sala de espera, con la cabeza gacha, sin hacer contacto visual. Ninguna de ellas me había mirado a mí o a Cheyenne, quien aún estaba en el otro lado de esta espesa puerta de madera. Esperando.

Si él me iba a expulsar, deseaba que lo hiciera ya. La piel de mi cuello iba a estar permanentemente desfigurada para ese momento.

El director se movió en su asiento, echándose hacia atrás y colocando un dedo en su mejilla mientras me estudiaba. Si él estaba esperando a que me rompiera y empezara a lloriquear, no tenía ni idea de con quién estaba tratando. Mi estómago estaba plegado una y otra vez sobre sí mismo como una obra compleja de origami, y tenía que hacer pis. Mi sudaban las manos. La cabeza me latía con fuerza. Mis ojos estaban secos. Pero nada de eso importaba. Yo ya había leído todos los títulos en los 334 tomos detrás de su escritorio, y podría hacerlo de nuevo. Los tenía en orden alfabético por autor, debido al hombre con el OCD²⁷ que él era. Perfectamente en orden. Al igual que el resto de su oficina. Toda con ángulos rectos, cristales relucientes y madera recién abrigantada.

Detrás de mí, el Sr. White se aclaró la garganta. El director levantó la vista. Se ajustó de nuevo a su posición original. Las manos entrelazadas sobre el escritorio. Expresión severa.

—¿Qué estaba pasando en la Asamblea de Billings esta noche, señorita Brennan? —preguntó en una imperiosa voz.

Sonreí. —Ha hablado ya con catorce de mis amigas. Creo que ya lo sabe.

Sus cejas se arquearon. Uy. ¿Demasiado descarada? Pero los dos sabíamos que esto era una broma. Alguien se había desmoronado, evidentemente antes de que yo entrara a través de su puerta. Constance, en definitiva, nunca podría haber manejado esto. Así que ¿por qué continuaba aún con esta farsa?

—Me gustaría escucharlo de usted —dijo.

—No tengo nada que decir —le dije.

Él dejó escapar un suspiro. —Mire, señorita Brennan, yo no estoy aquí para causarle problemas. Sé su historia. He leído su expediente. Me cuesta creer que un estudiante becado por el centro de Pensilvania sea el cabecilla de esta pequeña hermandad suya. Todo lo que quiero saber es quién es ese líder. Dígamelo, y entonces podrá irse.

²⁷ Obsessive Cumpulsive Dissorder: Desorden obsesivo compulsivo. (N. del T.)

Casi me atragantó con una carcajada. ¿Estaba realmente jugando al poli-bueno conmigo? Y aún más ridículo, ¿realmente me estaba diciendo que todo lo que tenía que hacer era denunciar a la muchacha que yo quería ver arrancada de esta institución y estaría fuera de esto? Era casi demasiado perfecto.

—Yo sé quién es, señorita Brennan. Usted sabe quién es —me dijo—. Pero necesito a alguien que documente la información si quiero hacer algo al respecto.

Por lo tanto, dependía de mí. Nadie más se había dado por vencido. Eso era lo que me estaba diciendo. Impactante. Por último, había llegado hasta mí y Cheyenne. Yo podría poner fin a esto, aquí mismo, ahora mismo. Podría deshacerme de la chica que me había robado al amor de mi vida. Haciendo que ella y Josh no volvieran a verse otra vez. Bueno, quizá no para siempre, pero al menos no todos los días. Poner distancia entre el uno y el otro. Oh, cómo me encantaría quitarle toda posibilidad a Cheyenne de poder estar con él de nuevo.

Pero cuanto más pensaba en ello, una manta de frío descendió sobre mis hombros. Por mucho que la odiara, tan horrible como ella había sido, tan fácil como ella me había engañado, ahora que me enfrentaba a la elección, sabía que no podía ser la que denunciara a Cheyenne. Hacer eso sería prueba de su punto sobre mí. Estaría demostrándola que yo no era una verdadera Chica Billings. Que no entendía lo que eso significaba. Tal vez no estaba de acuerdo con las opiniones que Cheyenne tenía sobre lo que significaba ser una Billings, pero sí sabía una cosa. Las Chicas Billings se protegen entre sí. Incluso cuando no querían hacerlo. Yo había aprendido eso de Noelle. Entre tantas otras cosas. La única razón para volverme contra Cheyenne ahora sería para protegerme, y tenía la sensación de que yo no iba a ir a ninguna parte. Mientras nos mantuviéramos juntas, el director no podía hacer nada. No había manera de que pudiera expulsar a dieciséis de nosotras sin una reacción negativa como ninguna otra, de los antiguos alumnos y de la prensa.

—Por lo tanto, señorita Brennan. ¿Qué va a hacer? —me preguntó el director, mirando muy seguro de sí mismo—. ¿Va a decirme de quién fue la idea de tener esa iniciación?

Me senté con la espalda recta, mirando a sus ojos muertos, y sonreí. Su expresión de seguridad falló. Deseaba que Cheyenne estuviera aquí para presenciar esto.

—Director Cromwell —le dije—. No tengo ni idea de qué me está hablando.

* * * * *

Cuando volví a Billings, todas estaban reunidas en la sala. Todas, excepto Cheyenne, que había sido llamada al despacho del director, después de mí. Rose y Portia se pusieron de pie cuando entré. Los ojos Portia se lanzaron detrás de mí.

—¿Dónde está Cheyenne? —Preguntó.

—Aún ahí.

Estaba agotada de repente. Me acerqué al saliente de la ventana y me senté, mirando fijamente al oscuro patio. Había demasiados pensamientos. Era imposible enfocarme. ¿Qué había hecho? ¿Había pasado realmente de mi oportunidad de librarme de Cheyenne? ¿Iba realmente a tener que vivir con todo ese odio por el resto del año?

Sentí que una mano tocaba mi hombro y levanté la vista. Era Rose.

—Sólo quería ver si estás bien —dijo—. Después de todo lo que dijo antes Cheyenne...

Mi corazón se sentía vacío. —Gracias. Estoy bien.

Detrás de ella el resto de las chicas comenzaron a murmurar entre ellas. Constance, Sabine, Astrid, Kiki, y Lorna estaban reunidas en una esquina, hablando con urgencia. Missy estaba sola, mirando fijamente a la chimenea a oscuras.

—No es cierto, ya sabes. Lo que ella dijo —me dijo Rose, sentándose frente a mí en el saliente de la ventana—. Bueno, parte de ello lo es. No te votamos de manera normal. Pero se equivocó cuando dijo que nadie te quiere allí. Todas te queremos.

Me tuve que reír. Incliné mi cabeza en el frío cristal y miré hacia afuera. —Sí, claro.

—Hablo en serio —me dijo Rose—. Después de todo lo que pasó el año pasado, sólo el hecho de que volvieras para el semestre de primavera... Bueno, todo el mundo estaba impresionado. Es decir, ninguna de nosotras podría haber sido tan valiente. Sabes que les gustas a todas. Nos divertimos mucho la primavera pasada. Los viajes de spa, ese fin de semana de compras locas en Boston, La fiesta de Vienna de los dulces-dieciséis.

Sonreí, recordando cómo Viena había estado tan colgada, que había decidido tratar de revivir su rutina de barra de equilibrio de su breve flirteo en la infancia con la gimnasia. El problema era que había tratado de hacerlo en la barandilla del yate de su padre mientras estábamos en el mar. Gage le había cogido unos segundos antes de caer, luego hizo que todo el mundo le llamara "mi Salvador" toda la noche. Porque, en su opinión, su gran logro fue salvar la fiesta para todos nosotros. No salvar la vida de Vienna.

—Es simplemente Cheyenne —me dijo Rose—. Por alguna razón, ella ha tenido problemas contigo desde el primer día.

—Creo que ambas sabemos la razón. Nunca ha pensado que un estudiante becado con un vestuario Gap y un corte de pelo de veinte dólares perteneciera a Billings —dije, recordando aquel día en mi novatada que Cheyenne se había referido a mi origen de clase trabajadora y había aplastado su colorete en su alfombra para que yo lo limpiara. De alguna manera, entre entonces y ahora, me había permitido a mí misma olvidar eso. Había disfrutado de su compañía, incluso el año pasado. Locura temporal.

—¿Veinte dólares? ¿En serio? —Dijo Rose, mirando horrorizada por un momento. Luego recordó y saludó con la mano—. Quiero decir, no puedes decirlo en verdad.

—Gracias, Rose —le dije con una sonrisa.

—¡No hay problema! —gorjeó Rose—. ¿Así que estamos bien?

No tuve la oportunidad de responder. La puerta principal de Billings se abrió. Cheyenne entró a la casa, con pasos rígidos, los ojos rojos. Parecía como si le acabaran de decir que le quedaban solo dos semanas de vida.

—¿Qué pasó? —Preguntó Rose, poniéndose de pie.

—Estoy fuera —dijo Cheyenne. Ella miraba fijamente hacia delante, sin encontrarse con los ojos de nadie—. Estoy expulsada.

El aire fue succionado fuertemente de mis pulmones. No me podía mover. No tenía idea de qué pensar.

—¡Pero no hiciste nada! —Dijo Portia—. Por lo menos, nada que no hayamos hecho hasta ahora. ¿Se lo dijiste...?

—No les importa —dijo Cheyenne, levantando los ojos por primera vez—. Ni siquiera quisieron oírlo. Tengo esta noche para empacar mis cosas, y mañana me iré.

Se dio la vuelta y salió tambaleándose. Portia saltó por encima de las piernas de Tiffany y se apresuró a seguirla. Nadie se movió. Miré a Sabine, temblando. Sabine me devolvió la mirada. Todo había terminado. Cheyenne había conseguido ser expulsada. Y nosotras no habíamos hecho nada.



CAPITULO 27

Traducido por: Dani
Corregido por: Okimy Hathaway

EL CASTIGO JUSTO A LA MEDIDA DEL CRIMEN

Dos segundos más tarde nadie se había recuperado lo suficiente para moverse, y una vez más la puerta principal de Billings se abrió. Nuestros ojos recorrieron por todas partes, como si nuestra fortaleza estuviera siendo invadida y nadie supiera donde estaban las armas. El Director Cromwell caminó directamente hacia el salón con la Sra. Naylor, de todas las personas, sobre sus talones. Estábamos en medio de la noche y estaba completamente vestida en un apropiado traje gris y berenjena, con sus aguados ojos densamente delineados como siempre.

—Todas siéntense por favor, —ordenó el Director.

Lo hicimos. Las catorce. Me preguntaba si él notaría la ausencia de Portia, pero no me importaba demasiado. ¿Por qué ahora? Mi corazón no iba a ser capaz de tener más momentos como este. No había aire en la habitación. Mi pulso era superficial y rápido. A mi izquierda, Sabine estaban tan tensa, que un ruido fuerte la habría mandado directamente hacia el techo. A mi derecha, Constance parecía verde. Las manos de Tiffany estaban dobladas sobre su regazo. Su cámara, por una vez, no estaba en ninguna parte a la vista.

El Director aclaró su garganta. —Señoritas, creo que ya saben cuan seriamente decepcionado estoy, así que no voy a repetir eso ahora, —empezó Cromwell—. Todas deberían saber que Cheyenne Martin ha sido expulsada y he despedido a la Sra. Lattimer.

Jadeos por todas partes. Incluso yo no podía creer eso.

—Me di cuenta de que ella ha estado con la escuela por una cantidad de años, pero claramente era incapaz de controlarlas, así que se tuvo que ir.

—O mi dios, —dijo Vienna bajo su aliento.

Sabía lo que ella estaba pensando. Lattimer pudo haber sido altanera y estirada, pero también había estado en nuestro bolsillo. No se había dado por aludida en varias ocasiones, no sólo este año, sino los últimos años también. Siempre había estado en conocimiento de que Noelle deslizaba su dinero o zapatos o lo que sea que ella quisiera en orden para comprar su colaboración. Si ella se había ido...

—La Sra. Naylor se ha ofrecido amablemente para tomar el lugar de la Sra. Lattimer, —continuó el Director.

La Sra. Naylor levantó su cabeza. Su papada nadaba hacia adelante y hacia atrás debajo de su barbilla mientras miraba hacia nosotras. Constance agarró mi mano, probablemente para evitar estremecerse.

—La Sra. Naylor estará escribiendo reportes diarios sobre lo que pasa dentro de Billings, —continuó el Director—. Reportes que leeré cada noche. Cuando una de ustedes estornude, yo sabré sobre eso. Si hay tanto como una palabra poco amable entre ustedes, sabré sobre eso. Así que les sugiero que comiencen a pensar seriamente sobre cómo se van a comportar de ahora en adelante. Sra. Naylor, tiene la palabra.

El Director se hizo a un lado, y la Sra. Naylor anduvo a zancadas de aquí para allá en frente de la ventana delantera, observándonos como si fuéramos las nuevas reclutas de su ejército personal del dolor. Sus zapatos ortopédicos habían sido lustrados hasta que brillaban, chirriando y chirriando mientras caminaba.

—Muchas de ustedes me conocen, —comenzó—. Algunas de ustedes no. Para aquellas que no lo hacen, tengan la seguridad de que llegarán a conocerme. Bueno. Ustedes y yo estaremos pasando mucho tiempo juntas. Esta escuela es una respetable institución de aprendizaje. Sus habitaciones son para dormir y para estudiar. No para socializar. No para divertirse. Tan preocupada como estoy, ustedes y sus predecesoras han hecho bastante para manchar el buen nombre de la Academia Easton durante los últimos años. Todo eso termina conmigo.

Eché un vistazo hacia London y Vienna, quienes lucían como si les hubieran quitado sus American Express negras. La desesperación en el aire era palpable.

Cuando el castigo llegó, tuve que admitirlo, este era creativo. Cromwell no nos expulsó, pero para la mayoría de mis compañeras de casa, esto era aún peor. Si hubieran sido expulsadas, todavía podrían haberse cambiado a una de las muchas otras elegantes escuelas privadas y continuado divirtiéndose como las celebutantes²⁸ que eran. Pero con la Sra. Naylor respirando bajo nuestros cuellos, la fiesta había terminado. La vida en la Casa Billings nunca sería la misma.

* * * * *

La puerta de la habitación de Cheyenne estaba abierta. No sabía que me llevó ahí, pero mientras todas las demás seguían la orden de la Sra. Naylor de irse directamente a la cama, fui hacia el umbral de la puerta de Cheyenne. Me quedé sin aliento, sabiendo lo que esto debía estar haciéndole. Ella amaba este lugar. No solo la Casa Billings, sino también Easton. Este era su último año. Y así como así, todo se había terminado.

Encontré a Cheyenne sentada en el borde de su cama impecable-como-un-alfiler, con las rodillas juntas, los pies separados, dejando caer su postura. Simplemente mirando. Sus ojos volaron hacia mí.

²⁸ Celebutantes: Mezcla de celebridad y debutantes. (N. del T.)

—¿Vienes a regodearte? —Preguntó.

—No, —dije automáticamente.

—¿Por qué no? ¿No era lo que tú querías? —Preguntó, levantando sus palmas cuando se levantó—. ¿No es esto para lo que has estado trabajando todo el año?

Parpadeé. —¿Trabajando para esto? Tú eras la única que estuvo tratando de conseguir que echaran personas. Sólo las estaba defendiendo.

—Oh, por favor. ¡Ambas sabemos que todo esto es tu culpa! —Soltó—. No me insultes fingiendo otras cosas.

Tomé unos pasos dentro de la habitación. —¿Mi culpa? ¿De qué estás hablando?

—Sé que eres la que le dio información a Cromwell sobre la iniciación, —dijo Cheyenne, poniéndose de pie—. ¿Quién más podría haber sabido para conducirlo a su ridícula redada esta noche?

—¿Le di información? ¿Por qué le daría información? —Pregunté, totalmente desconcertada.

—Obviamente descubriste que no tenía intención de iniciar a tu pequeño destacamento de perdedoras, entonces decidiste arruinar todo, —dijo inesperadamente Cheyenne.

—Bueno, primero que todo, Srta. Memoria Selectiva, —empecé—. No tenía idea de que estaban planeando condenarlas al ostracismo. ¿No recuerdas lo sorprendida que estaba?

Odiaba admitir mi ingenuidad, pero era la verdad. Y si eso conseguiría hacer retroceder a su yo sicópata, entonces que así fuera.

—Entonces eres una buena actriz. Excelente para ti, —dijo Cheyenne.

—¿Excelente para mí? ¿De dónde consigues esas cosas? —Pregunté.

—Todo lo que sé es, que una verdadera Chica Billings nunca habría ido en contra de sus hermanas de esa manera, —dijo Cheyenne, caminando lentamente hacia mí—. Esta es una casa de elite, Reed. Pero tú no entiendes eso, ¿No es así? No entiendes que nuestras vidas son diferentes a la tuya. Eso las hará siempre diferentes. Que nuestros lazos están formados de algo mucho más profundos de lo que jamás podrías esperar comprender.

—¿Sobre qué? ¿Sobre dinero? ¿Sobre privilegios? ¿Sobre la tarjeta de crédito de Papi? —Repliqué—. Oh, sí. Eso es profundo.

Cheyenne sorbió por su nariz, mirándome de arriba hacia abajo. —¿Ves? Acabas de demostrarlo. No perteneces a nuestro mundo. No tienes idea de lo que conlleva estar en Billings.

Cruzó los brazos sobre su pecho y su diamante B se movió por sobre su escote. Esa baratija ridícula. Su manera superior de separarnos de la multitud. Dios, desearía que pudiera haberme visto en esa oficina esta noche. Alguien más había la había entregado, sí. Era la única explicación para su expulsión. ¿Constance? ¿Sabine? No tenía idea. Pero aún

Cromwell no podía ponerla de patitas a la calle sin el testimonio de alguien. Pero no había sido el mío. Oh, cuánto deseaba poder decirle que no había sido el mío.

Pero sabía sin reservas que si la situación hubiera sido al revés, Cheyenne me habría abandonado sin mucho más que un parpadeo. No iba a quedarme aquí y defenderme. No iba a dejar que pensara que iba a rogar por su aprobación y absolución.

—Creo que eres la única que no tiene idea de lo que eso conlleva, —le dije a través de mis dientes.

—Te odio, —escupió Cheyenne, situándose justo en frente de mi cara—. Desearía que nunca hubieras venido a esta escuela. No perteneces aquí. No eres nadie excepto una retrasada pueblerina, y eso es todo lo que siempre serás.

El veneno desprendido por su lengua quemó directamente a través de mí. Entrecerré mis ojos. —Eso puede ser verdad, Cheyenne, pero mañana todavía seré una estudiante en la Academia Easton. ¿Qué serás tú?

Oh. Mi Dios. Simplemente lo había dicho. La perfecta respuesta al momento perfecto. Mi cara estaba caliente por el triunfo. Y un sonido suave de lo que sentía, irritación, parecido a la culpa. Pero se lo merecía, ¿No es así? ¿Después de todo lo que había hecho?

—Vete, —dijo Cheyenne a través de sus dientes, lágrimas de rabia cayendo por sus mejillas. Su rostro estaba cerca del morado de rabia.

—Cheyenne...

—¡Vete!

Me agarró, me dio la vuelta, y me empujó hacia el pasillo. Antes de que siquiera pudiera darme completamente la vuelta, ella había cerrado de golpe su puerta. Me quedé ahí por un largo momento, temblando mientras trataba recobrar mi aliento. Nunca había visto a Cheyenne lucir así antes. Casi daba miedo.

—¿Srta. Brennan?

La voz de la Sra. Naylor me asustó medio fuera de mi piel. Estaba parada al final del pasillo luciendo sombría como la muerte. Algunas puertas en el pasillo se cerraron silenciosamente. Claramente las chicas en la casa habían estado escuchándonos a mí y a Cheyenne.

—Creo que les dije a todas de se fueran a la cama.

—Tiene razón. Lo siento, —le dije, corriendo hacia mi cuarto.

Cogí un vistazo de su desdén mientras me deslizaba dentro y cerraba la puerta. Sabine se sentó en su cama. Las velas al lado de su cama estaban encendidas, y titilaron cuando se movió.

—¿Está todo bien? —Preguntó.

Me senté sobre mi edredón, todavía temblando, y tomé una profunda inhalación. —Bien, —contesté. Tragué con fuerza, sintiéndome casi nerviosa—. Entonces. Interesante descubrimiento.

—Sí, —contestó—. Muy interesante.

—¿Hablaste sobre ella? —Pregunté.

—No, —Sabine contestó en seguida—. ¿Y tú?

—No. Pero supongo que no tenemos que hablar sobre esta cosa de la que no íbamos a hablar.

La miré rápidamente. Ella se encogió de hombros. Tratando de no sonreír.

—Supongo que no.

Me saqué la ropa de la iniciación, saqué de un tirón una camiseta de pijama de mi cajón, y me la puse. Sin asearme. Sin cepillarme el cabello. Todo lo que quería hacer ahora mismo era arrastrarme hacia la cama y caer en un profundo sueño. Mi cuerpo estaba tan cansado, que se sentía diez veces más pesado de lo normal. Tenía la sensación de que ni siquiera pensar en Josh y Cheyenne podría mantenerme despierta esta noche.

—Buenas noches, —le dije a Sabine mientras me daba vuelta hacia la pared.

—Buenas noches.

Apagó las velas y la esencia acre del humo llenó en aire. Lo aspiré y suspiré, tratando de desterrar todos los pensamientos de la cara de Cheyenne de mi mente. Ella realmente lo había perdido allí. De verdad estaríamos mejor sin ella.

Tal vez finalmente podríamos conseguir un poco de paz.

CAPITULO 28

Traducido por: Sheilita Belicov
Corregido por: Julia107



IDO HACE MUCHO

Me enderecé sobre la cama, con mi mano ya en mi corazón. Alguien estaba gritando. Gritando sin parar. Miré a Sabine. Ella estaba sobre sus pies, su pecho agitándose de arriba a abajo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Ella preguntó.

Puertas cerradas de golpe. Golpeteos de pasos. Empujé a un lado mis sábanas. La tenue luz del sol apenas estaba abriéndose paso a través de los cristales de la ventana. Hubo un grito. Otro grito encima del primero. Corrí al pasillo con Sabine pisándome los talones. Vienna, estaba en el suelo contra la pared, llorando. London, Portia, Tiffany, y Kiki estaban reunidas en la puerta de la habitación de Cheyenne. Missy y Lorna se aferraban la una a la otra. Alguien, en alguna parte, estaba vomitando. Llegué a la puerta, fácilmente escabulléndome. Rose seguía gritando. Gritando sobre el cuerpo de Cheyenne.

—¡Cheyenne! ¡Oh, Dios mío! ¡Cheyenne!

La voz era mía, pero parecía venir de algún lugar fuera de mí. Caí de rodillas. Tomé su cara entre mis manos. Era como hielo húmedo y pegajoso. Gris. Había pequeños puntos rojos sobre la piel alrededor sus ojos.

—¡Cheyenne! ¡Despierta! ¡Cheyenne! —Grité.

Abofeteé su cara con mis dedos, sabiendo que no serviría de nada. Sabiendo que era demasiado tarde.

—¡Deja de gritar! —Le bramé a Rose.

Tiffany caminó hacia adelante, de puntillas por delante de Cheyenne como si fuera a contagiarse de algo, y abrazó a Rose. Rose, afortunadamente, se detuvo.

—Ella tomó una sobredosis, —London dijo, sin aliento—. Debió haber tomado una sobredosis.

Había pastillas en el suelo. Una pequeña bolsa de terciopelo con pastillas blancas desparramándose en la parte superior. Pastillas blancas con un punto azul de diseño en ellas. Sentí que mi mundo entero colapsaba sobre mí. Mi visión se volvió gris.

Pastillas blancas con un punto azul de diseño... pastillas blancas con un punto azul.

De pronto, Astrid irrumpió en la habitación con la Sra. Naylor. La mano de Astrid voló a su boca y se alejó del cuerpo de Cheyenne. La Sra. Naylor, más ágil de lo que jamás hubiera podido imaginar, se dejó caer a mi lado y puso sus dedos en la garganta de Cheyenne. Me puse de pie. Di un paso hacia atrás. Dándole espacio.

La Sra. Naylor inició la RCP²⁹. Todo el mundo estaba en silencio. Vienna estaba llorando en el pasillo y el sonido del bombeo y conteo de la Sra. Naylor eran los únicos sonidos. Miré a Tiffany. Ella estaba mirando fijamente, con los ojos muy abiertos, el escritorio. Seguí sus ojos. Allí, asentado junto a la laptop rosa de Cheyenne, estaba un pedazo de papel lavanda. En él, escritas en letra remolinante de Cheyenne estaban solamente algunas palabras.

Una sirena dividió el silencio. La Sra. Naylor se dio por vencida. Se sentó sobre los tacones de sus zapatillas. Se tapó la boca con una mano venosa. Escuchamos a los paramédicos golpear de un lado a otro las puertas, en nuestra casa, pero todas sabíamos que era demasiado tarde.

Cheyenne se había ido hace mucho.

²⁹ RCP: Reanimación cardiopulmonar, es un conjunto de maniobras destinadas a asegurar la oxigenación de los órganos cuando la circulación de la sangre de una persona se detiene (paro cardiorespiratorio). (N. del T.)

CAPITULO 29

Traducido por: Virtxu
Corregido por: Alice_vampire



LA PELÍCULA

Me quedé fuera de Billings en el cálido sol de la mañana, sintiendo como si estuviera viendo una película que había visto antes. Todo era tan familiar. Los coches de policía. La cinta amarilla. Las luces intermitentes. Los estudiantes en sus pijamas, de pie alrededor, mirando horrorizados. El llanto, el asombro, el miedo. La policía con su apariencia física severa y sus confortables manos sobre los hombros. Todo el mundo estaba haciendo su parte a la perfección.

Pero esta vez no había niebla. No había oscuridad. Ni rocío. Esta vez no había incertidumbre. Ni ninguna confusión. Ni acusaciones.

Cheyenne se había suicidado. Fin de la historia. Me había cerrado la puerta la noche anterior y en algún momento antes de que Rose la hubiera abierto esta mañana para ayudarla con su equipaje, ella se había suicidado.

Toda la gente a mí alrededor murmuraba, hablaba y especulaba. A mí alrededor la gente miraba, esperaba y se preguntaba. No escuché a ninguna de ellas. No pude moverme o enfocarme. Casi no podía ni siquiera respirar.

¿Había estado planeando ella esto cuando me echó de su cuarto? ¿Era esa la mirada fuera de control que me había dado? ¿Había ya decidido eso? ¿Lo había planeado...?

La puerta principal de la Casa Billings se abrió. Un EMT alto, ancho, con la cabeza rapada maniobró la camilla por encima del umbral. Estaba cubierta de gruesas sábanas blancas, pero el contorno del cuerpo era claro. Su cuerpo parecía más pequeño que nunca. Cheyenne estaba allí. Cheyenne. El día anterior había estado riendo con Portia en el almuerzo, estudiando en el patio. Hoy estaba muerta. Desaparecida. Para siempre.

Vi a Ivy dar un paso fuera de la muchedumbre. Poniéndose de pie frente a una de las paredes de piedra. Rose salió junto a ella. Estaban de pie una al lado de la otra, mirando en silencio, mirando estoicamente como la camilla avanzaba por el camino. Las puertas de la ambulancia se abrieron. Las patas de la camilla se plegaron. Cheyenne fue cargada en su interior. Muerta. Desaparecida. Para siempre.

Y de repente, Josh apareció de la nada, y yo estaba en sus brazos.

—Reed, dios mío. ¿Estás bien? —Preguntó.

Apoyé la cara en su hombro. No podía ver más. No podía respirar. No podía. No podía. No podía.

Se echó hacia atrás. Tomó mi rostro con ambas manos. Trató de mirarme a los ojos. Pero yo no podía hacer eso, tampoco. Me quedé mirando su pecho. Pequeños puntos se arremolinaban frente a mis ojos. Revoloteando, pequeños puntos bonitos...

—Reed, respira —me dijo Josh—. ¡Respira!

No podía. Respirar. Pequeños puntos. Había tantos... tantos... demasiados...

Josh me sacudió fuertemente. Aspiré aire. El dolor estalló en mi pecho. Empecé a toser. Doblándome. Jadeando. Tosiendo. No estaba recibiendo suficiente aire. Iba a enfermarme. A enfermarme donde fuera.

—¡Muévete! ¡Muévete! —Oí a Josh. Me condujo hacia un muro bajo de piedra que rodeaba uno de los jardines. Sentí el frío de la roca a través de mis delgados pantalones cortos, y eso me trajo de vuelta. Puse mi cabeza entre mis rodillas y respiré dentro y fuera... dentro y fuera...

—Está bien. Estás bien —dijo Josh, con las manos en mis hombros, mientras se ponía en cuclillas delante de mí—. Sólo respira. Sólo respira.

Dentro y fuera. Dentro y fuera. Estaba respirando. Podía respirar. Cheyenne, sin embargo...

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —Solté, derramando lágrimas por mis mejillas.

—¿Qué?

Levanté la cabeza. Me dio vueltas todo. Agarré las piedras a los lados hasta que pasó. Parpadeé. La cara de Josh era de preocupación. Preocupación inocente, desesperada.

—¿Estás bien? —Preguntó, pasándose la mano por el pelo.

—No. No, no estoy bien. ¡Lo siento mucho, Josh! —Lloré—. No te creí, pero era verdad. Todo era verdad.

—¿El qué era verdad? —Preguntó, poniendo su mano tibia sobre mi rodilla.

—¡Tú! Las drogas. Fue Cheyenne. Ella te lo hizo. Yo las vi. Vi las pastillas —empecé a divagar—. Es lo que ella solía... lo que solía...

Y eso fue todo. No quedaba nada en mí. Me incliné hacia delante sobre el fuerte hombro de Josh y sólo grité. Y lloré, lloré, lloré y lloré. Debía de haberse enviado ese mensaje de texto a sí misma. Debía de haber cogido su teléfono y prepararlo todo para mí. Es evidente que ella estaba tan desesperada como para hacer tal cosa.

—¿Por qué haría eso? ¿Por qué? —Divagué.

—Está bien, Reed —susurró Josh, sosteniéndome. Él me acarició el pelo y me susurró al oído—. Está bien. Todo va a estar bien.

CAPITULO 30

Traducido por: Sheilita Belicov
Corregido por: Sera



CURIOSIDAD MORBOSA

Sabine entró en nuestra habitación más tarde ese día para encontrarme empacando mi bolsa de lona de fútbol de Easton. Ella se detuvo en seco, con la mano aún en el picaporte.

—¿A dónde vas? —Demandó. Casi espetando.

—Josh pensó que sería una buena idea salir de aquí por un par de días, —le dije—. No te preocupes. Volveré.

Su postura entera se relajó. —Gracias a Dios. Pensé que estabas abandonando la escuela.

—No. Todavía no, de todos modos. —Traté de bromear. Una broma poco convincente. Nos miramos la una a la otra y ambos rodamos nuestros ojos.

—¿A dónde vas? —Preguntó.

Se dirigió a su escritorio y se sentó rígidamente. Todos nuestros movimientos habían sido rígidos desde esta mañana. Como si ya no supiéramos cómo actuar. Como si esa habitación por el pasillo estuviera de alguna manera observándonos. Después de que la ambulancia se había ido y la policía había hecho su trabajo, sólo algunas de las chicas Billings habían regresado a la casa. Estaba segura de que las clases hubieran sido canceladas si este fuera un día laborable, pero era sábado de todos modos, por lo que ellas estaban matando el tiempo en la biblioteca, en el patio, o en otros dormitorios. Las pocas que habían regresado mantuvieron sus puertas cerradas, a diferencia de un día común cuando estarían abiertas, con música colándose por el pasillo, con sonidos de charla y risa en todas partes. Sólo pensar en ello ejercía presión sobre mi corazón. No podía esperar para salir de aquí.

—Nueva York, —le dije—. Los padres de Josh dijeron que estaba bien si nos quedamos en su casa de la ciudad. Están en Francia en este momento, así que...

—Así que tendrán toda la casa para ustedes, —dijo Sabine.

—Créeme, eso es lo último en lo que estoy pensando ahora mismo, —contesté

—. Sólo quiero salir de aquí.

Cerré la cremallera de mi bolsa. Miré hacia la puerta.

—Sin embargo, siento estar dejándote en este momento, —le dije—. Es en cierto modo una movida de perra, lo sé.

—Oh, no te preocupes por eso, —Sabine dijo, levantando una mano—. Mi hermana está en Boston por unos días, por lo que solicité tiempo fuera del campus. No puedo esperar para verla.

—Eso es muy bueno, —dije, sorprendida. Sabine no había mencionado nada de esto antes de ahora—. Lamento no estar por aquí para conocerla.

—No te preocupes, —dijo Sabine con una sonrisa—. La próxima vez. Estoy segura de que le encantaría conocerte también. —Se levantó de nuevo y agarró un libro de su bolso—. Creo que voy a ir afuera y encontrar a Constance y a las otras. —Como he dicho, nadie podía quedarse dentro de Billings por mucho tiempo—. Que te diviertas en la ciudad. Trata de no pensar en este lugar.

—Lo haré, —le dije, aceptando un rápido abrazo.

Cuando ella se fue, la casa estaba tan silenciosa como una tumba. Sentí mi pulso empezar a acelerarse y consideré dirigirme a fuera hasta que fuera hora de irse. Estaba a punto de agarrar mi mochila y solamente irme cuando mi mirada se posó en mi computadora y me detuve. No había checado mi e-mail desde la mañana de ayer. Me pregunté, con un repentino chisporroteo de nervios, si Dash había escrito. Si, en el muy pequeño mundo en el que circulamos, ya había oído sobre lo que había sucedido. No había oído hablar de él desde que le pregunté si sabía cómo ponerse en contacto con Noelle. Pero esto... tenía que haber escrito si había oído hablar de esto. Tensa con anticipación, me senté y abrí mi navegador. Efectivamente, el primer nuevo e-mail era de Dash, con fecha de finales de la mañana. Rápidamente hice clic en abrir y miré detrás de mí. La puerta seguía cerrada.

Respiré hondo y me volví a la pantalla. El mensaje era breve.

Reed:

No te preocupes. Todo sucede por una razón.

Dash

Parpadeé. Leyéndolo otra vez. ¿Se refería a Cheyenne, o a algo que yo le había escrito? No me podía imaginar a Dash siendo tan brusco sobre la muerte de alguien a quien conocía. Alguien a quien podía incluso haber llamado amiga. Pero ¿Qué le había escrito la última vez que merecería esa respuesta? Descubrí que, con todo lo que había sucedido, ni siquiera podía recordar mi redacción.

Cerré el mensaje. La lista reapareció. Mi corazón se detuvo por completo.

El segundo mensaje era de Cheyenne. Estaba fechado a las 2:04 de esta mañana.

Ella me había cerrado la puerta la noche anterior y en algún momento antes de que Rose la hubiera abierto esta mañana para ayudarla a empacar, había tomado su propia vida.

Había un e-mail en mi bandeja de entrada de alguien que nunca hablaría con nadie de nuevo. Nunca le escribiría a nadie ni diría otra palabra. ¿Por qué me había enviado un e-mail a mí de todas las personas? ¿Por qué querría que algunos de sus últimos pensamientos fueran para mí?

Mi garganta se secó. Una sensación enfermiza de temor se filtró desde mis hombros por todo el camino a través de mi pecho y se instaló en mis entrañas, retorciéndose como serpientes dentro de mi estómago. Sentí como si alguien me observara. Observara y obtuviera su placer enfermizo y sádico del espectáculo.

Tomé una respiración profunda. Enderezando mi espalda. Tratando de parecer inafectada. Sentirme inafectada. Mi mano permaneció inmóvil sobre el ratón.

Sólo elimínalo. Sólo debes eliminarlo. Olvidar que está allí. Pretender que nunca pasó.

Pero ¿A quién le estaba tomando el pelo? Incluso yo no era inmune a la curiosidad morbosa. En ese momento estaba segura que no podría vivir el resto de mi vida en paz sin saber.

Dejé caer mi mano. Dándole clic al mensaje para abrirlo. Inmediatamente deseé no haberlo hecho. Esto era todo lo que decía:

No tomes en cuenta la nota. Tú me hiciste esto. Arruinaste mi vida.



CAPITULO 31

Traducido por: PaolaS
Corregido por: Estef



SORPRESA, SORPRESA

¿Cómo había podido arruinar su vida? ¿Cómo? Yo no había ocasionado su expulsión. No había dicho nombres. Yo debería haberle dicho. Debería haberle dicho que yo la había protegido incluso después de todo. ¿Por qué no le dije? Era sólo orgullo. Mi orgullo. ¿Mi orgullo fue la causa de la muerte de Cheyenne?

—¿Reed?

Josh dejó abierta la puerta del restaurante con fachada de cristal en Perry Street. Los olores que emanaban desde el interior erizaron mis papilas gustativas. Lástima que estaba muy segura de que mi estómago iba a rechazar cualquier cosa que yo tratara de enviar en su camino.

—Gracias —dije, mientras me deslicé por ella.

Puso su mano sobre mi brazo. Sus dedos estaban tan calientes. —¿Estás bien? No tenemos que comer afuera si tú no quieres.

Habíamos tenido un debate de media hora de duración acerca de si quedarnos o salir, ambas partes sostenidas por Josh solo. Pro: acabábamos de regresar de nuevo juntos y deberíamos celebrar. Contra: ¿Cómo podemos celebrar cuando alguien que conocíamos se había acabado de suicidar? Estuve, en mi estado de aturdimiento, de acuerdo con ambas partes cuando se presentaron. Josh se había visto obligado a tomar finalmente la decisión por hambre. Yo me había puesto mi vestido azul favorito de H & M, ni siquiera preocupándome de si era lo suficientemente bueno para donde quiera que me llevaba, el pelo peinado hacia atrás en una cola de caballo, y le seguí fuera de la casa de la ciudad.

—Estoy bien —mentí—. Sólo con hambre.

Él sonrió y asintió con la cabeza y me siguió en su interior. El camarero nos llevó a una mesa en el centro del restaurante. La mesa más grande daba lugar a cuatro personas, y las sillas eran cómodas, sillas profundas y aladas como las que encontrarías en una sala de estar de lujo. Cuando me hundí en la mía, me sentí como si yo fuera un capullo. Caliente. Segura. Ahora bien, si me pudiera concentrar en Josh toda la noche, tener una conversación real, yo en realidad podría ser capaz de sacar mi mente de ese correo electrónico.

—Oh, mierda, —dijo Josh, haciendo una pausa antes de que pudiera rebajarse hasta el final en su silla.

Mi corazón se estrelló contra mi esternón. Una reacción excesivamente violenta.

—¿Qué?

—Veo a algunos amigos de mis padres, —dijo, levantando una mano y fingiendo una sonrisa. —Lo siento, Reed, tengo que ir allá. Sólo por un minuto.

Mis manos se apoderaron de los brazos de mi silla.

No. No me dejes. No me dejes. No me dejes. No puedo estar sola ahora.

—Está bien —dije, tragando saliva.

—Prometo que voy a estar de vuelta en dos segundos, —dijo.

Al segundo que se marchó, mi corazón empezó a correr. El sudor picaba en mis axilas y por mi espalda. Ella no podía realmente culparme. Ella no podía hacerlo. Tenía que haber sabido que, incluso con todo lo que había sucedido, ella todavía tenía toda su vida por delante. Podía haber ido a un millón de otras escuelas privadas, habría aún podido bailar directo en una escuela de la Ivy League. No fue mi culpa. No podría haber sido mi...

¿Por qué esa mujer me mira así? Como que ella supiera. Es como si ella pudiera ver a través de mí y... Bueno, respira profundo, Reed. Cheyenne era inestable. Obviamente. Incluso si ella te culpara de su muerte, no significaría nada. La gente Estable no se mata. La gente estable no deja dos notas de suicidio que se contradicen.

Las personas estables tampoco tienen ataques de pánico paranoicos sólo porque sus novios abandonan la mesa.

Estaba demasiado caliente en el restaurante. Las velas estaban chupando todo el aire. Tenía que salir de allí. Ahora. Busqué mi bolso. Alcanzando mi teléfono. Iba a salir a la calle y llamar a mi hermano. Yo necesitaba escuchar una voz reconfortante. Necesitaba hablar con alguien en que pudiera confiar. Me temblaban las manos. El teléfono se deslizó de mis manos y cayó al suelo. Una mano elegante se agachó y lo cogió para mí.

—¿Perdiste algo, lame-vidrios?

Oh. Mi Dios.

Me incliné hacia adelante, alrededor de las alas de la silla, y Noelle Lange salió a la superficie. Me sentía como si mi corazón estuviera a punto de estallar fuera de mi pecho. No fue sino hasta ese momento que me di cuenta de que en algún nivel, yo creía que nunca la volvería a ver.

—¡Noelle!

Salté. Casi tirando la pesada silla. Ella la detuvo con la mano libre.

—Está bien. No vamos a ponernos demasiado emocionadas, —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. No es como si estuviera volviendo de la muerte o algo así.

Por alguna razón, en la forma en que dijo esas palabras, yo sabía que ella sabía de Cheyenne. Y ni siquiera me importa el que ella estuviera siendo insensible al respecto. Lo único que importaba era que ella estaba aquí. Milagrosamente, perfecta, aquí. Tiré mis brazos alrededor de ella y la abracé con fuerza.

—¡Es tan bueno verte! —Le dije.

Ella me abrazó de vuelta. —A ti también.

Yo la miré mientras se apartaba. Lucía increíble, por supuesto. Le brillaban los largos cabellos castaños y había cortado un flequillo que caía perfectamente sobre sus ojos marrones. Llevaba un vestido negro de corte bajo con abrigo y un colgante de diamantes sencillo pero hermoso. Sus tacones de tiras de colores eran tan altos, que se elevaban por encima de mí, y sus piernas bronceadas parecían tonificadas a la perfección para una final de fútbol.

—¿Dónde has estado? —Pregunté, señalando el bronceado perfecto.

—Aquí y allá, —dijo con indiferencia—. Hasta esta semana, yo soy una mujer libre. Los Abogados genios de mi padre finalmente quebraron a La Beastesse³⁰, así es como yo llamo a la juez que presidía mi caso—, añadió en un susurro cómplice—. Así que mi libertad condicional ha sido oficialmente levantada. Lo que sea que eso significa.

—¿Qué significa eso? —Le pregunté.

—Básicamente que ahora puedo salir del país, —dijo, levantando el vaso de agua de mi mesa y tomando un sorbo—. Lo Cuál es tan atrasado. No podría estar más enferma de los Hamptons.

—Así que ¿Tú vas... a salir del país? —Pregunté, sintiéndome inexplicablemente caída. No era como si ella iba a volver a Easton conmigo. No era como si yo podía contar con ella viviendo en mi pasillo. Estando ahí para mí. Protegiéndome.

Noelle me miró de arriba abajo. —En realidad, no estoy tan segura. Han habido algunos progresos que podrían tentar a que me quede en Estados Unidos.

Tragué saliva. —No quieres decir... quiero decir... Has oído hablar de Cheyenne.

—Sí. —Ella apretó los labios. Colocado el vaso sobre la mesa—. Qué pena. Pero tú sabes lo que dicen, Reed.

Me miró a los ojos. Con los que estaba familiarizada, ojos chispeantes, traviosos. Casi no podía creer que estuviera allí. No podía creer lo mucho que la había echado de menos. Cuánto había extrañado sentirme así. Como que cualquier cosa podía pasar.

—¿Qué? —Pregunté—. ¿Qué dicen?

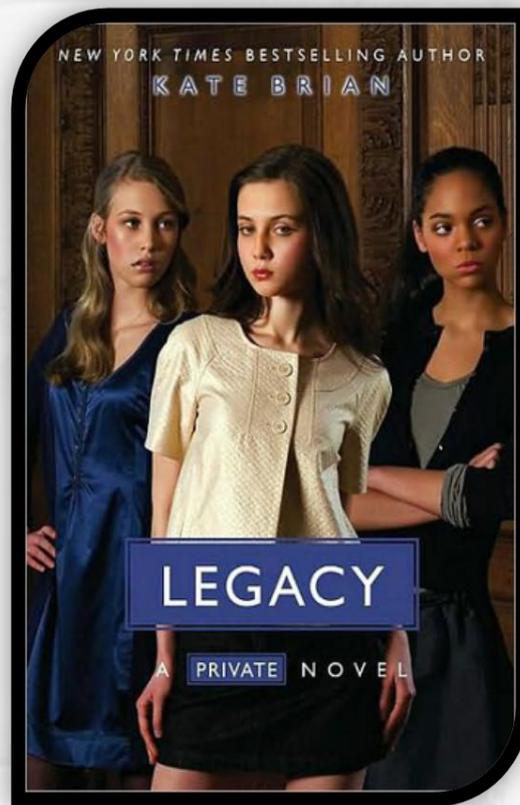
Noelle sonrió con complicidad. —Todo sucede por una razón.

FIN...

³⁰ La Beastesse: La bestia. (N. del T.)

NO SE PIERDAN EN EL FORO

PURPLE ROSE...

*El precio del poder...*

Tras la muerte de Cheyenne Martín, todos en la Academia Easton están luchando para recuperarse de otra tragedia - especialmente las chicas del Salón Billings. Con Cheyenne fuera, necesitan elegir una nueva líder. Y ¿quién mejor que Reed Brennan, la última chica Billings ?

Como la nueva presidente Billings, Reed de repente tiene acceso al poder que nunca imaginó. Los chismes son informados inmediatamente, ella tiene la primera palabra en todo, desde las mesas del comedor a los dormitorios, Billings y las ex alumnas más poderosas están a su entera disposición. Así que cuando los estudiantes de Easton descubren que son la única escuela preparatoria en la costa este no han sido invitados a la fiesta Legacy toda exclusiva de este año, todos recurren a Reed para volver a la lista.

Reed es la chica más poderosa en Easton.

Ella se deleita con su nuevo estatus, pero sabe mejor que nadie que las líderes de Billings han dejado un legado manchado: Ariana se institucionalizó, Noelle fue expulsada, y Cheyenne murió. La historia tiene una forma de repetirse en Easton, y ahora que Reed tiene todo lo que siempre quiso, ella tiene todo que perder.

BIOGRAFIA



Kate Brian Kieran Scott (nació el 11 de marzo 1974), más conocida por su seudónimo de **KateBrian**, es una escritora estadounidense, conocida por su trabajo en el género chick lit, joven-adulto. Scott también escribe bajo el seudónimo de **Emma Harrison**. Entre sus libros más conocidos, escritos como **Kate Brian**, son *La princesa y el mendigo*, *Guía de Megan Meade*, *Boys McGowan*, *El Club de la virginidad*, *Sweet 16*, *Falso novio*, y la serie prolífica *Private*.

Saga Private

1. Private
2. Invitation Only
3. Untouchable
4. Confessions
5. Inner Circle
6. Legacy
7. Ambition
8. Revelation
9. Last Christmas: The Private Prequel
10. Paradise Lost
11. Suspicion
12. Scandal
13. Vanished



<http://www.purplerose1.com/>